

Introducción al conocimiento de las ciencias sociales

Módulo I

1º cuatrimestre 2016

1.1. El conocimiento científico

1.1.1. La ciencia y el conocimiento

En la vida cotidiana solemos hacer afirmaciones en las que las palabras “saber” y “conocer” aparecen reiteradamente. Así, a menudo expresamos frases como “conozco Mar del Plata”, “Julieta sabe nadar”, “sé que dos más dos es igual a cuatro”, o “mi primo conoce las Cataratas del Iguazú”, entre otras. A lo largo de su historia, el ser humano ha adquirido innumerables conocimientos que le han ayudado a su supervivencia, a mejorar y a hacer más eficientes sus acciones para alimentarse y defenderse, así también como para satisfacer su propia curiosidad natural. Aprendió a reconocer aquello que lo alimentaba o lo enfermaba. Aprendió a dominar el fuego y adquirió la habilidad de convertir materias primas en refugio, abrigos y herramientas. Gracias a los conocimientos adquiridos pudo cultivar, comunicarse y establecer formas de organizarse socialmente. Algunos de ellos descubrieron que es posible transportar más fácil y eficientemente los objetos cuando se los coloca sobre ruedas, que es más seguro y práctico comparar las dimensiones de los campos empleando patrones de medida y que las estaciones del año, así como muchos fenómenos de los cielos, se suceden con cierta regularidad.

Pero hablar de conocimiento es hablar de muchas formas de conocimiento. Hay dentro de la lista de posibles conocimientos algunos que tienen que ver con una habilidad, como la de saber andar en bicicleta, o cambiar la rueda de un auto, y otros con un contacto directo con aquello acerca de lo cual decimos que tenemos conocimiento, es decir, conocemos a Juan o la ciudad de Mar del Plata por el hecho que estuvimos en dicha ciudad o en presencia de Juan. Sin embargo, algunos conocimientos no suelen caracterizarse como siendo ni por habilidad ni directos, sino más bien como un tipo de conocimiento al que comúnmente llamamos científico.

La ciencia desempeña un papel de suma importancia en la sociedad actual, ya sea por su extensa participación en el desarrollo tecnológico que inunda las sociedades modernas como en lo que respecta a la comprensión del mundo, del universo y de las propias sociedades. Definir qué es la ciencia ha sido y es una importante cuestión que muchos pensadores han encarado a través de sus reflexiones. Para muchos la ciencia es, entre otras cosas, una práctica, una institución, así también como un conjunto amplio de conocimientos adquiridos que usamos para comprender el mundo y modificarlo.

Se hace necesario, por tanto, precisar qué entendemos por conocimiento, qué requisitos o condiciones deben cumplirse para llamar a algo conocimiento. El filósofo griego Platón en su diálogo *Teeteto* expone tres requisitos para que se pueda hablar de conocimiento: creencia, verdad y justificación. Esto es, alguien sabe que tal o cual, solamente si (a) cree que tal o cual, (b) es verdad que tal o cual, y (c) tiene evidencia que justifica esa creencia. Así, por ejemplo, podríamos decir que Pedro sabe (o conoce) que José es profesor siempre y cuando,

- i. Pedro crea que José es profesor.
- ii. Sea verdad que José es profesor.
- iii. Pedro tenga evidencia o pruebas de que José es profesor

De manera que, según Platón, para saber algo, primero hay que creerlo, pero no basta con creer en algo para que pueda considerarse conocimiento. Además, debe ser verdadero. Esta segunda condición es importante, pues podría darse el caso de que se crea en algo falso. En el pasado remoto algunas personas creían que la Tierra era plana, sin embargo, podemos decir que no sabían tal cosa, ya que es falso que la Tierra sea plana. Pero veamos cómo tampoco alcanza con estas dos condiciones. Supongamos que tenga la creencia acerca del próximo número ganador de la lotería nacional. Supongamos también que efectivamente sale sorteado ese número. Aquí tenemos creencia y verdad, ya que salió efectivamente el número que yo creía que ganaría. No obstante, no diríamos que *sabía* (tenía conocimiento de) que iba a salir ese número. Hace falta el tercer requisito, la justificación de la creencia verdadera, esto es, poseer razones válidas para afirmar la creencia verdadera.

Estos tres requisitos han sido puestos en duda y discusión en la actualidad y ya no se consideran apropiados para definir al conocimiento científico. La justificación que Platón requería para el conocimiento era el caso extremo: la demostración de su verdad, como ocurre en el ámbito de las matemáticas, que eran el modelo de conocimiento para él. La ciencia contemporánea no exige ya tanto como la demostración de la verdad, pues en la mayoría de los casos no es posible esta certeza, pero sí la existencia de evidencia, de elementos de juicio que nos autoricen a creer que una afirmación científica es adecuada o satisfactoria. En este sentido una afirmación o teoría científica puede estar suficientemente justificada en un momento determinado sin haber sido establecido como una verdad absoluta y concluyente, y de este modo puede ser desechada más adelante.

Un caso curioso que muestra cómo se ha ido debilitando la relación entre creencia, verdad y justificación para hablar de conocimiento es la del físico Max Planck. Dicho científico formuló una hipótesis revolucionaria para el posterior desarrollo de la teoría cuántica, sin embargo, dejó claramente asentado que no creía en ella. Como él, muchos científicos actuales formulan teorías como un instrumento de comprensión de la realidad, pero sin la pretensión de que dichas teorías sean estrictamente verdaderas. Muchos físicos, por ejemplo, utilizan la mencionada teoría cuántica porque permite explicar y predecir con gran eficacia un gran número de acontecimientos, pero no creen en que dicha teoría ofrezca algún tipo de conocimiento acerca de la realidad.

Con todo, independientemente de que la definición de Platón sea adecuada o no, tanto para definir el conocimiento en general o el conocimiento científico en particular, es importante tener en cuenta su propuesta. Si aspiramos a tener conocimiento, debemos tener como meta (independientemente de que sea alcanzable) que nuestras creencias sean verdaderas, es decir, debemos estar alertas para detectar falsedades en nuestras creencias, y debemos también procurar que nuestras creencias estén justificadas por la evidencia.

Para empezar a comprender mejor lo que llamamos “ciencia” conviene incorporar algunos conceptos. El primero de ellos refiere al objeto. Se llama objeto de conocimiento a aquello que es estudiado por un campo disciplinar (es decir, por una ciencia, tales como la física o la sociología, por ejemplo). Todo aquello que forma parte del mundo, pues, puede ser considerado un objeto de conocimiento (aunque no siempre se creyó que esto era posible). Ahora bien, resulta pertinente preguntarse qué es lo que se estudia de esas “cosas” que forman parte del mundo. En general, es posible afirmar que lo que se estudia de las “cosas” son sus propiedades (características o cualidades) y sus relaciones (vinculaciones con otras “cosas”). Por ejemplo: si tuviéramos una manzana, podríamos decir que es posible conocer sus propiedades (como su color, tamaño o sabor) y sus relaciones (si forma parte de otro conjunto de cosas similares, como otras frutas). La posibilidad de conocer, en consecuencia, tanto propiedades como relaciones de las “cosas”, resulta el propósito primordial que persigue el conocimiento científico. Por ello, toda ciencia cuenta con un conjunto de objetos (“cosas”) de las cuales estudia sus propiedades o relaciones.

Tenemos, entonces, una ciencia particular para cada tipo o conjunto de objetos, pero, ¿no podemos agrupar o clasificar también las ciencias? Existen muchas clasificaciones de ciencias, en tanto que cada una de ellas concentra su atención en un criterio distinto de diferenciación para llevar adelante la conformación de las distintas clases de ciencias. Este, al igual que otros tópicos,

es un tema polémico en el campo de la *epistemología* (la ciencia que estudia a la ciencia y el conocimiento en general). Algunos especialistas prefieren clasificar a las ciencias según el objeto que estudian; otros prefieren concentrar su atención en el método principal que utilizan; algunos otros privilegian las relaciones o vínculos que una ciencia mantiene con otro campo disciplinar similar. Más allá de las disputas que pudiesen existir entre los especialistas, existe una primera clasificación sobre la cual la mayoría de ellos se encuentran de acuerdo. Esta primera clasificación consiste en distinguir entre ciencias formales y ciencias fácticas.

Las ciencias formales son aquellas ciencias cuyo objeto de estudio o conocimiento refieren a entes ideales o abstractos. Es decir, que no cuentan con referentes empíricos concretos, pasibles de observación, y en consecuencia, de medición (en su sentido amplio). Estas ciencias son la matemática y la lógica. Piénsese, por ejemplo, en el número 3. No existe en la realidad tal elemento. Es una idea que representa una cantidad de “algo”. Pueden ser autos, personas o golosinas, pero como tal no es posible observar en la realidad un 3. Por tal motivo, las ciencias formales, se afirma, no son ciencias empíricas (referidas a una realidad concreta), sino más bien ciencias “ideales”. Esta peculiaridad del objeto sobre el que tratan conduce a considerar el uso de un método específico. Las ciencias formales se fundan en el método deductivo, es decir, en sostener o afirmar una serie de afirmaciones como verdaderas, y en virtud de ellas, poder deducir el resto a partir de ellas. Para ello, las ciencias formales se basan en el principio de no contradicción y en la noción de validez (que será analizada más adelante). Esto le otorga a las ciencias formales la posibilidad de llegar a afirmaciones indiscutibles y definitivas, pues si se realizan las deducciones de manera correcta, los hallazgos obtenidos serán siempre verdaderos.

En cambio, las ciencias fácticas refieren a aspectos observables de la realidad. La física, por ejemplo, es una ciencia fáctica. Refiere a las propiedades de los objetos materiales, tales como el peso o la densidad. Pero también la sociología o la psicología son ciencias fácticas, en tanto que ambas refieren al comportamiento humano (el cual, claro está, también es observable). La peculiaridad de las ciencias fácticas reside pues en que el modo de conocer se basa en la inducción, de la cual hablaremos más adelante. Esto quiere decir que se observa o experimenta con un caso (o algunos casos) de la realidad concreta para luego poder llegar a conclusiones más amplias y generales. El criterio para evaluar y justificar las afirmaciones en estas ciencias consiste, pues, en la experimentación. Sin embargo, una particularidad que tienen estas ciencias es que la verdad a la que llegan siempre resulta parcial o inacabada, dado que nuevas observaciones pueden contradecir las anteriores y alterar o destruir las conclusiones obtenidas antes.

1.1.2. La *teoría* como unidad de análisis fundamental del conocimiento científico

El conocimiento científico no consiste en afirmaciones o leyes aisladas y desconectadas unas de otras. Muy al contrario, el científico busca reunir lo que observa en leyes generales que abarquen los casos estudiados, pero también a los demás del mismo tipo. Pero no se detiene allí, cuando cuenta con un conjunto de leyes empieza a buscar otras leyes más generales que contengan a las anteriores, y así hasta encontrar un conjunto muy pequeño de leyes muy generales a las que históricamente se ha llamado siempre “principios” por su lugar fundamental. De manera que el conocimiento de una determinada ciencia viene en uno o varios paquetes de afirmaciones jerárquicamente ordenadas por su generalidad y todas relacionadas por este sistema de subordinación. A estos paquetes es a lo que llamamos “teorías científicas”.

El prof. Klimovsky, un reconocido epistemólogo de nuestro país, sostiene que a la hora de reflexionar sobre la ciencia, conviene poner a las teorías como aquello sobre lo que trata la reflexión. Al mismo tiempo nos provee una definición más precisa de lo que es una teoría científica y el rol que desempeñan.

Cuando se habla de ciencia, por otra parte, conviene hacer ciertas distinciones. Para iniciar y llevar adelante una discusión es necesario adoptar determinada unidad de análisis (entre las que se destacará la noción de teoría) y por ello debemos preguntarnos qué alternativas se nos ofrecen en este sentido. Conviene pensar en la ciencia en estrecha vinculación con el método y con los resultados que se obtienen a partir de él, sin necesidad de entrar por el momento en polémicas acerca de la naturaleza de éste. Ello permite distinguir a la ciencia de la filosofía, el arte y otros campos de la cultura humana. Sin embargo, hay una unidad de análisis más tradicional, la disciplina científica, que pone el énfasis en los objetos en estudio y a partir de la cual podríamos hablar de ciencias particulares: la física, la química, la sociología. Aristóteles, por ejemplo, habla de disciplinas demostrativas (las que usan el método demostrativo, que luego comentaremos) y caracteriza cada una de ellas según el género de objetos que se propone investigar. La física, por ejemplo, debería ser caracterizada indicando de qué objetos se ocupa, lo cual no es del todo

fácil. Tentativamente podríamos afirmar que se trata de cuerpos o entidades que se hallan en el espacio y el tiempo reales. La geometría se ocuparía de figuras, la biología de seres vivos y la psicología de cuerpos que manifiestan conducta o psiquismo. Pero hay buenas razones para creer que este enfoque disciplinar no es realista ni conveniente. Los objetos de estudio de una disciplina cambian a medida que lo hacen las teorías científicas; ciertos puntos de vista son abandonados o bien, en otro momento de la historia de la ciencia, pueden ser readmitidos. No es lo mismo hablar de la óptica en un sentido tradicional, es decir, como una disciplina que estudia la luz, que hablar de una teoría ondulatoria que unifica en una sola disciplina lo que fueron dos: la óptica y el electromagnetismo. Por ello en lugar de pensar en disciplinas preferimos pensar en problemas básicos que orientan distintas líneas de investigación. Lo cual nos lleva a considerar una nueva unidad de análisis, la teoría científica. Una teoría científica, en principio, es un conjunto de conjeturas, simples o complejas, acerca del modo en que se comporta algún sector de la realidad. Las teorías no se construyen por capricho, sino para explicar aquello que nos instiga, para resolver algún problema o para responder preguntas acerca de la naturaleza o la sociedad. En ciencia, problemas y teorías van de la mano. Por todo ello la teoría es la unidad de análisis fundamental del pensamiento científico contemporáneo. (Klimovsky, 1994, p. 22-23)

1.1.3. Lenguaje y verdad

Muchos filósofos han sostenido que el conocimiento científico obedece a lo que ellos llaman una forma privilegiada de pensamiento, esto es, el pensamiento científico. Pero todo pensamiento es un asunto privado de las personas que sólo es posible comunicarlo y compartirlo socialmente a través del lenguaje. El lenguaje se convierte así en un instrumento indispensable en el conocimiento científico, permitiendo producir artículos, textos y otros elementos que impulsan, a la vez, el desarrollo del pensamiento científico. Es en este sentido en el que muchos autores conciben a las teorías científicas como un sistema de afirmaciones acerca de la realidad. Si bien no es la única manera de entender a las teorías científicas, y en muchos casos discutido, es un punto

de vista ampliamente aceptado. Una teoría científica es, bajo esta consideración, un sistema de propuestas, creencias u opiniones previamente expresadas por medio del lenguaje.

Previamente hemos hablado de los tres requisitos del conocimiento y hemos mencionado entre ellos a la verdad. Tengamos en cuenta que dentro del marco científico tanto la verdad como la falsedad se aplican a las afirmaciones u oraciones (de cierto tipo) y no a las palabras o las cosas. Decimos, por ejemplo, que la afirmación de que el cielo es azul es verdadera, pero no tendría sentido decir que las palabras “cielo” o “azul” son verdaderas. Del mismo modo, no decimos que las cosas son verdaderas o falsas, sino más bien que la verdad o la falsedad se aplica a lo que decimos acerca de las cosas. En efecto, la Tierra no es verdadera o falsa, pero lo que decimos acerca de ella -es decir, las afirmaciones acerca de la Tierra- sí es verdadero o falso.

Sin embargo, la cuestión acerca de la verdad se complejiza cuando pensamos que una teoría científica puede expresar conocimiento aunque no tengamos garantía de que todas sus afirmaciones sean verdaderas. El problema radica en las diversas maneras en que utilizamos la palabra verdad cotidianamente. Veamos lo que nos dice el prof. Klimovsky al respecto:

En el lenguaje ordinario la palabra "verdad" se emplea con sentidos diversos. Por un lado, parece indicar un tipo de correspondencia o isomorfismo entre nuestras creencias y lo que ocurre en la realidad. Dicho con mayor precisión: entre la estructura que atribuimos a la realidad en nuestro pensamiento y la que realmente existe en el universo. Pero a veces parece estar estrechamente ligada a la idea de conocimiento, lo cual podría transformar la definición platónica en una tautología: decimos, en medio de una discusión, "esto es verdad" o "esto es verdadero" para significar que algo está probado. En otras ocasiones, curiosamente, "verdad" se utiliza no en relación a la prueba sino a la creencia. Decimos: "Esta es tu verdad, pero no la mía", con lo cual estamos cotejando nuestras opiniones con las del interlocutor. (Klimovsky, 1994, p. 24)

De estas diversas acepciones de la verdad, la primera puede ser considerada como la de mayor utilidad. Ya Aristóteles, el famoso filósofo griego, hablaba de la verdad en este sentido en su libro *Metafísica*. Comúnmente esta manera de entender la verdad es conocida como “teoría correspondentista de la verdad”, “teoría aristotélica de la verdad” o bien, “concepción semántica

de la verdad". Bajo esta perspectiva, la verdad radicaría en una correspondencia o adecuación entre lo que decimos y cómo es el mundo, es decir, entre el lenguaje y la realidad.

Si bien es cierto que para la mayoría de los epistemólogos contemporáneos esta concepción de la verdad no es aplicable en las ciencias formales como la matemática o la lógica, también lo es que para la mayoría es indispensable a la hora de analizar el conocimiento científico en las ciencias fácticas, es decir, en las ciencias naturales y sociales. Se supone que quien hace una afirmación en el contexto de estas ciencias pretende describir un estado de cosas del mundo y de la realidad. Si la descripción que se hace coincide -se corresponde- con lo que sucede en la realidad decimos, entonces, que dicha enunciación es verdadera. La afirmación "el clima está cambiando" es verdadera siempre y cuando, efectivamente, en el mundo el clima está cambiando.

En este punto cabe hacer una aclaración. Hay que establecer una distinción entre que un enunciado sea verdadero o falso y el conocimiento de esa verdad. Toda afirmación que describa un estado de cosas es o bien verdadera o bien falsa, pero esto no implica que conozcamos necesariamente ese valor de verdad. Si afirmamos que "existe vida en otros planetas del universo" estamos describiendo un modo en que las cosas son o pueden ser y, por tanto, dicha afirmación tiene valor de verdad, esto es, es o bien verdadera o bien falsa. Pero evidentemente carecemos hoy en día de los medios para poder comprobar efectivamente si ese enunciado se corresponde con el modo en que las cosas son realmente, es decir, no tenemos los medios para probar esa verdad o falsedad. Esto es importante, ya que el hecho de no contar con los medios para comprobar la verdad o falsedad de una afirmación no implica que carezca de valor de verdad. En efecto, el enunciado "existe vida en otros planetas del universo" es verdadero o falso, independientemente de que no podamos establecer esa verdad o falsedad.

Esta aclaración nos permite comprender que no es necesario que si hay verdad haya entonces también conocimiento y demostración, nos permite comprender una noción fundamental en la ciencia: la de hipótesis. En efecto, formular una hipótesis es establecer una conjetura, una afirmación previa a toda prueba, previa al conocimiento de su verdad o falsedad. Y esto es muy importante porque buena parte de nuestras mejores teorías científicas tienen este estatus, son hipótesis o conjeturas acerca de la naturaleza de la realidad. Esto nos lleva a plantearnos e interrogarnos acerca de los procedimientos que lleven a establecer la verdad o falsedad de dichas hipótesis. Esta es una cuestión central en toda investigación científica: la cuestión del método.

1.1.4. El “método científico”

Para la mayoría de los autores lo que caracteriza al conocimiento científico es el llamado “método científico”. Sin embargo, hablar del método científico puede conducir a la creencia falsa de que hay un solo y único método. Ya sea para la obtención del conocimiento o para su justificación, la discusión acerca de la existencia de un único o múltiples métodos ha suscitado diversas y muchas veces irreconciliables posturas.

Hablar de *el* método científico es referirse, por tanto, a una gran cantidad de técnicas y estrategias empleadas para la obtención y la justificación del conocimiento, ya sea a través de métodos definitorios, métodos clasificatorios, métodos estadísticos o métodos llamados “hipotético-deductivos”, entre otros. Por un lado, la multiplicidad de disciplinas científicas hace imposible la existencia de un único método para todas ellas. Por otro lado, también conviene tener presente que con el correr del desarrollo histórico de la ciencia se ven modificados los métodos, ya que se van incorporando instrumentos, nuevas teorías, y conceptos, que, a su vez, modifican a la propia actividad científica y a su metodología.

Entre estas diversas tácticas Entre mencionaremos ahora rápidamente algunas que son mayoritariamente utilizadas en las ciencias naturales y que constituyen lo que normalmente entienden por “el método” aquellos que utilizan esta frase. Por un lado, está la importancia de la observación como punto de partida de la investigación, y la experimentación (cuando es posible realizarla) para identificar relaciones entre objetos y propiedades. También es característica la utilización de procedimientos llamados “inductivos” (sobre los que hablaremos más adelante), que nos permiten generalizar a partir de lo observado. Y, finalmente, está el llamado “método hipotético-deductivo”, que quizá sea una de las principales concepciones metodológicas adoptada principalmente por los científicos de las ciencias naturales. Para muchos epistemólogos (los filósofos que estudian la ciencia y el conocimiento), es posible reconstruir la investigación científica en las ciencias fácticas desde una perspectiva hipotético-deductivista. El eje de esta propuesta se basa, en principio, en la formulación de hipótesis a modo de respuesta a ciertas situaciones problemáticas. Cabe tener en cuenta, que la investigación científica no es un proceso que comience de la nada, sino que se efectúa a partir de ciertos conocimientos previos. Precisamente, el carácter siempre provisional de todo conocimiento de tipo fáctico hace posible la aparición, en determinadas circunstancias, de fenómenos inexplicables a la luz de conocimientos vigentes. No obstante, son en muchas ocasiones las preguntas que el propio investigador se hace sobre algún aspecto de la realidad lo que lleva a la necesidad de plantear una posible respuesta, esto es, una hipótesis. Por tanto, la problematización debe ser entendida a su vez como una actividad productiva del investigador. Las

hipótesis, siempre bajo esta perspectiva, son producto de diversos factores, que incluyen, por un lado, ciertas recetas o estrategias de respuesta vigentes en la disciplina, pero también la imaginación y creatividad del investigador, e intentan dar respuesta a los problemas planteados. Ellas son luego puestas a prueba de manera indirecta a través de las consecuencias que se siguen de las mismas para finalmente evaluar su aceptación o rechazo.

Veamos un ejemplo ficticio de esta metodología llevada a un caso de la vida cotidiana: abrimos la canilla de nuestra cocina y el agua no sale, nos preguntamos por qué pasa eso. Entonces empezamos a elaborar hipótesis que expliquen el hecho y nos permitan arreglar la situación. Primero (hipótesis 1) pensamos que se ha cortado el agua del edificio. Una consecuencia obvia de esa hipótesis es que si abrimos cualquier otra canilla de la casa, tampoco saldrá agua. Si hacemos la prueba con otra canilla y el agua sale, la hipótesis 1 debe ser rechazada y comenzamos a buscar otra explicación. Así, se nos ocurre que (hipótesis 2) tal vez el problema sea la goma (más conocida como “cuerito”) que sirve para obturar el paso del agua en la válvula. De aquí se sigue que si cambiamos dicha goma el funcionamiento normal se restablecerá y, entonces, hacemos la prueba correspondiente. Si ocurre lo esperado, la hipótesis 2 será la explicación aceptada, y si no, seguiremos buscando del mismo modo. Esta es la manera en que proceden los plomeros, los mecánicos, pero también los médicos y, claro, también los científicos, a la hora de encontrar la respuesta a un cierto problema o pregunta que se plantea.

Muchos epistemólogos han discutido acerca de los resultados que arroja la puesta a prueba de hipótesis bajo esta perspectiva metodológica, principalmente en lo que respecta a resultados positivos. Podría ocurrir que la hipótesis supere la prueba aunque sea falsa. En el ejemplo anterior, si cambiando el cuerito el flujo se restablece creeremos que el cuerito anterior era la causa del mal funcionamiento. Pero podría ser que en realidad hubiera algún objeto diferente obturando el paso del agua en alguna parte de la grifería y que, sin advertirlo nosotros, se soltara solo durante la operación de cambiar la goma y abriera el paso del agua. Este caso nos muestra que el resultado positivo de la prueba no significa necesariamente que la hipótesis sea verdadera. No entraremos en más detalles aquí, pero también es posible que la puesta a prueba de resultados negativos aunque la hipótesis no sea falsa, sino verdadera. Todo esto muestra que los resultados de esta metodología son siempre hipótesis o conjeturas que han superado más o menos pruebas, pero nunca se logra demostrar la verdad de las mismas.

1.1.5. La explicación científica

Una de las finalidades del conocimiento científico es dar explicaciones a diversos fenómenos empíricos. Relacionado a la cuestión metodológica aparece la cuestión de la explicación científica como un asunto fundamental tanto en la epistemología como en el propio desarrollo del pensamiento científico. Hay, sin embargo, multiplicidad de significados que aparecen a diario relacionados a la palabra “explicación”. Cotidianamente usamos la palabra explicar en diferentes contextos, entre otros y como ejemplo:

- Narración: “... le explicó a los periodistas lo que sucedió cuando comenzaron los disparos”
- Enseñanza de procedimientos: “...el técnico me explicó cómo formatear la computadora”
- Aclaración de significados: “... el médico me explicó qué quiere decir cuadro hipertensivo”

Estos usos y muchos más aparecen en los casos en los que explicar juega un papel en la comunicación, sin embargo, podemos preguntarnos: (i) ¿qué significa explicar algo científicamente? (ii) ¿hay un tipo de explicación considerada científica?

En respuesta a la primer pregunta podemos decir, en general, que explicar x es satisfacer la pregunta “¿por qué x ?”. En particular, las explicaciones científicas se ocupan de hacer comprensibles hechos (la x de la pregunta) que han ocurrido y son conocidos, de manera que su ocurrencia deje de ser fuente de sorpresa y perplejidad para nosotros para convertirse en algo esperado en las circunstancias. Como dice Klimovsky, la explicación científica “proporciona razones para que aquello que parecía intrigante, una vez explicado, deje de serlo y se transforme en un hecho natural que debió haber ocurrido así y no de otra manera” (1994, p. 246).

En relación con la segunda pregunta acerca de los tipos de explicación científica, si bien diversos autores clasifican los tipos de explicación de forma distinta, podemos, no obstante, hablar de cuatro tipos básicos de explicación: (a) la explicación deductiva, (b) la probabilística o estadística, (c) la genética y (d) la teleológica. No desarrollaremos aquí estas formas de explicación, pero cabe mencionar sus rasgos fundamentales y básicos.

(a) Explicación deductiva:

Muchos autores coinciden en sostener que el modelo deductivo, comúnmente llamado nomológico-deductivo, representa el prototipo que mejor representa a una explicación de tipo científica, sin embargo, existe una amplia discusión acerca de la imposibilidad de aplicación de este tipo de explicación a todas las ciencias empíricas. Pensemos en un ejemplo sencillo. Ante un

hecho como la dilatación de un trozo de metal cabe preguntarse por qué ocurrió ese fenómeno. Para responder deberíamos identificar alguna ley científica relevante a este hecho, como por ejemplo la que sostiene que *todos los metales se dilatan al calor*. Pero esta ley no nos dice nada acerca de por qué *ése* trozo de metal en particular se dilató. Claramente, nos estaría faltando algún tipo de información que conecte esa ley con el hecho que, como en este caso, queremos explicar. Nos faltarían datos para complementar un tipo de explicación como esta, es decir, información particular acerca de qué pasó con ese trozo de metal, como podría ser que estuvo expuesto a una fuente de calor determinada. Por lo tanto, la explicación de por qué se dilató ese trozo de metal quedaría cubierta por la ley *todos los metales se dilatan al calor* y por el hecho de que ese trozo de metal estuvo expuesto a alguna fuente de calor. A leyes como esta, que sostienen que todos (sin excepción) los miembros de un conjunto o clase (en este caso, los metales) tienen cierta propiedad (aquí, dilatarse con el calor), los denominados “leyes universales”.

(b) Explicación probabilística o estadística:

En algunas ciencias, la existencia de leyes universales -necesarias para la conformación de un modelo deductivo de explicación- es problemática y hay quienes niegan que pueda haberlas. En estos casos, sin embargo, puede haber disponibles leyes probabilísticas como *el 80% de los casos A tienen la propiedad B* que permitiría la reconstrucción de un tipo de explicación comúnmente llamada estadística.

(c) Explicación genética:

La explicación genética, comúnmente usada en historiografía, consiste en explicar un hecho histórico señalando una sucesión de hechos anteriores, encadenándolos de tal manera que conformen un proceso que termina en el hecho a explicar. Por ejemplo, para explicar la revolución de mayo de 1810 que inicia el proceso de independencia de lo que luego sería la Argentina, se suele citar estos hechos antecedentes: la independencia de las colonias británicas de América del Norte en 1776, la revolución francesa de 1789, la expansión de la ideología liberal en Europa, el hecho de que varios protagonistas de la revolución de mayo hayan entrado en contacto con esas ideas, el asfixiante esquema comercial que España imponía en estas tierras desde la creación del Virreinato del Río de la Plata, la caída de la corona española en 1808 por la invasión de Napoleón, etc.

(d) Explicación teleológica:

En su versión más simple, la explicación teleológica (del griego *telos*, que significa “propósito”) recurre a las intenciones y fines perseguidos. En general se utiliza este tipo de explicación para dar cuenta de la conducta intencional de los seres humanos, ya que cuando preguntamos por qué alguien realiza determinada acción voluntaria y conscientemente esperamos, normalmente, que nos digan cuál es el propósito que persigue con ella. Así, quedaría conformado un ejemplo muy sencillo de la siguiente manera: la respuesta a por qué Juan dedica tantas horas a estudiar Introducción al Conocimiento Social es que Juan quiere aprobar esta materia y, además, considera que para aprobarla es necesario que estudie con esmero. Aunque es menos evidente, también pertenece a este tipo una estrategia explicativa frecuente en sociología llamada *explicación funcional*, en la cual se explican, por ejemplo, ciertas prácticas o instituciones sociales como la monogamia, digamos, haciendo referencia a una función útil que cumplen para la preservación o prosperidad de la sociedad. En el caso de la monogamia, podría aducirse tal vez que cumple (o ha cumplido en el pasado) una función ordenadora útil para la subsistencia de las sociedades humanas, ya que ha facilitado la crianza de los hijos, especialmente durante sus primeros años de vida, en los cuales son muy vulnerables y necesitan mucho de sus madres, que, a su vez, necesitan que sus compañeros varones provean alimento para toda la familia.

1.1.6. Actividades

1. Lea atentamente el punto 1.1.1 y responda:
 - a) ¿Es toda creencia verdadera conocimiento? ¿Por qué?
 - b) ¿Es posible que algo sea verdadero, se tenga justificación sin embargo no haya creencia?
 - c) ¿Es toda creencia justificada necesariamente verdadera?
 - d) ¿Se le ocurre algún ejemplo en donde exista creencia, verdad y justificación pero que no obstante no haya conocimiento?

2. Según el texto citado del profesor Klimovsky en el punto 1.1.2:
 - a) ¿Es la *disciplina científica* la unidad de análisis ideal para el conocimiento científico? ¿Por qué?
 - b) ¿qué lugar ocupa la teoría frente al conocimiento científico y qué funciones cumple?

3. En el punto 1.1.3 se hace referencia a la relación entre el lenguaje y la verdad. Lea atentamente y responda.
- ¿Qué función cumple el lenguaje en el marco del conocimiento científico? ¿qué relación tiene con la teoría?
 - ¿La verdad se encuentra en el mundo? Explícite.
 - Proponga un ejemplo de “algo” verdadero.
 - ¿Qué relación hay entre el concepto de hipótesis y el de verdad?
4. En el punto 1.1.4 se habla del método científico. Lea atentamente y responda.
- ¿Cuáles son las razones que llevan a sostener la imposibilidad de un único método para todas las ciencias?
 - Reconstruya los pasos de la puesta a prueba de una hipótesis según el método hipotético-deductivo.
 - Proponga una hipótesis para los siguientes problemas:
 - El auto de María no arranca a pesar de que tiene batería nueva
 - El SR. Pérez apareció muerto en su habitación.
 - Las flores del balcón se marchitaron.
 - ¿Los resultados positivos en la puesta a prueba de una hipótesis, nos aseguran la verdad de dicha hipótesis? ¿por qué? Ejemplifique
5. Leer el texto 1 (“Un caso histórico a título de ejemplo” en Hempel, C., 1995, *La filosofía de la ciencia natural*, cap. 2) y responda:
- ¿Cuál es la pregunta que se plantea el Dr. Semmelweis?
 - Señale las distintas hipótesis que propone para responder a esa pregunta.
 - Especifique para cada hipótesis de qué modo se la pone a prueba y con qué resultados.
6. Realice un cuadro con los diferentes tipos de explicación científica y sus características que aparecen mencionados en la sección 1.1.5

1.1.7. Bibliografía.

- Bunge, M. (1997), *La ciencia. Su método y su filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, caps. 1 y 2.
- Copi, I. & Cohen, C. (2004): *Introducción a la lógica*. México, Limusa, cap. 13.
- Hempel, C., 1995, *La filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza, caps. 2 y 3.
- Klimovsky G. (1994): *Las desventuras del conocimiento científico*. Buenos Aires: A-Z Editora, cap. 1.
- Nagel, Ernst (2006): *La estructura de la ciencia*, Barcelona, Paidós, caps. 1 y 2.

1.2. Qué son las ciencias sociales

El conocimiento científico en Ciencias Sociales ha sido objeto de serias polémicas en el seno de la comunidad científica. No ha habido un acuerdo pleno entre sus miembros respecto de si las Ciencias Sociales se encuentran en una posición “similar” a las ciencias naturales (tales como la física o la química, por ejemplo) para poder acceder a un conocimiento científico legítimo.

Es necesario, en consecuencia, preguntarse si existen diferencias reales entre aquello que es estudiado por las ciencias naturales y aquello que es estudiado por las ciencias sociales. Si tales diferencias realmente existieran, sería posible preguntarse si las ciencias sociales son capaces de conocer científicamente, es decir, bajo las condiciones y reglas que la comunidad científica consideran válidas para producir un conocimiento.

1.2.1 De qué se ocupan las ciencias sociales.

Siempre que se piense en la ciencia como una forma específica de conocimiento es necesario reflexionar sobre aquello que pretende ser conocido. Es decir, resulta imprescindible pensar en qué conjunto de cosas (en su sentido más genérico) son estudiadas por las ciencias sociales.

En el mundo existen una enorme cantidad de “cosas”. La simple observación nos permitiría darnos cuenta de que entre ellas hay muchas diferencias. No es lo mismo una manzana que un auto, ni tampoco son iguales una planta y un niño. Eso es evidente. Sin embargo, si profundizamos nuestra mirada, veremos que entre ese listado de “cosas” que se han mencionado, existe la posibilidad de agruparlas en dos grandes conjuntos: por un lado, existen aquellas “cosas” que podríamos llamar objetos; y por otro lado, aquellas “cosas” que podríamos denominar personas. Existe, pues, una diferencia fundamental entre un auto (cualquiera) y Pedro (o cualquier otra persona); incluso esa diferencia es notable entre un perro y Juan, a pesar de que ambos son seres vivos. Pero, ¿cuál es esa diferencia? ¿En qué se diferencian un auto o un perro de Juan?

Podríamos afirmar que el mundo está conformado por objetos y personas. De tal modo, existe un mundo “objetivo” (un mundo de cosas) y un mundo “subjetivo” (un mundo de personas). La diferencia fundamental entre cada uno de estos aspectos del mundo consiste en que el mundo subjetivo está formado por personas que son capaces de asignar significados a las cosas del mundo objetivo. Esa asignación de sentidos o significados es exclusiva del ser humano. Sólo los seres humanos somos capaces de asignar un sentido a las cosas, sean cualesquiera que sean. Veamos un ejemplo para que resulte más claro. Supongamos que tenemos frente a nosotros un objeto que describimos de este modo: es una tabla de madera, de forma cuadrada, de color blanco, y cuenta con cuatro patas de forma cilíndrica, también de madera. Seguramente, todos nos hemos dado cuenta que nos hemos referido a una mesa. Sin embargo, el objeto en sí no es una mesa; sino más bien los seres humanos le hemos asignado el significado o sentido de una mesa. Es decir, seguramente cuando vemos ese objeto somos capaces no sólo de nombrarlo como mesa, sino también de pensar para qué sirve (por ejemplo, para apoyar nuestros libros, o comer sobre ella). De modo tal que somos los seres humanos quienes podemos asignar a los objetos o cosas un significado peculiar, específico. Pensemos en otro ejemplo. Tengo frente a mí una flor: se trata de una variedad de color rojo, con pétalos muy suaves y delicados y un tallo largo y de un verde intenso, con espinas. Se trata de una rosa. Los seres humanos somos capaces de asignarle un sentido específico a ese objeto: sabemos que cuando un hombre regala una rosa a una mujer es posible que haya una intención romántica por detrás.

Todo lo dicho anteriormente, en consecuencia, nos conduce a una primera afirmación que debemos considerar como punto de partida para pensar lo específico del conocimiento científico en Ciencias Sociales: los seres humanos somos los únicos sujetos capaces de asignar significaciones o sentidos a las cosas que forman parte del mundo objetivo.

Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla. La complejidad radica en particular en que los sentidos o significaciones que los seres humanos asignan a las cosas no siempre son los mismos. Si bien todos los seres humanos somos similares, también somos muy distintos. Es necesario reflexionar brevemente sobre ciertas características específicas del mundo humano (o del mundo social).

Para ello, vamos a formular una serie de afirmaciones (también conocidas como “**presupuestos sociológicos**”) y explicarlas con claridad, con el propósito de aclarar de qué modo y por qué los seres humanos asignamos distintos significados o sentidos a las cosas.

El **primer presupuesto sociológico** consiste en considerar a todos los seres humanos (tanto varones como mujeres) como seres sociales. Esto quiere decir que los seres humanos necesitamos

de otros seres humanos para la supervivencia. No es posible que un hombre subsista de manera aislada. Piénsese en un bebé recién nacido. Sin dudas, necesita de la asistencia de su madre y de su padre para vivir. Si dejáramos a este bebé solo para que pudiera subsistir, seguramente moriría en poco tiempo. Lo mismo sucede con el hombre en una edad adulta. Todos nosotros necesitamos de otros para la supervivencia. Esa necesidad del otro se hace manifiesta en que de manera constante los humanos nos relacionamos con otros humanos. Es decir, interactuamos con otras personas de manera regular y constante. Aquí aparece, pues, el **segundo presupuesto sociológico**: todos los seres humanos tienen una tendencia a la sociabilidad, es decir, a mantener relaciones sociales con otros seres humanos. Cada vez que hablamos con un amigo, compramos algo en un negocio, o pagamos nuestros impuestos, en todos los casos existe una interacción social con otro (o muchos otros) seres humanos. La tendencia a la sociabilidad, pues, se pone en acto cada vez que interactuamos con otros seres humanos. Sin embargo, ¿cómo es posible que suceda eso? Es decir, ¿cómo es posible interactuar regularmente con muchos otros seres humanos a los cuales, en la mayoría de los casos, no conocemos? Ello es posible porque los seres humanos que pertenecemos a un mismo grupo compartimos un conjunto de valores, normas, ideas y creencias comunes. Este es, en consecuencia, el **tercer presupuesto sociológico**: todos los seres humanos son capaces de interactuar dado que comparten un conjunto de elementos socio-culturales comunes que habilitan la posibilidad de la comunicación y el intercambio simbólico. Esto parece difícil de comprender, pero no lo es tanto. Los seres humanos somos capaces de compartir significados sobre las cosas del mundo, y justamente el hecho de que compartamos tales significados es lo que permite que podamos interactuar. Por ejemplo, si estoy en una parada de colectivo y deseo que el autobús se detenga, seguramente estiraré el brazo. Ese hecho (el estirar el brazo) es un signo compartido por todos nosotros, que sabemos que ese es el modo de manifestar nuestro deseo de que el colectivo pare. Esos significados son transmitidos, aprendidos y compartidos durante toda nuestra vida. El proceso de transmisión de tales elementos socio-culturales se llama socialización. Sin embargo, nótese algo importante. Si quisiéramos detener un colectivo en otro lugar del mundo, por ejemplo en Berlín, no sería necesario estirar el brazo. Es más, seguramente los alemanes que nos vieran hacer ese gesto no entenderían qué es lo que pretendemos hacer. Esto se debe a que cada grupo humano genera y conforma un conjunto peculiar de elementos socio-culturales comunes. A eso se lo llama de manera general cultura.

Ahora bien, teniendo en cuenta los tres presupuestos sociológicos fundamentales analizados previamente, es posible avanzar en la cuestión primordial: los seres humanos somos, en consecuencia, creadores de cultura. Es decir, en esos procesos de interacción que llevamos a cabo cotidianamente no sólo transmitimos significados y sentidos sobre todo lo que nos rodea,

sino que también producimos nuevos significados y sentidos. En consecuencia, de manera permanente no sólo asignamos sentidos, sino que también los interpretamos. De este modo, lo que resulta peculiar del ser humano con relación a cualquier otra “cosa” del mundo es su capacidad para darle un sentido o significado a todas las demás cosas, incluso a los propios seres humanos. Eso es distintivo del ser humano: su condición de ser simbólico. De tal modo, si pensamos que las distintas ciencias estudian distintos objetos, ya podemos afirmar con certeza algo: las ciencias sociales son aquellas que tienen como objeto primordial al hombre (entendido como ser simbólico).

Existe una amplia polémica respecto de si las ciencias sociales deben ser llamadas así, o su mejor denominación debiera ser la de “ciencias humanas”. No es un debate que sea necesario profundizar aquí. Sin embargo, sí puede resultar valioso reflexionar sobre lo que un sociólogo de origen polaco, llamado Zygmunt Bauman, explica como la “unidad del mundo humano”.

Bauman explica que el mundo humano es uno solo, si bien en general cuando se lo pretende conocer y estudiar, el científico lo “fracciona” o “divide” en partes. El mundo humano es sumamente complejo. Pensemos en un ejemplo muy sencillo para reflexionar sobre la complejidad de ese mundo. Imaginemos una interacción entre dos sujetos: el señor Pérez que quiere comprar manzanas y el señor Gómez que quiere vendérselas. Esa interacción la vemos de manera usual todos los días, cuando vamos a una verdulería a hacer las compras. No pareciera ser algo demasiado complejo. Sin embargo, el científico que pretenda conocer más sobre eso que está observando, podría hacerse muchas preguntas y muy distintas entre sí. Por ejemplo, ¿por qué al señor Pérez le gustan las manzanas? O también ¿por qué el precio de las manzanas ha aumentado tanto durante los últimos meses? También podría preguntarse ¿por qué el señor Gómez es verdulero y no paracaidista? O bien ¿por qué en este lugar se comen manzanas pero no otras frutas? Muchas preguntas para algo tan sencillo como comprar manzanas. Y cada una de ellas puede tener una respuesta específica, porque cada una de ellas refiere a aspectos distintos de esa interacción social. La primera pregunta refiere a los aspectos psicológicos que motivan al señor Pérez a querer comprar manzanas. En cambio, la segunda refiere a los condicionantes individuales y estructurales del proceso de intercambio económico. La tercera podría responderse a partir de pensar los roles que desempeñan y las posiciones que ocupan las personas en una sociedad. La última pregunta podría ser respondida a partir de las creencias e ideas propias de esa colectividad de personas. Es decir, intentar responder a todas esas preguntas al mismo tiempo desde una posición científica sería, seguramente, muy difícil. Sin embargo, señala Bauman, lo que hacen los científicos sociales es “fraccionar” la unidad del mundo humano y “dividirse” los distintos aspectos del conocimiento del mismo. De tal modo, cada ciencia social (hay muchas,

como veremos más adelante) se “reserva” una sección o porción de ese mundo humano para considerarlo como un objeto específico de conocimiento para sí. Aparece una división social del conocimiento o, como lo llama Bauman, una división social del trabajo científico para conocer la complejidad del mundo humano. Revisemos un extracto del texto de Bauman que nos ofrece mayor claridad para explicar esto:

(...) las divisiones entre los cuerpos de conocimiento deben reflejar divisiones en el universo que investigan. Son las acciones humanas (o los aspectos de las acciones humanas) las que difieren unas de otras, y las divisiones entre cuerpos de conocimiento simplemente tienen en cuenta este hecho. De ese modo, la historia se refiere a las acciones que tuvieron lugar en el pasado, en tanto que la sociología se concentra en las acciones actuales. Del mismo modo, la antropología nos habla de sociedades humanas que atraviesan un estadio de desarrollo diferente del nuestro (se defina como se defina). En el caso de algunos otros parientes cercanos de la sociología, ¿será que la ciencia política, entonces, tiende a discutir acciones referidas al poder y el gobierno; la economía a tratar con acciones relativas al uso de los recursos en términos de rédito máximo para individuos que se consideran “racionales” en un determinado sentido de la palabra, así como con la producción y distribución de bienes? (...) (Bauman Z. y May. T. 2007, pág. 13).

Resulta claro, pues, que el mundo humano, siendo uno e indivisible en la realidad cotidiana, es “dividido” en secciones para poder ser estudiado con mayor grado de precisión. Esa división da como resultado la existencia de un conjunto amplio y diverso de distintas “ciencias sociales”, cuyo objeto refiere al mundo humano, si bien con una particular mirada sobre el mismo por parte de cada una de ellas.

1.2.2. Diferencias con las ciencias naturales

A partir de la clasificación de las ciencias dada antes (1.1.1) en formales y fácticas, es posible afirmar, en consecuencia, que tanto las ciencias naturales como las ciencias sociales son ciencias fácticas. Sin embargo, existen diferencias notables entre unas y otras. Veamos algunas de ellas:

Respecto del objeto: una diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las ciencias sociales consiste en el objeto de conocimiento que estudian. Se dice que las ciencias naturales estudian las “cosas” que forman parte del mundo natural. Sin embargo, esta idea puede conducir a un error. Una mesa no es “natural” en el sentido estricto de la palabra (en tanto que no la encontramos en la naturaleza, sino que es una producción del ser humano) y, sin embargo, es un objeto que puede ser estudiado por las ciencias naturales (tales como la física o la química). Entonces ¿en qué radica la diferencia?

Podríamos decir lo siguiente: en el campo de las ciencias naturales existe una diferencia fundamental entre el sujeto que estudia y el objeto (o “cosa”) que es estudiado. Es decir, el sujeto que estudia (en este caso, un científico o bien un estudiante) es, en general, muy distinto a aquello que estudia (que podría ser una mesa, o un auto, o incluso una planta). Incluso cuando el objeto de una ciencia natural es el propio ser humano, si se considera, por ejemplo, su biología, el consenso general es que no debería hacer diferencia si el investigador es hombre o mujer, chino o argentino, etc. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales esta independencia no existe. Si decimos que las ciencias sociales estudian al ser humano, en sus distintas actividades y comportamientos, es decir, en tanto que seres sociales, podemos notar que tanto el sujeto que estudia es, en algún sentido, parte del objeto conocido. En ambos casos se trata de un hombre, un ser humano que es capaz de darle significados o sentidos a las “cosas” (de acuerdo a lo que hemos analizado en la sección 1.2.1.). Para resumir, mientras en las ciencias naturales se dice que existe una independencia entre sujeto que conoce y objeto que es conocido, en el campo de las ciencias sociales tal independencia no existe (en ambos casos, tanto el sujeto como el objeto es un sujeto “simbólico”). Así, puede ser problemático tanto que el investigador pertenezca a la sociedad que estudia como que no lo haga. Pues, si es miembro de esa sociedad y, por ello, comparte el entramado de significados de la misma, su mirada estará teñida por ese complejo de sentidos. Si, en cambio, es ajeno a esa sociedad y no comparte esa red de sentidos, su mirada puede, por ajena, no comprender cabalmente lo que ocurre en ella. Hay un problema adicional al que suele denominarse “efecto bucle” (o rulo), que consiste en que la labor investigativa del científico social puede tener el efecto de alterar esos comportamientos sociales que estudia, cosa que, en general, no ocurre en el ámbito de las ciencias naturales.

Respecto del modo de conocer científicamente: en tanto que existen diferencias respecto del objeto de estudio que tienen las ciencias naturales y las ciencias sociales, también es esperable que existan diferencias con relación al modo de conocer científicamente a tales objetos. La cuestión puede resultar algo compleja, aunque intentaremos simplificarla del modo que resulte más claro.

Como señalamos antes (1.1.4) la expresión “el método científico” es un poco engañosa, pues hay una interesante cantidad y variedad de estrategias en el ámbito de las ciencias fácticas. No obstante, en las ciencias naturales se puede observar una cierta homogeneidad metodológica, que es a lo que se refiere normalmente quien habla de “el método científico”. En general, el científico natural realiza su investigación a través de estos procesos básicos: la observación, la experimentación, la elaboración de hipótesis y la contrastación o evaluación experimental de esas hipótesis. Es cierto que el método de la física no es idéntico al de la biología (dado que los aspectos de los objetos a los que refieren son algo distintos). Sin embargo, y a pesar de sus diferencias, lo más frecuente es que en el campo de las ciencias naturales se lleven a cabo estos procesos: se observa el objeto (para conocer sus propiedades o relaciones); se experimenta con él (para saber, por ejemplo, si en otras condiciones tales propiedades o relaciones se mantienen); se elaboran hipótesis para explicar lo observado, y se contrastan esas hipótesis (para comprobar si son correctas) mediante nuevos experimentos y observaciones.

En cambio, en las ciencias sociales la cuestión es algo más compleja. Como veremos más adelante, en ciencias sociales no existe un método o modo de conocer científicamente que sea predominante o cuente con un consenso mayoritario, sino que existen múltiples métodos, todos ellos legítimos o válidos, e incluso aceptados por la comunidad científica. Si bien es cierto que en ciencias sociales algunos métodos son privilegiados por encima de otros, lo que resulta verdadero es que no hay un único modo aceptado para poder conocer científicamente el objeto de estudio de las ciencias sociales (sea cual sea la ciencia social sobre la que hablemos). En este sentido, es posible afirmar según Vasilachis de Gialdino (2003) que las ciencias sociales son “plurimetodológicas”, es decir, que se valen de muchos métodos distintos para poder conocer sus objetos de conocimiento. Hablaremos más sobre esta pluralidad de métodos más adelante.

Esta variedad metodológica se observa en la existencia de diversos **enfoques epistemológicos** o **paradigmas** en el ámbito de las ciencias sociales. Vamos a aclarar estos conceptos.

La noción de paradigma fue elaborada por el científico y epistemólogo norteamericano Thomas Kuhn, quien escribió un libro llamado *La estructura de las revoluciones científicas*. Ese libro, publicado hace ya varias décadas, fue una verdadera revolución en el campo del conocimiento científico. Allí Kuhn proponía una idea muy importante: explicaba que el modo de conocer científicamente cualquier “cosa” del mundo era el resultado de un “acuerdo” o “consenso” (no expreso, sino más bien implícito) entre los miembros de la comunidad científica respecto de los modos legítimos o válidos para poder estudiar esas “cosas”. De este modo, Kuhn

definía un paradigma como “un conjunto de respuestas firmes que una comunidad científica ha dado a preguntas tales como ¿cuáles son las entidades fundamentales de que se compone el universo? ¿Qué preguntas pueden plantearse sobre tales entidades y qué técnicas pueden emplearse para buscar soluciones?” De manera más sencilla, Kuhn entendía que en cierto momento histórico, los miembros de la comunidad científica (es decir, todos aquellos que pretendemos conocer científicamente el mundo) “se ponían de acuerdo” respecto de qué es posible conocer y cómo es posible conocerlo. Eso es un paradigma o matriz disciplinar. Los paradigmas, decía Kuhn, sufren cambios a lo largo de la historia. No es el mismo modo de conocer que se tenía en la Antigüedad, por ejemplo, cuando se creía que la Tierra era el centro del Universo, que el que se tiene ahora (dado que ya sabemos que ese universo es mucho más grande y extenso!). Por eso, decía Kuhn, los paradigmas son inconmensurables (es decir, no se pueden comparar entre sí), dado que proponen modos de “ver el mundo” radicalmente distintos. En cada momento histórico, la idea de verdad está sujeta a los marcos o límites que el propio paradigma propone.

Ahora bien, teniendo en consideración esta cuestión, es posible afirmar que en ciencias naturales existe un único paradigma vigente en cierto momento histórico. Es decir, no es posible afirmar al mismo tiempo la teoría geocéntrica (la Tierra como centro del Universo) y la teoría heliocéntrica (el Sol es el centro del Universo). Durante mucho tiempo (¡muchos siglos!) se pensó que todo el Universo estaba organizado en torno a la Tierra. Recién en el siglo XVII se pudo confirmar que el Sol era el centro del Universo (al menos, del universo conocido hasta ese momento). Ese cambio, tan radical y rotundo, fue la manifestación de un cambio paradigmático (una revolución, tal como la llama Kuhn) que tuvo consecuencias notables no solo en el campo de la astronomía, sino en el conjunto de la ciencia. Las verdades que durante siglos se consideraron ciertas ahora eran puestas en cuestión, y de hecho, dieron origen a nuevos descubrimientos y hallazgos.

La cuestión es muy distinta en el campo de las ciencias sociales. El propio Kuhn creía que éstas están en un estadio inmaduro, previo a la institución de algún paradigma y, por tanto, este concepto no sería aplicable en ellas. Sin embargo, se ha vuelto frecuente utilizar este término “paradigma” para referirse a los múltiples enfoques y escuelas metodológicas, aunque ninguno de ellos haya llegado a imponerse en la mayor parte de la comunidad científica. Así, se dice que las ciencias sociales son multiparadigmáticas, dado que conviven muchos paradigmas entre sí, y todos ellos son aceptados en la comunidad científica. Vasilachis de Gialdino (2003) define a un paradigma como “el conjunto de teorías, metodologías, conceptos e imágenes del objeto de conocimiento que determinan los modos del trabajo científico en un tiempo histórico y lugar

determinados". La definición de Vasilachis de Gialdino resulta, pues, muy similar a la propuesta por Kuhn. Los profesores argentinos Klimovsky e Hidalgo, prefieren utilizar el concepto de "enfoque epistemológico". Podríamos considerar tal concepto como análogo al de paradigma. Estos autores explican que, en el campo de las ciencias sociales, existen al menos tres grandes enfoques epistemológicos vigentes (aunque podrían pensarse algunos más). Estos enfoques son el empírico-naturalista o positivista, el crítico o radical y el interpretativo o comprensivista (algunos también lo llaman hermenéutico). Veamos brevemente cómo son cada uno de ellos.

El **enfoque empírico-naturalista o positivista**, señalan Klimovsky e Hidalgo, se caracteriza por considerar que no existen diferencias tan notables entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Por ello, este paradigma considera que es posible considerar el objeto de estudio de las ciencias sociales de igual modo que como es tenido en cuenta por las ciencias naturales. Se funda en la concepción que aparece ya en el siglo XIX, cuando el campo de las ciencias sociales se encontraba en un desarrollo muy importante, especialmente de la mano de la Sociología y la Antropología. Para esos científicos sociales, la sociedad (fuese la sociedad industrial del siglo XIX o sociedades "primitivas" o exóticas) podía ser considerada una "cosa", es decir, algo que era objeto de observación, de experimentación y de contrastación. El primer científico que formuló de manera tajante esto fue un sociólogo francés llamado Auguste Comte. Si bien muchas de las cosas que proponía este pensador ya no se encuentran vigentes, lo cierto es que aún el día de hoy muchos científicos sociales estudian a la sociedad de manera bastante similar a la que proponía Comte. En el paradigma naturalista se acostumbra cuantificar los fenómenos sociales, y se considera que es posible encontrar las causas que originan los fenómenos. Incluso se entiende que, si el científico es capaz de identificar tales causas, probablemente también podrá manipularlas con el objetivo de modificar sus efectos. En resumen, en el paradigma naturalista se formulan leyes que asumen la forma causa-efecto, y en general pretenden ser universales (es decir, aplicables a todo tiempo y lugar). Recordemos el ejemplo de la ley que dice que todos los metales se dilatan al calor. Sobre esto se hablará más adelante en esta misma sección.

Por otro lado, el **enfoque crítico o radical** considera que existen elementos determinantes de la vida social que no resultan directamente observables, pero que determinan con enorme fuerza el modo en que se conforma la sociedad. Esos elementos condicionantes se encuentran "velados" y ocultos, y expresan relaciones desiguales de poder. Por tal motivo, los representantes de este paradigma entienden que la vida social está caracterizada por el conflicto o la lucha de intereses opuestos. La vida social es, en consecuencia, injusta, dado que asume la forma que aquellos que tienen mayores cuotas de poder pretenden o esperan. Este paradigma se origina a mediados del siglo XIX y es heredero del aporte fundamental a la teoría social que realizará un

pensador alemán llamado Karl Marx. Por tal motivo, algunos científicos también lo llaman enfoque marxista. Según Marx, la sociedad de su época se caracterizaba por una lucha desigual entre los burgueses o capitalistas y los obreros o proletarios. Esa lucha, a la que llamaba “lucha de clases”, determinaba la forma que asumía la sociedad en otras esferas o ámbitos, como la política, social o cultural. Aún el día de hoy, muchos científicos sociales trabajan desde este enfoque y discuten los problemas sociales a partir de estas nociones.

Por último, existe el **enfoque interpretativo o comprensivista**. Este paradigma, algo más nuevo que los dos anteriores (aparece a principios del siglo XX) considera que todos los fenómenos sociales se originan en los procesos de interacción social que, como ya hemos visto previamente, se encuentran con sentidos o significados asignados subjetivamente por los actores sociales. Por este motivo, los representantes de este enfoque consideran que no es posible utilizar las herramientas o los métodos que propone el enfoque naturalista, dado que el sentido de una acción no es directamente observable (como si fuese una cosa). Los científicos que adhieren a este enfoque consideran que resulta primordial para conocer los fenómenos sociales interpretar o comprender el sentido que los seres humanos asignan a sus conductas, y por ello consideran que existe una diferencia fundamental con los modos de conocer del enfoque positivista. Al mismo tiempo, entienden que no es posible asumir que el significado de una acción sea el mismo para todo tiempo y lugar, porque tales sentidos, como ya hemos visto previamente, se encuentran condicionados por la cultura de una sociedad. De este modo, los comprensivistas no consideran que es posible formular leyes invariables (sobre esto se trabajará más adelante con mayor precisión).

Para resumir, entonces, con relación a las diferencias existentes entre ciencias naturales y ciencias sociales respecto del enfoque epistemológico o paradigma, podemos afirmar que en ciencias naturales existe un único paradigma vigente, bajo el cual el conjunto de la comunidad científica organiza y rige su quehacer; en cambio, en el campo de las ciencias sociales existen múltiples paradigmas (nosotros hemos revisado tan sólo tres, pero para algunos especialistas existen más) todos ellos válidos y “en uso”.

Respecto del tipo de **leyes** que pretenden formular: una de las características del conocimiento científico es su pretensión de formular leyes, es decir, de poder expresar que determinados fenómenos se darán de determinado modo o a partir de ciertas causas. Esta pretensión legalista del conocimiento científico se funda, a su vez, en la expectativa de la predicción (si sabemos que bajo ciertas condiciones suceden determinados efectos, somos capaces de predecir que en otra ocasión, en condiciones idénticas o similares tales efectos

seguramente sucederán del mismo modo). Sin embargo, el tipo de leyes que pretenden formularse en las ciencias naturales y en las ciencias sociales son distintas.

En ciencias naturales las leyes científicas pretenden generalmente tener un carácter universal. Esto quiere decir que, dadas ciertas condiciones, siempre que se hagan presentes aquellos fenómenos que operan como causa, seguramente el fenómeno que es efecto de tales causas sucederá. De manera más sencilla, las leyes universales operan siempre, y en virtud de ello, ofrecen un enorme poder predictivo a las ciencias naturales. Veamos un ejemplo para que resulte más claro. Piénsese en la ley de gravitación universal, por medio de la cual sabemos que todos los cuerpos se atraen con una fuerza que está en función de su tamaño y distancia, y que por eso todos los objetos sobre el planeta son atraídos hacia el centro gravitacional de la Tierra, lo que produce la apariencia de que las cosas se caen al suelo. No importa cuál sea la cosa que dejemos caer (una piedra, una manzana, e incluso ¡una persona!): sabemos con seguridad que si un cuerpo que se encuentra suspendido en el aire lo soltamos, seguramente “caerá” al piso. La ley de gravitación universal, formulada por el gran físico Isaac Newton, es una ley universal. En el campo de las ciencias naturales, las leyes que se formulan asumen esta característica primordial y distintiva.

En cambio, las cosas son algo distintas en el campo de las ciencias sociales. Se afirma que no es posible formular leyes universales frente a los fenómenos sociales, en principio porque tales fenómenos son multicausales (es decir, tienen muchas causas) y sería virtualmente imposible incorporar todas las causas que operan en un fenómeno social en un diseño experimental (sobre este tema, trabajaremos más adelante). La cuestión es algo más compleja, porque es posible afirmar que los fenómenos naturales también cuentan con esta característica, aunque no ahondaremos en esa problemática. Lo que sí podemos afirmar es que las ciencias sociales pretenden formular leyes llamadas probabilísticas o estocásticas. Las leyes probabilísticas expresan “regularidades de hecho”, es decir, manifiestan que, dadas ciertas condiciones, si opera un fenómeno como causa, es probable (aunque no certero) que se sigan ciertos otros fenómenos como consecuencias. Esto tiene consecuencias notables con relación a la capacidad de predicción que tienen las ciencias sociales. Veamos un ejemplo para que resulte más claro: en el campo de la historia y la ciencia política (ambas ciencias sociales) mucho se ha discutido y estudiado para desarrollar modelos que pudieran explicar el surgimiento de procesos revolucionarios. Incluso han existido pensadores que han tratado de explicar que porqué se produjeron las grandes revoluciones (como ser la francesa o la rusa). Sin embargo, al estudiar en profundidad ambos procesos históricos, han llegado a la conclusión que los mismos tienen elementos que son peculiares y de los que no es posible concluir que, siempre que aparezcan, se producirá una

revolución. Piénsese en la Revolución Francesa: condiciones similares a las existentes en Francia en el siglo XVIII se presentaron en otros países, y sin embargo, sólo en Francia se produjo la revolución del modo en que se produjo. Para resumir, se afirma pues, que en ciencias sociales se formulan leyes probabilísticas y que tal tipo de leyes se vincula a una característica muy específica que tienen los fenómenos sociales: la contingencia, esto es, los fenómenos no ocurren de manera necesaria, incluso frente a las mismas supuestas causas que produjeron un fenómeno en el pasado, éste puede siempre no ocurrir.

1.2.3. La mirada del científico social (versus el sentido común)

Mucho hemos hablado sobre el conocimiento científico. Incluso en la primera sección de este manual (1.1.1.) se han ofrecido las características que tiene la ciencia como una forma peculiar de conocimiento (entre muchas otras). Esta cuestión asume una importancia radical en el campo de las ciencias sociales, dado que los fenómenos sociales son comprendidos e interpretados desde muchas formas de conocimiento distintas, siendo el conocimiento científico sólo una de ellas.

Veamos un ejemplo para poder comenzar a pensar sobre esta cuestión. Pensemos, por ejemplo, sobre la pobreza. El fenómeno de la pobreza es un problema social, y como tal, ha sido estudiado por los científicos sociales de diversas disciplinas (tales como la Economía, la Sociología, la Ciencia Política, entre otras). Sin embargo, todos nosotros tenemos opiniones sobre la pobreza. Seguramente todos somos capaces de formular opiniones acerca de cuáles son las causas de la pobreza, o cuáles son las consecuencias de la misma. También seguramente podremos manifestar nuestra opinión sobre su relación con otros fenómenos sociales, tales como la educación, la exclusión o incluso el delito. Incluso podríamos, si quisiéramos, formular estrategias de lucha contra este problema social. Entonces, si todos somos capaces de pensar los problemas sociales, ¿cuál es la especificidad del conocimiento científico que ofrece un científico social sobre tales problemas? O dicho de otro modo, ¿cuál es la mirada peculiar que tiene un científico social sobre su objeto de estudio (los fenómenos sociales)?

Una primera cuestión para pensar es la siguiente: en tanto el ser humano es capaz de asignar significados o sentidos a las cosas, también es capaz de otorgar tales sentidos a los fenómenos sociales de los cuales forma parte. Dicho de otro modo: la pobreza es un fenómeno social, y como tal, todos los que formamos parte de esa realidad social somos capaces de conocer

ese fenómeno. Sin embargo, el conocimiento que tenemos todos los seres humanos acerca de la realidad social es un tipo de conocimiento peculiar, distinto del conocimiento científico. Ese conocimiento del mundo que tenemos todos los agentes sociales se llama conocimiento de sentido común. Es ese conocimiento que habilita a los seres humanos a desarrollar su vida cotidiana. Es un tipo de conocimiento muy rico y amplio, aunque también muy desorganizado y asistemático. No se encuentra articulado y en algún punto se nos presenta casi de manera caótica. Sin embargo, sin ese tipo de conocimiento nuestra vida diaria sería virtualmente imposible. Piénsese en un simple hecho de la vida cotidiana, tal como el almuerzo. Todos nosotros sabemos (en nuestra cultura) que para comer generalmente apoyamos la comida servida en platos (y no sobre hojas) sobre una mesa (y no sobre el piso). También sabemos que nos sentamos en sillas (y no sobre una piedra) y que utilizamos cubiertos (y no las manos) para llevarnos la comida a la boca. Incluso sabemos que si tenemos sed podemos abrir el grifo y saldrá agua (y no gaseosa) o que no es adecuado escupir frente a otro (aunque en otras culturas eso sí es aceptable). Es decir, para cada acto de la vida cotidiana nosotros sabemos muchas cosas, y si no las supiéramos, probablemente nuestra vida sería mucho más complicada (podríamos decir incluso imposible). De modo tal que podemos afirmar que el conocimiento de sentido común resulta fundamental para el desarrollo de la vida de las personas, y sin él, seríamos incapaces de actuar e interactuar con otros.

Claro está, este conocimiento de sentido común no es transmitido de manera ordenada y sistemática. Es el resultado de un proceso social de suma complejidad llamado proceso de socialización. Ahora bien, también es cierto que el sentido común se nutre de un conocimiento más sistemático y ordenado. Veremos más adelante como funciona esto. Este conocimiento de sentido común es el que nos permite desarrollar actividades sencillas, tales como comer, pero también es el que opera cada vez que pretendemos conocer otros fenómenos sociales más complejos, tal como el ejemplo previo de la pobreza. Pues bien, todos los agentes sociales contamos con esta forma de conocimiento y la aplicamos constantemente en el decurso de nuestra vida cotidiana. Sin embargo, veremos a continuación que esta forma de conocimiento no es la utilizada por el científico social. El científico social, en tanto que pretender conocer un fenómeno específico bajo estudio, debe someterse a un conjunto de condiciones específicas para poder alcanzar un conocimiento científico de tal fenómeno. Es decir, el modo de conocer del científico social es distinto al modo de conocer que tenemos todos los agentes sociales, a pesar que el objeto que pretende ser conocido sea el mismo. Veamos a continuación en qué se diferencian el conocimiento científico del conocimiento de sentido común.

Zygmunt Bauman, sociólogo polaco, al pensar sobre estas diferencias, propone al menos cuatro criterios de comparación (y diferenciación) entre ambas formas de conocimiento. Este cuadro resume estas diferencias:

DIFERENCIAS EN:	SENTIDO COMÚN	SOCIOLOGÍA
DISCURSO	Basado en ideas y creencias, prejuicios.	Discurso responsable (científico), método, replicabilidad.
TAMAÑO CAMPO OBSERVACIÓN	Experiencias individuales en vida cotidiana.	Perspectiva amplia basada en comparación diversas experiencias individuales.
MODO EXPLICACIÓN	Visión personal de la realidad.	Parte de abstracciones y explica a través de estructuras más amplias.
MODO PREGUNTAR	Se atiene a lo cotidiano.	Desfamiliariza lo familiar o cotidiano.

Analicemos cada una de ellas con mayor detalle:

Tipo de discurso: explica Bauman que el sentido común se basa en un discurso caracterizado por el uso de ideas y creencias personales, también llamadas prejuicios o prenociones. Esto implica, pues, que generalmente, cuando pretendemos conocer un fenómeno social desde el sentido común, lo hacemos a partir de ideas preconcebidas, que no pretendemos someter a discusión. Por ejemplo, uno puede pensar que la pobreza está asociada necesariamente al crimen, y muchas veces escuchamos opiniones entre la gente que sostiene ideas de este tipo. Sin embargo, esta asociación entre pobreza y crimen está sustentada en prejuicios, es decir, en ideas desde las cuales afirmamos ciertas aseveraciones y que no estamos dispuestos a revisar. En cambio, el científico social, dice Bauman, se somete a las reglas específicas del discurso responsable. Esto quiere decir que utilizará un método (conjunto de reglas válidas) para poder aseverar aquello que pretende afirmar, lo que le permitirá luego someter a evaluación sus conclusiones por parte de otros científicos. Es decir, si el científico social pretende hacer una asociación entre pobreza y crimen, desarrollará una serie de técnicas y reglas que le permitan concluir tal asociación. Dado que esa afirmación es el resultado de aplicar tales técnicas, cualquier otro científico social se encontrará en condiciones similares para poder aplicarlas nuevamente y confirmar si las conclusiones elaboradas son válidas o no. Esa condición, específica del conocimiento científico, se llama replicabilidad. Es una característica exclusiva del conocimiento científico, que el conocimiento de sentido común no tiene. En consecuencia, el conocimiento científico se presenta como objetivo; en cambio, el conocimiento de sentido

común, en tanto que se funda en prenociones, está mucho más influenciado por las preferencias y opiniones personales.

Tamaño del campo de observación: esta diferencia es para Bauman fundamental. El conocimiento de sentido común es un saber que se encuentra fuertemente vinculado a las experiencias personales. El campo de observación es muy limitado. Por ejemplo, si yo veo, a partir de mis experiencias personales, que determinado tipo de personas desarrollan ciertas conductas, seguramente afirmaré con certeza que ese tipo de conductas son desarrolladas por ese tipo de personas. Muchas veces escuchamos decir que los argentinos son personas muy individualistas y centradas en sí mismos. Sin embargo, el científico social no actúa de igual modo. Amplía el campo de observación para asegurarse que su conocimiento no está anclado en las experiencias personales que vive. Eso le permite sacar conclusiones basadas en la observación de mayor cantidad de casos e incluso en la comparación con casos que, desde el punto de vista de sus experiencias cotidianas, no podría tener. Eso le permite al científico social, retomando el ejemplo previo, afirmar que el individualismo no es exclusivo de los argentinos, sino más bien una característica psico-sociológica general del hombre occidental.

Modo de explicación: cuando utilizamos el sentido común generalmente explicamos los fenómenos sociales a partir de nuestras propias experiencias. Por eso, generalmente las explicaciones de sentido común se basan en opiniones (es decir, en conocimiento subjetivo, muy personal). Es común escuchar decir: "Yo creo que..." (Cualquier tipo de afirmación). En cambio, el científico social no funda sus conclusiones en experiencias personales ni subjetivas. Sus afirmaciones se basan en estructuras explicativas mucho más amplias, y en consecuencia, más abstractas. El científico social puede decir: "Una de las causas de la pobreza es..."; en cambio, cuando usamos el sentido común deberíamos decir: "Yo creo que una de las causas de la pobreza es...". La diferencia es muy importante. Ya los filósofos antiguos señalaban esta diferencia entre los saberes particulares (al que llamaban doxa u opinión) de los saberes universales (al que llamaban episteme o ciencia). Por ello, podemos afirmar que una explicación de sentido común no necesita de ninguna verificación más que nuestra propia certeza sobre su verdad. En cambio, el conocimiento científico, en tanto pretende ser objetivo, requiere que sea sometido a debate y discusión con otros colegas para poder confirmar su veracidad. Esta necesidad de "poner en discusión" las explicaciones del saber científico tiene un nombre: se llama contrastación intersubjetiva, y es un reaseguro para la objetividad del conocimiento producido por los científicos sociales.

Modo de preguntar: tendríamos que darnos cuenta que, si el modo de explicación que ofrece el sentido común es distinto al del conocimiento científico, también es distinto el modo de preguntarse qué tiene uno con relación al otro. Generalmente, cuando nos preguntamos desde el conocimiento de sentido común lo hacemos basándonos en lo cotidiano, en aquello que nos sucede todos los días y sobre lo cual necesitamos encontrar alguna respuesta, justamente, para poder seguir nuestra vida diaria de la mejor manera posible. Dicho de otro modo, con un ejemplo, es común que nos preguntemos por qué aumentó el precio de la lechuga o por qué el colectivo no llega en el horario que calculábamos que lo haría. Ese tipo de preguntas hace a nuestra vida cotidiana. Sin embargo, el científico social va más allá de la experiencia cotidiana y, tal como dice Bauman, desfamiliariza lo familiar. Es decir, el científico social puede preguntarse también por qué aumentó el precio de la lechuga, pero seguramente también se preguntará por qué en esta sociedad se come lechuga y no se come otra cosa; también podrá preguntarse cuáles fueron las causas del retraso del colectivo, pero ciertamente se interrogará acerca de por qué en esta sociedad se usan colectivos y no carretas para trasladarse de un lugar a otro. Es decir, el científico social “toma” todo aquello que forma parte de la vida cotidiana y lo cuestiona, se interroga acerca de ello. No toma nada por sentado; al contrario: la vida cotidiana es el elemento más importante del cual el científico social se apoya para conocer el mundo de manera científica.

Para concluir, resulta necesario hacer una aclaración adicional. El conocimiento de sentido común y el conocimiento científico no son “cosas radicalmente separadas”, es decir, no son compartimentos estancos. Existen entre ellos constantes y permanentes retroalimentaciones. Mucho del conocimiento científico es incorporado a nuestro conocimiento de sentido común. Piénsese en un ejemplo muy sencillo. Seguramente todos nosotros sabemos de qué se trata el inconsciente. Muchas veces decimos: “Está haciendo eso, pero lo hace de manera inconsciente”. Pues bien, el inconsciente es, en realidad, un concepto científico elaborado en el año 1901 por un médico muy reconocido llamado Sigmund Freud. Esto nos permite, entonces, advertir que muchos conceptos y teorías elaboradas por los científicos sociales son incorporados a los sentidos comunes y utilizados habitualmente en el conocimiento de nuestra vida cotidiana. De igual modo, y como se ha manifestado previamente, el conocimiento científico se vale del sentido común para poder conocer. Por tal motivo, tal como afirma un sociólogo inglés llamado Anthony Giddens, todo conocimiento científico implica una doble hermenéutica. Ello quiere decir que también el conocimiento científico es una interpretación de una interpretación previa que todos los actores sociales hacemos del mundo.

1.2.4. Los desafíos de la sociedad contemporánea y el rol de las ciencias sociales

Las ciencias sociales son, tal como hemos visto previamente, mucho más “jóvenes” que las ciencias naturales. Piénsese que la primera ciencia social aparece recién en el siglo XV, cuando la Ciencia Política se aleja de la reflexión filosófica y comienza a formular postulados acerca del poder y el gobierno alejados de la moral y el deber ser. Ese momento fundacional, representado generalmente por la obra de un florentino llamado Nicolás Maquiavelo, supone la aparición de la primera disciplina social con carácter científico. Luego, en el siglo XVIII aparecerá la Economía Política, de la mano de un economista inglés llamado Adam Smith, quien pretenderá explicar científicamente el funcionamiento del mercado económico. Sin embargo, las ciencias sociales aparecen con mayor fuerza recién en el siglo XIX, cuando se desarrollen tres disciplinas de suma importancia: la Psicología, la Antropología y la Sociología.

Sin embargo, resulta casi evidente que la sociedad ha cambiado mucho desde el siglo XIX hasta la actualidad. Nuestra sociedad no es la misma. Esta forma peculiar de vida social, a la que generalmente se le llama “sociedad contemporánea” se encuentra caracterizada por una serie de fenómenos sociales muy distintos a los que fueron la principal preocupación de los científicos sociales del siglo XIX. Piénsese en los siguientes ejemplos:

La Antropología fundacional (del siglo XIX) se dedicaba a estudiar las llamadas “sociedades primitivas”, es decir, las sociedades que se encontraban fuera de Europa y que no se encontraban industrializadas. Por tal motivo, los primeros escritos antropológicos tratan sobre comunidades aborígenes de lugares lejanos a Europa, tales como la región de Asia Pacífico y África. Los antropólogos de esa época se dedicaban a estudiar los sistemas de parentesco o los utensilios que estas comunidades utilizaban, dado que estas cuestiones resultaban muy distintas de las que existían en Europa por aquellos años. Sin embargo, en la actualidad, la Antropología ha cambiado sus intereses, es decir, aquello que estudia. Los antropólogos contemporáneos estudian nuestras sociedades y lo hacen utilizando sus métodos y técnicas.

Algo parecido ha sucedido con la Sociología fundacional. Esta disciplina social aparece también a mediados del siglo XIX y estudia, fundamentalmente, el desarrollo de las nuevas sociedades europeas de esa época. Nuevas sociedades, dado que eran muy distintas a las que habían existido en los siglos previos. La sociedad europea del siglo XIX se caracterizó por ser una

sociedad más democrática (al menos que las anteriores, como resultado del fin de las monarquías absolutas) y plural (piénsese en la culminación del orden estamental). También eran sociedades en donde el modo de producción predominante era el capitalismo industrial (frente a las economías agrarias o manufactureras previas). Sin embargo, la Sociología contemporánea no se dedica exclusivamente al estudio de este tipo de sociedades, dado que, podríamos decir, estas sociedades ya han cambiado tanto que no existen. La sociedad contemporánea no es la misma que la sociedad industrial del siglo XIX. Y ello conduce, necesariamente, a que la Sociología, como ciencia social, deba revisar qué es lo que estudia (o sea, su objeto de conocimiento).

La sociedad contemporánea se encuentra caracterizada por una serie de transformaciones radicales en diversos aspectos de la vida social. Según Giddens, tales cambios se observan en:

- a) El modo de relacionarnos socialmente: piénsese en las nuevas tecnologías y la posibilidad que nos ofrecen para poder mantener relaciones sociales con otras personas, muy distantes en tiempo y espacio con nosotros.
- b) La organización del trabajo: la sociedad contemporánea no es una sociedad industrial, sino que el modo en el cual se organiza la economía también ha sufrido notables modificaciones. Consideremos el impacto que tiene el proceso de globalización económica en los intercambios de bienes y servicios entre distintas regiones del globo, y sus consecuencias sobre las personas, empresas e incluso países.
- c) Los modos de vida: como nunca antes, las personas cuentan con la posibilidad de acceder a formas de vida muy distintas a las propias, e incorporar nuevos patrones culturales a los propios. Estos modos de vida se encuentran, en consecuencia, transformados de manera radical.
- d) La conformación de la identidad: las maneras de categorizar a los otros y de auto-identificarnos también han cambiado sustancialmente. El contacto con nuevas culturas e imaginarios diversos provocan nuevas formas de identificación y nuevas maneras de agruparse socialmente.

Todos estos cambios conducen, pues, necesariamente a una nueva forma de sociedad. Al mismo tiempo, interpelan a las ciencias sociales de manera desafiante. Frente a las viejas explicaciones e interpretaciones del mundo, las ciencias sociales se encuentran ahora en la posición de tener que ofrecer respuestas a los cambios contemporáneos. Ello provoca, pues, que las ciencias sociales se vean obligadas a revisar sus modelos explicativos e interpretativos, pero también que exploren nuevas maneras de analizar y pensar el mundo contemporáneo. Un

sociólogo alemán, Ulrich Beck, explica que la sociedad contemporánea puede ser considerada como una “sociedad del riesgo”, en la cual aparecen desafíos y cuestionamientos a las formas tradicionales de operar en el mundo como nunca antes. Frente a estos “riesgos”, las ciencias sociales deben ofrecer maneras novedosas de poder explicarlos, interpretarlos, e incluso ofrecer instrumentos y herramientas capaces de operar sobre ellos. El desafío, pues, es enorme, pero sin dudas, profundamente estimulante para aquellos que nos dedicamos al estudio de la vida social.

1.2.5. Actividades

1. Lea atentamente los siguientes textos seleccionados (en el apéndice de textos):

Texto 2: BAUMAN, Z. y May, T.: *Pensando sociológicamente*. Introducción.

Texto 3: MARQUÉS, J.: *Para una sociología de la vida cotidiana*. Capítulo 1.

2. A partir de la lectura de los textos, y de lo enseñando en clase, intente responder a las consignas siguientes:
 - a. Detalle las actividades de “un día normal” del Sr. Timoneda. Revise de qué modo dichas actividades se vinculan con ciertas estructuras sociales subyacentes.
 - b. ¿Por qué el autor señala que la vida cotidiana del Sr. Timoneda “no es natural”?
 - c. ¿Cuáles son las diferencias más notables entre conocimiento de “sentido común” y conocimiento “sociológico”, según la propuesta teórica de Bauman? Desarrolle.
 - d. ¿Cómo se vincula la pretensión de las Ciencias Sociales de “desfamiliarizar” el conocimiento de sentido común con lo trabajado en el texto de Marqués? Explique.

1.2.6. Bibliografía

- BAUMAN, Z. y MAY, T. (2007) *Pensando sociológicamente*. Buenos Aires: Nueva Visión. Introducción “La disciplina de la Sociología” pp. 11-24.
- CALELLO, H. Y S. NEUHAUS (1999) *Método y antimétodo*, Buenos Aires: Colihue Universidad.
- KLIMOVSKY, G. e HIDALGO, C. (2001): *La inexplicable sociedad. Cuestiones de epistemología de las ciencias sociales*. Buenos Aires, A-Z editora, cap. 1.

- MARQUÉS, J. (1989) *Para una sociología de la vida cotidiana*. Madrid, Anagrama. Cap. 1 “No es natural”, pp. 13-18.
- VASILACHIS DE GIALDINO, I. (1992) *Métodos Cualitativos I*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- GIDDENS, A. (2000), *En defensa de la sociología*, Madrid, Alianza, caps. 1 y 2.

1.3. Cuestiones metodológicas en las ciencias sociales

La producción de conocimiento científico se funda en un conjunto de reglas y procedimientos que deben ser cumplidos por aquel que conduce una investigación. En el campo de las ciencias sociales, las cuestiones vinculadas al método (ese conjunto de reglas y procedimientos) ha sido objeto de serias y largas discusiones. No existió siempre un acuerdo entre los investigadores respecto de cuáles eran los modos de conocer científicamente “lo social” (e incluso ahora, en la actualidad, la polémica continúa). En las secciones siguientes trabajaremos los aspectos más importantes vinculados con las cuestiones metodológicas en ciencias sociales.

1.3.1. El problema del método

En la sección 1.1.4 se ha discutido respecto de la importancia que asume el método en la elaboración del conocimiento científico. En esta sección trabajaremos qué características específicas asume el método en el campo de las ciencias sociales y cuáles son los aspectos que debemos considerar en la aplicación de tal método para la producción de un conocimiento válido y fiable.

En el campo de las ciencias sociales el método ha sido una cuestión problemática por varios motivos. En primer lugar, como ya dijimos, mucho se ha discutido respecto de si existe un único método legítimo para conocer científicamente, se trate de ciencias naturales o ciencias sociales; o bien, si cada tipo de ciencia exige también una especificidad con relación al conjunto de reglas, técnicas y modos de conocer que se ajusten a las peculiaridades del objeto de estudio. Algo de esto ya ha sido discutido previamente en la sección 1.2.2. Ahora resulta necesario profundizar un poco en estas diferencias, pero concentrando la atención en las cuestiones vinculadas con el método.

En general, cuando se piensa en el método dominante en las ciencias fácticas se asume que tal método se funda en el modelo de la física, que es tomado muchas veces como el modelo de las ciencias naturales en general. Se trata de una metodología que se fue configurando a partir, sobre todo, del siglo XVII y la revolución producida en la física por personajes como Galileo Galilei. El rasgo más distintivo de esta metodología es la importancia de la evidencia empírica (lo que podemos observar y experimentar) como punto de partida y también último tribunal para la investigación.

Este modelo, al que se puede denominar “experimental” tiene una tradición de larga data en la producción de conocimiento. Sin embargo, se desarrolla plenamente en Inglaterra, de la mano de un pensador llamado Francis Bacon, para quien toda ciencia debe fundarse en la experiencia. Para el modelo experimental moderno, pues, la observación y la experimentación son los únicos puntos de partida realmente seguros para producir explicaciones científicas. Es muy importante en este modelo la utilización de mecanismos inductivos (hablaremos de ellos más adelante) para producir conocimientos generales a partir de las observaciones (que son siempre de casos particulares).

Podríamos afirmar que en ciencias sociales el uso de procedimientos inductivos basados en la evidencia empírica, esto es, la que proporciona la observación de la naturaleza, está ampliamente aceptado, si bien, al igual que en otras cuestiones, existen opiniones en contra. No obstante, existen polémicas mucho más severas respecto de si el método experimental de las ciencias naturales es aplicable en ciencias sociales. Veamos porqué.

Ya a principios del siglo XX, en el ámbito académico de Alemania, existió una disputa que tomó mucha importancia respecto del método que debían seguir las ciencias histórico-sociales (como se las llamaba allí a las ciencias sociales). La disputa fundamental consistía en la siguiente pregunta: ¿es posible aplicar el método de las ciencias naturales a las ciencias sociales, cuando el objeto de estudio de las primeras es tan distinto de las segundas? Algunos pensadores consideraban que no. Entre ellos se encontraban tres científicos de mucho renombre: Dilthey, Windelband y Rickert. No estaban plenamente de acuerdo entre ellos, pero sí coincidían en un punto fundamental: aquello que estudian las ciencias sociales son fenómenos históricos y como tales sólo pueden ser considerados como *individuos*, es decir, como casos *únicos* (e irrepetibles). Para que resulte más claro, pensemos en un ejemplo: si soy un biólogo (es decir, formo parte de las ciencias naturales) seguramente estudiaré las especies de plantas, entre otras cosas. Si quisiera estudiar las propiedades de una variedad específica, tal como el pino, lo cierto es que *estudiar este pino o este otro pino*, sería a los efectos del estudio, lo mismo. Es decir, puedo tomar un pino de cierta variedad de un vivero y será lo mismo si tomo otro pino de la misma variedad de otro vivero (o incluso, de un bosque). No habrá alteraciones en lo observado. Sin embargo, estos pensadores a los que hacíamos mención previamente explicaban que en ciencias sociales las cosas son muy distintas. Dado que los hechos sociales son históricos, están sujetos a condiciones que no se pueden replicar, e incluso que no se repiten nuevamente en la historia (al menos, *no del mismo modo*). A modo de ejemplo: al estudiar la Revolución Francesa, podemos intentar pensar sus causas, sus características y las consecuencias que produjo. Sin embargo, no existió (ni

existirá) otra Revolución Francesa. Es cierto que pueden existir otras revoluciones similares, con características comunes; no obstante, en tanto hecho histórico, la Revolución Francesa es única. Dado que todos los fenómenos sociales son hechos históricos, explicaban estos pensadores, no existe la posibilidad de utilizar el método de las ciencias naturales en el campo de las sociales.

Por otro lado, no sólo la *historicidad* de los hechos sociales implica una diferencia sustantiva con relación al objeto de estudio de las ciencias sociales. En torno a esta disputa vinculada con el método de las ciencias histórico-sociales, el otro elemento que fue parte de la discusión consistía en pensar si existe una diferencia esencial entre un objeto de la naturaleza y un objeto social. Recordemos que en secciones previas de este manual hemos discutido el concepto de “enfoque epistemológico”, propuesto por Klimovsky e Hidalgo, para referir a ese conjunto de teorías, métodos, conceptos e imágenes sobre el objeto de conocimiento que delimitan el quehacer científico en un momento histórico determinado. Estos enfoques fueron desarrollándose en el campo de las Ciencias Sociales a la par de su conformación, de modo tal que es posible ubicar su origen histórico hacia mediados del siglo XIX. Veamos de manera más profunda y específica esta cuestión.

1.3.1.1. El enfoque naturalista

Con el enorme desarrollo de las ciencias sociales en el siglo XIX, especialmente la Antropología y la Sociología, se hizo necesario establecer las consideraciones metodológicas que le dieran a estas nuevas ciencias el mismo nivel o status que las ciencias naturales. En el campo de la Sociología, tal tarea fue emprendida por pensadores franceses, tal como Augusto Comte, o ingleses, como Herbert Spencer, quienes recuperaron los aportes del empirismo y formularon el *método positivo o positivista*. Comte fue quizá quien más esfuerzo dedicó a este emprendimiento, escribiendo un libro que resulta ya clásico llamado *Curso de Filosofía Positiva*, en el cual establece las reglas básicas para el estudio de todo fenómeno social. Esas reglas se basaban, fundamentalmente, en el modelo experimental. Decía Comte que el estudio de las sociedades debía llevarse a cabo por medio del *método positivo*, que consistía en tres instancias: la *observación*, la *experimentación* y la *contrastación* (nótese la semejanza por lo propuesto por el modelo de las ciencias naturales). Durante la segunda mitad del siglo XIX, en todo Europa (donde se desarrollaron las ciencias sociales) el modelo positivista se impuso.

Recordemos, siguiendo la explicación de Klimovsky e Hidalgo, que el enfoque empírico-naturalista en Ciencias Sociales tuvo desde su origen la pretensión de formular leyes universales para explicar y predecir el funcionamiento de la sociedad. Si pensamos que la nueva forma de

vida social que se vislumbraba a mediados del siglo XIX se presentaba muy distinta a la vieja sociedad tradicional (previa a las grandes revoluciones, como la Francesa o la Industrial), el interés de los primeros científicos sociales se concentraba en la posibilidad de explicar cómo se había llegado a esa fase superior de desarrollo. Por ejemplo, Comte (considerado el padre de la Sociología) formuló una famosa ley (de carácter universal) conocida como *Ley de los Tres Estadios*, por medio de la cual consideraba que era capaz de explicar la evolución o el progreso de la Humanidad. Esta ley, que según Comte era aplicable a toda sociedad, señalaba que existían tres fases de desarrollo, desde las sociedades más primitiva a las sociedades más avanzadas (en su caso, consideraba que la sociedad industrial europea era la fase de desarrollo más avanzado que la Humanidad adquiriría). Algo similar hace el propio Spencer, reconocido tanto en el campo de la Sociología como de la Antropología, cuando formula su famosa *Ley de la Evolución General*. Por medio de esta ley, Spencer sostenía que era posible conocer la evolución de todas las sociedades, y reconocer en qué fase o etapa evolutiva se encontraba cada una de ellas.

Piénsese que tanto Comte como Spencer están considerando a la sociedad como si fuese una “cosa”, es decir, como un objeto que es pasible de ser observado. Si recordamos lo que señalaban Klimovsky e Hidalgo sobre el enfoque empírico-naturalista, podremos advertir que estos pensadores entienden al objeto de estudio de sus ciencias como *externos* al sujeto que pretende conocerlo. Es decir, ambos pensadores entienden que no existen diferencias significativas entre un objeto de estudio propio de las ciencias naturales y uno de las ciencias sociales: ambos pueden (y deben) ser conocidos de igual modo.

Todo ello conduce a que los pensadores que adhieren al enfoque empírico-naturalista entiendan que el método adecuado para el conocimiento en ciencias sociales sea aquel que es utilizado por las ciencias naturales. Ese método, fundado en la observación, en la experimentación y en la verificación, será el que se imponga en las ciencias sociales en su momento fundacional.

Ya sabemos que, originalmente, las primeras ciencias sociales consideraron legítimo conocer los fenómenos sociales con el mismo método de las ciencias naturales. Ese método se lo conoció con el nombre de *método positivista*. Originalmente desarrollado por Augusto Comte, sin embargo no tuvo un amplio desarrollo. Es decir, Comte no se preocupó demasiado por las cuestiones vinculadas con el método, más allá de hacer algunas menciones algo vagas y generales. Sin embargo, será otro sociólogo francés, llamado Émile Durkheim, quien desarrollará con mucha más precisión el método. Este gran pensador escribirá una obra que alcanzó mucho renombre, llamada *Las reglas del método sociológico*, en la cual propone cuáles deben ser las reglas que se

deben seguir para producir un conocimiento científico de los fenómenos sociales. La obra adquirió una relevancia fundamental, pues sobre ella se desarrollará el **método cuantitativo**.

Durkheim propone en esta obra una primera afirmación, como punto de partida inicial: *los hechos sociales* (es decir, todo fenómeno social) *deben ser considerados como cosas*. Es decir, un hecho social se le presenta al investigador como un elemento libre de toda valoración ideológica e interpretación posible. Son observables, y como tal, no adquieren una característica distinta según quien lo observa. Por ejemplo: la pobreza es un hecho social; existe como tal, con independencia de los sujetos que estudian, e incluso de aquellos que la originan. Si el hecho social es una cosa, como tal puede ser objeto de observación y estudio. Un hecho social es, pues, general, y no particular, lo que le permite a este pensador afirmar que el conocimiento social debe estar orientado a la búsqueda de enunciados o leyes universales. Esto tiene consecuencias muy importantes en términos metodológicos: Durkheim cree que, más allá que él se proponga formular un método para la sociología, tal método es igual para el conjunto de todas las ciencias. Por tal motivo, Durkheim constantemente hablará del “método” (único), y no de “métodos” (varios). Según este pensador francés, el cumplimiento de las reglas de procedimiento para la producción de conocimiento asegura la fiabilidad de ese saber.

Ahora bien: el hecho social debe ser tratado como una cosa. ¿Qué significa esto? Significa que *todo hecho social es externo al sujeto que lo conoce*. ¿Qué quiere decir esto? Significa que la pobreza, si bien involucra a los hombres (en tanto que ellos pueden ser agentes de su existencia o incluso destinatarios de la misma), cuando se la estudia, se la considera como “algo” que es distinto al hombre. La pobreza se puede observar, en tanto que es una cosa. De este modo, tanto el sujeto (en este caso, el investigador) como el objeto (en este caso, la pobreza) son independientes de su existencia y de su desarrollo o devenir. Por tal motivo, es posible afirmar que *un hecho social es objetivo*: es un objeto, una cosa que existe con independencia de aquellos sujetos que lo conforman o dan origen.

Si el hecho social es una cosa, esa cosa puede ser conocida. Ese conocimiento puede ser alcanzado, dice Durkheim, si se sigue una serie de procedimientos de manera rigurosa: procedimientos que se fundan en el método científico. Una de las condiciones que establecen estos procedimientos o reglas es que el científico observe el hecho social a estudiar libre de todo tipo de valores y creencias, dado que ellos sólo producirían distorsiones. Por ejemplo: si se estudia la pobreza, el investigador debe dejar de lado sus valores (¿está bien que exista la pobreza? ¿Está mal?), así como también sus creencias (*yo creo* que la pobreza se origina por falta de educación; o *yo creo* que la pobreza provoca mayores índices de delitos). Dice Durkheim: el

científico social debe dejar de lado sus prenociones (es decir, sus valores e ideas) y observar a los hechos sociales de igual modo a como se observa *cualquier otra cosa*, por ejemplo, un vaso. Pensemos juntos: cuando vemos un vaso de color rojo, ¿nos preguntamos si está bien que sea rojo?

El sociólogo francés señala que, al igual que el resto de las ciencias, las disciplinas sociales también pretenden establecer regularidades observables que permitan elaborar enunciados generales, llamados *leyes*. En consecuencia, las leyes sociales asumirán el mismo modelo que las leyes naturales, y serán las que permitan explicar los hechos sociales. Para Durkheim, el concepto o idea de ley se vincula a la necesidad de reconocer las causas de un fenómeno: una ley social se formularía bajo un formato que establecería una relación entre *causa-efecto*. Es decir, *si se produce determinado hecho social, entonces se producirá tal otro hecho social*. En nuestro ejemplo: si existe concentración de la riqueza en manos de unos pocos (causa), entonces aumentará la pobreza en esta sociedad (consecuencia). Nótese algo muy importante: siempre la causa de un hecho social es otro hecho social (ambos, siempre, entendidos como “cosa”).

En consecuencia, el método positivista entiende que, en tanto que ciencia empírica, todo conocimiento surge de la observación de los hechos empíricos. Esta observación de regularidades empíricas (*de tipo inductivo*, como hemos visto previamente), conduce a un segundo momento: la formulación de leyes universales (en donde los casos observados se incluyen en una formulación de tipo más amplia y general, de carácter universal). Este segundo momento, de carácter inteligible, es *deductivo*.

¿Cuáles son los procedimientos (o reglas), entonces, necesarios para explicar en ciencias sociales? Según Durkheim, son tres (que ya hemos mencionado parcialmente en forma previa): la observación, la medición y la experimentación. La observación científica debe asumir el carácter de ser planificada y sistemática. Los hechos sociales, en tanto que observables, dice Durkheim, son posibles de ser medidos (o cuantificados). Por ello se utilizará a las estadísticas y el uso de herramientas matemáticas para cuantificar. En nuestro ejemplo: la pobreza puede ser cuantificada; muchas veces escuchamos en los noticieros que “aumentó el índice de pobreza” o que “El 25% de la población se encuentra en condiciones de pobreza”. Pues bien, ello significa que los hechos sociales pueden ser medidos por medio de instrumentos estadísticos. También se puede experimentar: si los hechos sociales son cosas, significa que pueden ser consideradas como variables en experimentos controlados (por ejemplo, se intentará medir la pobreza luego de la aplicación de una cierta política pública tendiente a combatirla). Ello conforma, en consecuencia, un experimento social (luego trabajaremos sobre este tema en particular).

Sin embargo, es menester recordar que, tal como señalan Klimovsky e Hidalgo, este enfoque empírico-naturalista entrará en discusión. Luego de su casi completa hegemonía durante la segunda mitad del siglo XIX, comenzarán a aparecer concepciones sobre la ciencia en el campo social que impugnarán las afirmaciones metodológicas realizadas por los pensadores positivistas. De estas críticas del enfoque empírico-naturalista, aparecerá el enfoque comprensivista.

1.3.1.2. Críticas al enfoque naturalista. El comprensivismo.

A principios del siglo XIX, en Alemania, comenzó a desarrollarse una fuerte crítica al positivismo, no sólo en términos filosóficos, sino en términos estrictamente metodológicos. El primer punto de crítica consistió en rechazar la analogía que proponía Comte entre la física y la sociología (¡piénsese que para Comte, la sociología era una física social!, es decir, como si se trataran de cosas idénticas). Este rechazo condujo, pues, a un segundo punto de crítica: frente a la pretensión de la sociología positivista de encontrar leyes universales que explicaran el desenvolvimiento de cualquier sociedad, los pensadores alemanes sostenían que, en tanto que cada sociedad está sujeta a su propia historia, no es posible formular este tipo de regularidades. Pensar en las sociedades era un error: se pretendía observar un objeto (la sociedad), en vez de aquello que realmente conformaba el objeto: las *relaciones sociales* entre hombres. Este cambio en el foco de atención de lo que debía ser estudiado tenía enormes implicancias. Recordemos que los seres humanos le asignamos sentidos o significaciones a nuestros comportamientos, de modo tal que toda relación social implica, en consecuencia, un sentido asignado por los sujetos que interactúan. Dicho de manera más sencilla: no resulta tan importante *observar* la relación social en sí, sino tratar de *comprender* qué implica para los sujetos involucrados en ella. Debemos recordar, pues, esta diferencia fundamental entre *observar* y *comprender*. Mientras que la observación implica una mirada *externa* sobre el objeto que pretende ser conocido, la comprensión presupone que no existen diferencias sustantivas entre el sujeto que conoce y el objeto que es estudiado.

Entre los pensadores que criticaban la analogía realizada por Comte entre ciencias naturales y ciencias sociales se encontraba Dilthey. Para él, las ciencias histórico-sociales se diferenciaban de las naturales por el campo de investigación. Es decir, la diferencia primordial entre ambas radica en la relación que mantiene el sujeto que investiga y la realidad estudiada. Decía Dilthey que, en el caso de la naturaleza, el objeto de estudio resulta extraño (o externo) al hombre, mientras que en el caso de las ciencias sociales, el sujeto que conoce forma parte de la realidad estudiada. Existe una identidad (en el sentido de mismidad, ser lo mismo) entre el *objeto de conocimiento* y el *sujeto de conocimiento*. Si el sujeto que quiere conocer al objeto es igual a

ese objeto, ese sujeto es capaz de comprender los significados involucrados en la relación social de la cual forma parte (el mismo o cualquier otro ser humano). La comprensión, pues, aparece para Dilthey como el método específico de las ciencias sociales. Sin embargo, cabe aclarar que el método de Dilthey de la comprensión será distinto al que luego se logre generalizar al conjunto de las ciencias sociales (aunque no vale la pena aquí profundizar sobre esta cuestión).

Por otro lado, Windelband, otro filósofo alemán de aquellos años, explicaba que la diferencia fundamental entre las ciencias naturales y las ciencias sociales no era tanto el modo de conocer, sino el alcance que tal conocimiento tenía. Explicaba que las ciencias naturales pretenden formular “leyes de la naturaleza”, es decir, afirmaciones que se cumplen siempre, en todo tiempo y lugar. En cambio, como las ciencias sociales son históricas (y los hechos históricos son únicos), esa pretensión de universalidad debe ser abandonada: las ciencias sociales pretenden conocer a los fenómenos en su especificidad, y por tal motivo, son ciencias *ideográficas* (esto quiere decir que pretenden determinar la individualidad de los fenómenos estudiados).

Por último, Rickert explicaba que la diferencia fundamental entre ciencias naturales y ciencias sociales consistía, fundamentalmente, en la entidad misma del objeto que estudian. Decía este pensador que los fenómenos sociales están conformados por una multiplicidad de individuos que, como ya hemos visto previamente, forman parte de una cultura con valores, creencias e ideas que son propias de su sociedad. De tal modo, las ciencias sociales estudian un objeto cultural, objeto que se encuentra conformado de manera necesaria por valores. Allí radica la diferencia fundamental sobre el objeto de las ciencias naturales y las sociales: en las primeras, el objeto no tiene relaciones de valor; en las segundas, el objeto está conformado por relaciones de valor. Una relación de valor refiere, principalmente, a que los sujetos, en tanto que formamos parte de una cultura, contamos con valores, ideas y creencias de nuestra propia cultura. Por ello, explicaba Rickert, las ciencias sociales deben ser capaces de “explicar” tales relaciones de valor, y para ello el método positivista se muestra sumamente ineficaz. Los valores no pueden ser observados; sólo pueden ser interpretados o comprendidos por sujetos que cuentan, ellos mismos también, con, valores e ideas.

En resumen: frente al modelo experimental, implementado en el positivismo, en el seno de las ciencias sociales se comenzó a pensar que hacía falta el desarrollo de un método específico, propio de este tipo de ciencias. El positivismo, aún con su fuerte impronta proveniente de las ciencias naturales, se presentaba como un método incapaz de dar cuenta de los fenómenos sociales. En consecuencia, a principios del siglo XX se desarrollará un método específico y propio de las ciencias sociales: el método comprensivo. Sin embargo, debe recordarse que en el campo

de las ciencias sociales existen múltiples enfoques epistemológicos, y en consecuencia, la existencia del método comprensivo no anula el método positivo. Por el contrario, veremos a continuación de qué modo ambos métodos se presentan como alternativas válidas para la producción de conocimiento social.

Sin embargo, sabemos que el método cuantitativo no es el único válido en ciencias sociales para explicar. Existen otros métodos que también pretenden explicar los hechos sociales, pero de un modo radicalmente distinto. Estos otros métodos se fundan en el desarrollo metodológico de otro gran sociólogo de principios del siglo XX, de origen alemán, llamado Max Weber, quien desarrolló el llamado *método de la comprensión*, sobre el cual se fundan los **métodos cualitativos**. Veamos de qué se trata.

Weber es de aquellos pensadores que ven la necesidad de desvincular el método de las ciencias sociales de aquel propio de las ciencias naturales. En virtud de ello, criticará fuertemente los postulados del método positivista, e incluso impugnará la creencia sostenida hasta ese momento de que el método de las ciencias naturales debe ser el modelo para todo el conjunto de las ciencias. En este sentido, Weber se apoyará en los desarrollos presentados por Dilthey, Windelband y Rickert, y al igual que ellos, sostendrá que no es posible considerar a los hechos sociales de manera avalorativa. Los fenómenos sociales, en tanto que forman parte de una realidad social y cultural, expresan los valores, ideas, normas y creencias propias de esa sociedad y de esa cultura. No es posible, en consecuencia, considerar a ningún fenómeno social como si no expresara tales valoraciones. Por tal motivo, frente a la pretensión del método positivista de encontrar leyes universales, dirá Weber que las ciencias sociales deben ser capaces de comprender los fenómenos sociales en su *especificidad histórica*, es decir, como hechos sociales contextualizados en una determinada cultura. Recuérdese lo que explicaban Klimovsky e Hidalgo sobre esta cuestión: en el enfoque comprensivista se abandona la pretensión de formular leyes nomológicas. Según Weber, esto se debe a que las Ciencias Sociales pretenden *comprender significados sociales, situados en un tiempo y espacio peculiar*. De este modo, Weber desarrollará su método de la comprensión, que según entiende él, es el único legítimo para comprender y explicar en el campo de las ciencias sociales. Veamos en qué consiste este método.

Dice Weber que el método comprensivo cuenta de dos momentos vinculados entre sí: un primer momento, al que llama *interpretación*; y un segundo momento al que llama *explicación*. La interpretación se vincula a la posibilidad del científico social de poder captar los significados culturales de un hecho individual, tal como se dio históricamente; la explicación se relaciona con

la posibilidad del científico social de establecer las razones o causas de tal realización histórica peculiar.

Para poder llevar adelante el método comprensivo, Weber propone el desarrollo de tres momentos relacionados. El *primero* consiste en la *comprensión*: es decir, en la captación inmediata de los sentidos de las acciones humanas, por medio de la observación de tales acciones tal como se le presentan al científico. Vamos a poner un ejemplo para que resulte claro: si yo veo a una persona que toma un vaso lleno de agua y se lo lleva a la boca, soy capaz de comprender que *está bebiendo*. Esa comprensión es inmediata, fundada en la observación, y como científico soy capaz de concluir eso porque ese sujeto al que estudio cuenta con valoraciones similares a las mías. No me pregunto qué significa que ese señor se lleve un objeto a la boca y deje volcar líquido dentro de su boca: comprendo directamente que *está bebiendo*. El *segundo* momento del método comprensivo consiste en la *interpretación*: es decir, en intentar formular muchas hipótesis interpretativas respecto de porqué ese señor está haciendo eso que hace. Recuérdese que una hipótesis es una posible respuesta a un interrogante, en este caso: ¿por qué está bebiendo agua? Las hipótesis interpretativas deben ser pensadas como enunciados en los cuales se señalan cuáles son los motivos de la acción de ese sujeto. Pensemos en nuestro ejemplo: yo puedo decir que ese señor toma agua porque tiene sed. Entonces, una posible hipótesis interpretativa sería la siguiente: *El señor X tiene sed; entonces toma agua*. Nótese que la primera sección de la hipótesis (tiene sed) sería el motivo que conduce a ese sujeto a actuar de determinado modo (tomar agua). Sin embargo, dice Weber, existen muchas posibles hipótesis interpretativas; en nuestro ejemplo, yo podría formular otra: El señor X no sabe qué decir en este momento, y para mantener ocupada su boca, entonces toma agua. Podríamos pensar muchas más. De allí que Weber señale que existe necesariamente un tercer momento del método: la *explicación*. Para Weber, explicar implica seleccionar de todas las posibles hipótesis interpretativas, aquellas que sea “correctas”, teniendo en cuenta la mayor probabilidad de que sea adecuada (no en términos estadísticos, sino de su significación cultural).

Sin embargo, el método de la comprensión no se puede aplicar adecuadamente, señala el sociólogo alemán, sin tomar ciertos recaudos. El primero y más importante de todos es asegurarse de que el científico social se vea desprendido de toda valoración al momento de pretender comprender los significados o sentidos de una acción. Esta exigencia de “*neutralidad valorativa*” es fundamental para asegurar que el método pueda ser aplicado de manera rigurosa por todos los científicos sociales, y que no conduzca a la producción de un saber cargado de creencias y valores personales. Por otro lado, señala Weber que el científico social debe

abandonar toda pretensión de explicar de manera universal (como se pretendía en el método positivista). ¿Por qué? Pues bien, en tanto que todo fenómeno social es el resultado de acciones sociales individuales, cada hecho social es en realidad una larga cadena de acciones particulares en las cuales cada uno de los sujetos involucrados contó con motivaciones para actuar de determinado modo. Dicho de una manera más sencilla: es virtualmente imposible reconstruir la cadena causal que dio origen a un hecho social, mucho más cuando estos hechos son históricos (es decir, sucedieron una única vez y no se volverán a repetir nunca más, al menos *no del mismo modo*). Todo ello conduce, pues, a sostener que siempre que se ofrece una explicación de por qué sucede un hecho social, tal explicación es siempre *probable* y no certera. Por tal motivo, dirá Weber que las ciencias sociales son capaces de formular *leyes probabilísticas* (no universales), dado que la realidad social es *multicausal* (es decir, está determinada por muchas causas que operan con distinto grado de eficiencia). Sin embargo, Weber no rechaza la posibilidad de que las ciencias sociales expliquen; sólo que son capaces de dar un tipo de explicación distinta a las que ofrecen las ciencias naturales. Veamos un poco cómo son las peculiaridades de la explicación en las ciencias sociales.

Weber advertirá que existen dos tipos de explicaciones distintas para un fenómeno social: la *explicación accidental* y la *explicación adecuada*. La primera consiste en reconocer que entre las muchas causas de un hecho social, se selecciona una que, si bien colabora en que el hecho se produzca de ese modo, no resulta necesario para que efectivamente se produzca ese efecto. Con relación al ejemplo anterior del señor X que bebía agua, podríamos decir que es una causa accidental que el señor X en ese momento no tuviera nada que decir, y por eso decidió beber agua. Sin embargo, podría haber hecho otra cosa distinta para conseguir no decir nada (por ejemplo, comenzar a toser) y sin embargo no lo hizo. De modo tal que esa causa, si bien colaboró en que el señor X bebiera agua, no ha sido necesaria. Sólo fue accidental. En cambio, la explicación adecuada consiste en identificar aquel hecho que opera como causa necesaria del fenómeno que se estudia que, la que de no haberse producido, entonces no se hubiera observado la consecuencia. En nuestro ejemplo: es causa adecuada que el señor X tuviese sed para que bebiera agua. Podría haber bebido otra cosa para saciar su sed; sin embargo, en ese hecho estudiado, el hecho de que pretendiese saciar la sed operó como *causa eficiente y necesaria* para que se produjese la consecuencia (beber agua, en este caso).

De este modo, el método comprensivo no rechaza la posibilidad de explicación en el campo de las ciencias sociales. Solamente señala que la explicación es distinta a la pretendida por las ciencias naturales. Recuérdese, entonces, que para el método de la comprensión la explicación

siempre es probable, dando origen a la formulación de regularidades de hecho llamadas *leyes probabilísticas*.

El método de la comprensión dará origen, pues, a una cantidad de métodos propios de las ciencias sociales fundados en estos presupuestos. Estos métodos se irán desarrollando en el conjunto de las ciencias sociales, y algunos serán más utilizados que otros según de qué ciencia se considere. Por tal motivo, es común que a estos métodos se los englobe bajo la categoría de **métodos cualitativos**, cuya preocupación fundamental será, pues, la búsqueda y comprensión de los significados o sentidos sociales de la acción humana en su sustrato social.

1.3.2. Metodologías cuantitativas y cualitativas en Ciencias Sociales

El desarrollo histórico previo de los dos grandes enfoques epistemológicos en Ciencias Sociales nos ha permitido entender, de manera más clara, las diferencias a las cuales refieren Klimovsky e Hidalgo. Al mismo tiempo, debe reconocerse que sobre estas diferencias se fundan las principales perspectivas metodológicas en Ciencias Sociales. En la actualidad, es muy habitual referir a dos grandes perspectivas: por un lado, la **perspectiva cuantitativa** (fundada en los presupuestos del positivismo) y, por otro, la **perspectiva cualitativa** (fundada en los presupuestos del comprensivismo). En la investigación social actual, es habitual que los científicos sociales se refieran a estas perspectivas como el marco metodológico desde el cual van a trabajar. A continuación, presentamos un cuadro sencillo, basado en los aportes de Sautú (2003) para sintetizar las principales diferencias entre ambas perspectivas:

SUPUESTOS	METODOLOGÍA CUANTITATIVA	METODOLOGÍA CUALITATIVA
Naturaleza de la realidad	Realidad objetiva	Realidad subjetiva y múltiple
Relación entre el investigador y el objeto	Separación. La distancia entre sujeto y objeto es condición necesaria para alcanzar conocimiento	No hay separación taxativa. La interacción y la mutua influencia entre sujeto y objeto son parte de la investigación
Papel de los valores en la	Investigador busca	Investigador asume que

investigación	deshacerse de los propios valores políticos, ideológicos o morales.	sus valores forman parte del proceso de conocimiento y pone este hecho bajo análisis (reflexividad)
Procedimientos para construir evidencia empírica y su relación con las distintas partes del diseño	Modelos de análisis causal. Diseño más estructurado; utilización de técnicas estadísticas. La teoría (o marco teórico) previa opera como marco de la investigación. Pretende formular generalizaciones y predicciones.	Múltiples factores se influyen mutuamente. Diseño más flexible e interactivo; utilización de técnicas que recuperan el contexto del objeto. La teoría se construye concurrentemente a la recolección de datos. Renuncia a la predicción; privilegia la comprensión profunda del recorte estudiado.

Elaborado en base a Sautú (2003)

Nótese que en el cuadro presentado previamente hace hincapié en las cuestiones centrales sobre las cuales existen diferencias entre los enfoques epistemológicos. Mientras que la metodología cuantitativa presupone una diferencia sustantiva entre objeto y sujeto, en la metodología cualitativa se parte de la base que ambos (tanto objeto como sujeto) son entitativamente iguales. Para la metodología cuantitativa, el conocimiento objetivo consiste en la posibilidad del científico social de considerar su objeto de estudio libre de toda valoración ideológica; en cambio, para la metodología cualitativa, el conocimiento puede ser objetivo, pero implica que necesariamente el investigador debe poner en juego sus valores y hacerlos explícitos al momento de estudiar su objeto de conocimiento.

Resulta necesario, además, hacer una aclaración. En el campo de la investigación social, existen distintos niveles de análisis de los aspectos metodológicos que son puestos en consideración. A partir de lo analizado previamente, podemos establecer los siguientes niveles de reflexión metodológica:

- A. ENFOQUE EPISTEMOLÓGICO
- B. PERSPECTIVA METODOLÓGICA
- C. MÉTODOS ESPECÍFICOS
- D. TÉCNICAS DE RECOLECCIÓN DE DATOS

Piénsese que entre todos estos niveles debe existir coherencia lógica. Es decir, asumir un cierto enfoque epistemológico presupone que el investigador se inclinará por una perspectiva metodológica particular, lo cual lo conducirá a elegir un método específico concreto y el conjunto de técnicas de recolección de datos asociado a este. Veamos un ejemplo: si asumimos un enfoque epistemológico comprensivista, seguramente la perspectiva metodológica que consideraremos legítima será la cualitativa. De este modo, podremos elegir entre varios métodos específicos propios de esta perspectiva, como por ejemplo, el método biográfico. La selección de este método nos conduce necesariamente a elegir ciertas técnicas de recolección de datos en detrimento de otras, tales como la observación, la entrevista en profundidad o la investigación documental. Es decir, cuando se investiga en Ciencias Sociales, la selección de un método específico concreto se encuentra sujeto, en realidad, a un conjunto de decisiones epistemológicas previas sobre las cuales es necesario reflexionar. Veamos a continuación los métodos específicos de uso más habitual en el campo de las Ciencias Sociales.

1.3.3. Métodos de investigación en ciencias sociales

La existencia de diversos enfoques epistemológicos y diferentes perspectivas metodológicas conduce, necesariamente, a la existencia de muchos métodos distintos en Ciencias Sociales. Todos estos métodos son de uso habitual en la investigación científica social. La selección de uno u otro está subordinada a la preferencia del investigador. Veamos cuáles son:

Método experimental: este método consiste en llevar adelante un experimento. A pesar de lo que comúnmente se cree, es común en el campo de las ciencias sociales la realización de experimentos. Debe entenderse por experimento a un conjunto de procedimientos por medio del cual el investigador pretende recolectar información no ambigua sobre el impacto que tiene determinado hecho sobre otro. El método experimental es sumamente efectivo para estudiar esas *relaciones de causa-efecto* a las cuales hacíamos mención en secciones previas.

La eficacia del experimento reside en la posibilidad que tiene el investigador de dos cosas fundamentalmente: en primer lugar, controlar las *condiciones* en las cuales se desarrolla el experimento. Dado que las condiciones son controladas por el propio investigador, este método no se desarrolla en el ambiente “natural” de las personas involucradas, sino que se desenvuelve en un *entorno artificial*, llamado laboratorio. En segundo lugar, el investigador es capaz de manipular aquellos fenómenos que operan como causa, de modo tal de ver cuáles son los efectos que produce (es decir, las consecuencias). Generalmente, los fenómenos que operan como causa son llamados *variable independiente*; en cambio, aquellos que son efecto o consecuencia de los primeros se los llama *variable dependiente*. El modelo experimental más sencillo consiste, básicamente, en que determinar qué valores asume la variable dependiente (el efecto o consecuencia) a partir de los valores que el propio investigador asigna a la variable independiente (la causa).

El método experimental se encuentra muy extendido en ciertos campos específicos de algunas disciplinas sociales, tales como la psicología o la sociología de los grupos sociales. También es utilizado en ámbitos específicos más concretos, tales como la comunicación social (por ejemplo, para estudiar el impacto de una estrategia comunicacional), la publicidad (para conocer el impacto de una campaña publicitaria) o la investigación de mercados (por ejemplo, para conocer el posicionamiento de una marca). Sin embargo, resulta necesario señalar que no todos los fenómenos sociales pueden ser estudiados por medio del método experimental, por razones de distinta índole y peso. Por un lado, los fenómenos sociales estructurales (o macrosociológicos) no son objeto de este tipo de método: el investigador no puede reproducir en un laboratorio las condiciones que provocan una revolución social, o el surgimiento de un modo de producción económica. Por otro lado, muchos investigadores señalan objeciones de índole éticas. Consideran que no resulta adecuado manipular a las personas en condiciones artificiales para estudiar cuáles serían sus comportamientos a partir de ciertos estímulos. Existen muchísimos casos, tanto en la sociología, la antropología e incluso la psicología, en los cuales se han realizado experimentos sociales que ponen en cuestión la ética del investigador. El caso más conocido es el famoso experimento de Milgram, o de obediencia a la autoridad, realizado por el psicólogo social Stanley Milgram. En este experimento, se pretendía conocer hasta qué punto las personas se hallan dispuestas a cometer actos en contra de su voluntad, siempre que se encuentren en entornos autoritarios. El experimento fue muy controvertido y recibió duras críticas, a pesar que los hallazgos obtenidos resultaron sorprendentes. Existen muchos otros ejemplos, tal vez más cercanos: si nos ponemos a pensar, algunas películas tales como “Los juegos del hambre”, “Maze

Runner” e incluso “El experimento” reproducen experimentos sociales cuestionables desde el punto de vista ético.

Método estadístico: el método estadístico consiste en la utilización de la cuantificación y las herramientas que ofrece la estadística para la medición de las variables. Al igual que el método experimental, en el método estadístico también se pretende establecer relaciones de causa-efecto, aunque no son las únicas posibles. Por ejemplo, es muy habitual en la investigación social desarrollar investigaciones estadísticas que pretendan simplemente establecer correlaciones entre variables, sin que ello implique el establecimiento de una relación causal. Siempre que escuchamos decir que “a mayor índice de desempleo, mayor el índice de pobreza” lo que se está estableciendo es una relación entre esas dos variables (desempleo por un lado; pobreza por el otro), sin que ello implique que una u otra es la causa o el efecto de la otra. Solamente se señala que el comportamiento o medición de las variables se encuentra relacionada. La correlación puede ser tanto positiva (a mayor valor de una variable, mayor valor de otra) o negativa (a mayor valor de una variable, menor valor de otra). El método estadístico en ciencias sociales se encuentra ampliamente consolidado desde larga data: recuérdese, por ejemplo, el clásico estudio de Durkheim sobre el suicidio (entendido como un hecho social). En ese clásico estudio, Durkheim se vale de la cuantificación y la estadística para llevar adelante una explicación de porqué se producen los suicidios, utilizando una estrategia estadística peculiar llamada método de las variaciones concomitantes (¡no es necesario saber cómo funciona!). El método estadístico se vale de una técnica de recolección de datos muy conocida por todos nosotros: la encuesta. Con la encuesta, el científico social es capaz de conseguir una gran cantidad de datos sobre distintos aspectos de un fenómeno y cuantificarlos: es decir, asignarles un valor matemático. Con tales valores, luego se vale de los instrumentos de la estadística para establecer promedios, porcentajes y coeficientes. Todo ello le permite, luego, alcanzar conclusiones.

Método etnográfico: este método es originario de la Antropología, y luego se extendió a otras disciplinas sociales. Consiste, básicamente, en incorporarse en el medio social que se pretende estudiar para poder así captar el sentido o significado que los actores sociales le otorgan a sus prácticas. Para ello, el investigador se involucra en el grupo social que pretende estudiar (incluso, en algunos casos, simula ser parte o miembro del grupo). En los orígenes de la Antropología, era muy común que los antropólogos europeos pasaran largas estancias entre comunidades “exóticas” (de Asia o África). Muchos de ellos llegaron a estar años inclusive. Estando entre los miembros de estas comunidades, tomaban cuidadosa nota de todo lo que observaban, para luego poder analizar sus anotaciones y arribar a conclusiones, por medio de la

interpretación. Tal vez la investigación etnográfica más conocida sea la llevada adelante por un antropólogo austro-húngaro (aunque trabajó en Gran Bretaña) llamado Bronislaw Malinowski, quien pasó mucho tiempo entre las comunidades de las Islas Trobiand, en Asia, intentando conocer los sistemas de parentesco y el significado de las prácticas de estos grupos sociales.

Este método se basa fundamentalmente en dos técnicas de recolección de datos muy extendidas en la actualidad en el campo de la investigación social: por un lado, la observación científica; por otro lado, la entrevista en profundidad. Como se podrá apreciar, es un método eminentemente cualitativo, dado que todos los esfuerzos del investigador están abocados a la interpretación de los sentidos subjetivos de los actores sociales. En la actualidad, la etnografía sigue siendo el método antropológico por excelencia. Sin embargo, también se ha extendido a otras disciplinas sociales, como la sociología, e incluso la economía.

Método biográfico: el método biográfico tiene su origen en la recuperación de las historias de vida de los sujetos, que se desarrolló con mayor énfasis en el seno de la sociología norteamericana de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, es un método utilizado también por la Antropología, la Psicología y el Psicoanálisis, aunque no de manera muy extendida. Para los investigadores que utilizan este método, la recolección de información de las historias de vida de las personas permite también sacar valiosas conclusiones de los contextos históricos en los cuales esas vidas se desenvuelven. Tal como afirmaba un sociólogo norteamericano llamado Charles Wright Mills, las biografías de las personas se entrelazan con la historia de la sociedad de la cual forman parte. El método biográfico se vale de varias técnicas de recolección de datos, desde la entrevista hasta la recopilación documental. Por ejemplo, las fotografías, los relatos orales, los diarios personales y cualquier otro objeto o documento que permita al sujeto relatar parte de su biografía (es decir, de su vida). Este método privilegia conocer las motivaciones, las creencias y los intereses de los actores en el desarrollo de sus relaciones sociales, y en particular, la posibilidad de que lo puedan expresar en sus propias palabras. Es un método estrictamente cualitativo, en tanto que pretende recuperar los significados propios de cada sujeto que relata su vida, al tiempo que intenta vincular esos sentidos con la cultura de la cual forma parte.

Método del estudio de caso: el estudio de caso es un método utilizado tanto en la perspectiva cuantitativa como cualitativa, dado que no se vincula al tipo de técnica que utiliza para la recolección de datos, sino a la muestra de casos que considera para poder llevar adelante la operación de inducción. En términos estrictos, en los estudios de casos no existe una completa inducción, en tanto que no hay pretensión de poder elaborar enunciados universales a partir de la observación de un único caso. Las conclusiones obtenidas a partir de este tipo de método sólo son

legítimas para el caso. Sin embargo, el método de estudio de caso es de uso habitual en el campo de las ciencias sociales por dos motivos: o bien porque el caso seleccionado es excepcional (único) y por tal motivo, un estudio de este tipo permite una comprensión más profunda del mismo; o bien porque el caso puede operar como “caso extendido”, es decir, puede ofrecer claves interpretativas adecuadas o pertinentes para otros casos, que aunque se presumen no idénticos, si se consideran análogos o semejantes. En ciertas disciplinas sociales el estudio de caso se ha generalizado como un método de uso muy habitual: por ejemplo, en el campo de la economía o la administración.

La presentación previa pretende mostrar, al menos de manera muy reducida, la existencia de los muchos métodos existentes en el campo de las ciencias sociales. Existen aún muchos más. Todos ellos se encuentran disponibles para el científico social para poder aprehender su objeto de conocimiento. En general, cuando el científico social emprende una investigación, asume una perspectiva metodológica: cuantitativa o cualitativa. Si bien para muchos investigadores asumir una perspectiva implica rechazar la otra, lo cierto es que cada vez más los científicos sociales intentan integrar ambas perspectivas (lo cual no resulta nada sencillo). Ese intento de integración de perspectivas recibe el nombre de **triangulación metodológica**. Veamos brevemente de qué se trata.

La triangulación metodológica (o también llamada perspectiva multi-método) consiste en integrar en un único diseño de investigación elementos propios de las perspectivas cualitativas tanto como las cuantitativas. Los científicos sociales que sostienen esta posición afirman que la posibilidad de integrar métodos aumenta la confiabilidad en las conclusiones obtenidas. No hay una pretensión de “suplir” falencias de un método con otro; se parte del presupuesto en que cada uno de los métodos que se pretenden integrar son legítimos y adecuados para conocer el objeto de estudio. Sin embargo, la posibilidad de arribar a conclusiones novedosas a partir de la utilización de herramientas de distintos métodos ofrece la posibilidad de aumentar la certidumbre de las conclusiones elaboradas. La triangulación puede llevarse a cabo en distintos niveles; si bien parece una operación relativamente sencilla, no lo es tanto. Algunos científicos sociales, incluso, consideran que no es posible concretarla, en tanto que las perspectivas metodológicas que se pretenden integrar refieren, en realidad, a perspectivas epistemológicas distintas. En fin, al igual que otros temas que hemos trabajado en las secciones previas, la cuestión de la triangulación metodológica también genera polémica entre los científicos sociales.

1.3.4. El rol del investigador social

Hasta aquí nos hemos preocupado por las cuestiones metodológicas vinculadas a la producción de conocimiento en el campo de las ciencias sociales. Sin embargo, es necesario revisar algunas cuestiones vinculadas con el *sujeto* que utiliza ese conjunto de reglas y procedimientos al que llamábamos método, es decir, el *investigador social*. En esta sección pretendemos llamar la atención sobre dos cuestiones importantes: por un lado, los *cuidados o recaudos* que el investigador social debe considerar al momento de llevar adelante un proceso de investigación; por otro lado, cuáles son sus principales *contribuciones* al llevar adelante su práctica de investigación.

Hablemos primero de los *recaudos* necesarios. Ya hemos explicado previamente que en el campo de las ciencias sociales no existe una diferencia sustantiva entre el objeto de conocimiento y el sujeto que conoce. Sabemos que ambos son seres humanos que asignan significados y sentidos a sus prácticas en el marco de una particular cultura. En este sentido, el investigador social también es un sujeto que cuenta con creencias, ideas, valores propios de los grupos a los cuales pertenece. Esto podría presentar un problema para la elaboración de un conocimiento que se pretende objetivo. Por ello, es necesario advertir que para el científico social la producción de conocimiento científico implica necesariamente “suspender” sus propios valores y creencias en el proceso de investigación, de modo tal de poder alcanzar la “*neutralidad valorativa*”. Sin embargo, para muchos investigadores la posibilidad de que el científico social “suspenda” sus valores es virtualmente imposible: en tanto sujeto humano, sus valores y creencias operan en todo momento en sus prácticas, incluso en la práctica científica. Por tal motivo, estos especialistas prefieren hablar del concepto de *reflexividad* en el proceso de investigación social.

La *reflexividad* es un concepto acuñado, principalmente, en el campo de la Antropología, pero rápidamente se extendió al conjunto de las ciencias sociales. Refiere, fundamentalmente, a la auto-conciencia del investigador como “objeto” de la investigación. ¿Qué quiere decir esto? Si partimos del presupuesto que no existen diferencias significativas entre el objeto de conocimiento y el sujeto que conoce en ciencias sociales, la reflexividad refiere a que el investigador tiene plena conciencia de su condición como sujeto que porta creencias, ideas y valores propios y específicos de una cultura. De tal modo, esa auto-conciencia implica considerarse a sí mismo en el marco de una cultura y ser capaz de explicitar (y discutir, incluso) sus propios valores y creencias. Implica la puesta en escena de un “yo contextualizado” en un cierto tiempo y espacio, lo cual es fundamental como componente interpretativo del problema

social que pretende investigar. Sólo desde el punto de partida de la reflexividad es posible alcanzar la “objetividad” en el campo de las ciencias sociales.

Pensemos ahora cuáles son las contribuciones del investigador social. Nuevamente Bauman (2007) nos puede ofrecer claves para pensar la importancia que asume la investigación en ciencias sociales. El investigador social, ante todo, limita las apreciaciones del sentido común. Con sus contribuciones, permite desnaturalizar o desfamiliarizar ciertas prácticas o fenómenos que se nos presentan como “naturales” o “dados”. En este sentido, al ofrecer un conocimiento sólido sobre fenómenos sociales, construido sobre la rigurosidad del método (sea cual fuese éste), permite tener una mirada más certera de la realidad. Por otro lado, le permite a los sujetos contar con elementos que les permitan asumir un *espíritu crítico*. Permite visibilizar elementos de la condición humana que no se presentan de manera evidente. Ofrece, al mismo tiempo, claves interpretativas e incluso propuestas de resolución para los problemas sociales. En última instancia, tal como afirma Bauman, el conocimiento social producido por el investigador permite a los sujetos reconocerse como diferentes, y en virtud de ello, promover relaciones de solidaridad y respeto mutuo.

1.3.4. Actividades

1. Lea el texto 4 (“La falta de educación y el aumento de la delincuencia”) e intente responder las siguientes consignas:
 - a. ¿Cuáles son las variables involucradas en el estudio sobre el cual versa el artículo? ¿De qué manera se encuentran relacionadas?
 - b. Si tuviera que indicar sobre qué enfoque epistemológico se encuentra construido el informe, ¿cuál sería? ¿Por qué?
 - c. ¿Qué perspectiva metodológica asume el autor del informe? ¿Qué elementos de los presentados en el artículo le permiten alcanzar esa conclusión?
 - d. ¿Considera que el artículo es objetivo con relación a la información presentada? Discuta la noción de objetividad tanto en el estudio que recupera el artículo como sobre el contenido específico del artículo periodístico.

2. Imagine que Usted es un científico social que debe estudiar el problema de la ***inseguridad***.

- a. Considerando lo trabajado previamente en el manual, ¿de qué modo lo estudiaría si asumiera un enfoque epistemológico empírico-naturalista? ¿Qué perspectiva metodológica asumiría? ¿Y qué métodos se le ocurre que podría usar?
 - b. Haga ahora lo mismo, pero asuma el enfoque comprensivista. Piense en qué perspectiva metodológica y métodos específicos podría considerar.
 - c. De las dos maneras de estudiar el problema de la inseguridad, ¿cuál le parece más adecuada? ¿Por qué?
 - d. ¿Existe una manera “más correcta” de estudiar el problema de la inseguridad? Justifique teóricamente su respuesta.
5. Leer el texto 5 de M. Bunge (“Objetividad”) y responda las siguientes consignas:
- a. Discuta la noción de objetividad presentada por Weber y la sostenida por Bunge. ¿Por qué Bunge señala que Weber no ha sido objetivo al momento de investigar?
 - b. Si tuviera que imaginar a qué enfoque epistemológico adhiere Bunge, ¿cuál indicaría Usted? ¿Qué elementos del texto le permiten llegar a esa conclusión?
 - c. Si asumimos la posición de Bunge, ¿considera Usted que es posible construir un conocimiento objetivo en Ciencias Sociales desde la perspectiva de Weber? ¿Por qué?
 - d. Frente a las críticas de Bunge, ¿qué cree que respondería Weber, representante del enfoque comprensivista, en su propia defensa? Justifique a partir de lo analizado en el enfoque comprensivista.
6. A partir de lo trabajado en el capítulo 3, elabore un cuadro comparativo entre los distintos enfoques epistemológicos allí presentados. El que sigue es una guía para su elaboración:

	ENFOQUE EMPÍRICO-NATURALISTA	ENFOQUE COMPENSIVISTA
Imagen del objeto de estudio		
Noción de objetividad		

<p>Posición del investigador con relación al objeto</p>		
<p>Tipo de ley que propone</p>		

1.3.5. Bibliografía

- “La falta de educación y el aumento de la delincuencia” (2014, 10 de septiembre). *La Gaceta*. Recuperado de <http://www.lagaceta.com.ar/nota/607277/opinion/falta-educacion-aumento-delincuencia.html>.
- Bunge, M. (2006), *100 ideas. El libro para pensar y discutir en el café*, Buenos Aires,. Sudamericana, “Objetividad”.
- HERNÁNDEZ SAMPIERI, R., FERNÁNDEZ COLLADO, C. y BAPTISTA LUCIO, P. (1998) *Metodología de la investigación*. México D.F.: Mc Graw-Hill.
- MARRADI, A., ARCHENTI, N. y PIOVANI, J. (2007) *Metodología de las Ciencias Sociales*, Buenos Aires: Emecé.
- SAUTÚ, R. et al (2003) *Manual de Metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología*. Buenos Aires: CLACSO. Capítulo 3.

Apéndice de textos

TEXTO 1:

Hempel, C., "Un caso histórico a título de ejemplo" en

Hempel, C. (1995). *La filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza, cap. 2

1. *Un caso histórico a título de ejemplo*

Como simple ilustración de algunos aspectos importantes de la investigación científica, paremonos a considerar los trabajos de Semmelweis en relación con la fiebre puerperal. Ignaz Semmelweis, un médico de origen húngaro, realizó esos trabajos entre 1844 y 1848 en el Hospital General de Viena. Como miembro del equipo médico de la Primera División de Maternidad del hospital, Semmelweis se sentía angustiado al ver que una gran proporción de las mujeres que habían dado a luz en esa división contraía una seria y con frecuencia fatal enfermedad conocida como fiebre puerperal o fiebre de postparto. En 1844, hasta 260, de un total de 3.157 madres de la División Primera—un 8,2%—murieron de esa enfermedad; en 1845, el índice de muertes era del 6,8%, y en 1846, del 11,4. Estas cifras eran sumamente alarmantes, porque en la adyacente Segunda División de Maternidad del mismo hospital, en la que se hallaban instaladas casi tantas mujeres como en la Primera, el porcentaje de muertes por fiebre puerperal era mucho más bajo: 2,3, 2,0 y 2,7 en

2. La investigación científica

los mismos años. En un libro que escribió más tarde sobre las causas y la prevención de la fiebre puerperal, Semmelweis relata sus esfuerzos por resolver este terrible rompecabezas¹.

Semmelweis empezó por examinar varias explicaciones del fenómeno corrientes en la época; rechazó algunas que se mostraban incompatibles con hechos bien establecidos; a otras las sometió a contrastación.

Una opinión ampliamente aceptada atribuía las olas de fiebre puerperal a «influencias epidémicas», que se describían vagamente como «cambios atmosférico-cósmico-telúricos», que se extendían por distritos enteros y producían la fiebre puerperal en mujeres que se hallaban de postparto. Pero, ¿cómo—argüía Semmelweis—podían esas influencias haber infestado durante años la División Primera y haber respetado la Segunda? Y ¿cómo podía hacerse compatible esta concepción con el hecho de que mientras la fiebre asolaba el hospital, apenas se producía caso alguno en la ciudad de Viena o sus alrededores? Una epidemia de verdad, como el cólera, no sería tan selectiva. Finalmente, Semmelweis señala que algunas de las mujeres internadas en la División Primera que vivían lejos del hospital se habían visto sorprendidas por los dolores de parto cuando iban de camino, y habían dado a luz en la calle; sin embargo, a pesar de estas condiciones adversas, el porcentaje de muertes por fiebre puerperal entre estos casos de «parto callejero» era más bajo que el de la División Primera.

Según otra opinión, una causa de mortandad en la División Primera era el hacinamiento. Pero Semmelweis señala que de hecho el hacinamiento era mayor en la División Segunda, en parte como consecuencia de los esfuerzos desesperados de las pacientes para evitar que las ingresaran en la tristemente célebre División Primera

¹ El relato de la labor desarrollada por Semmelweis y de las dificultades con que tropezó constituye una página fascinante de la historia de la medicina. Un estudio detallado, que incluye traducciones y paráfrasis de grandes partes de los escritos de Semmelweis, se puede encontrar en el libro de W. J. Sinclair Semmelweis: *His Life and His Doctrine* (Manchester, Manchester University Press, 1909). Las breves frases citadas en este capítulo están tomadas de esta obra. Los hitos fundamentales en la carrera de Semmelweis están recogidos en el primer capítulo del libro de P. de Kruif *Men Against Death* (Nueva York: Harcourt, Brace & World, Inc., 1932).

Semmelweis descartó asimismo dos conjeturas similares haciendo notar que no había diferencias entre las dos divisiones en lo que se refería a la dieta y al cuidado general de las pacientes.

En 1846, una comisión designada para investigar el asunto atribuyó la frecuencia de la enfermedad en la División Primera a las lesiones producidas por los reconocimientos poco cuidadosos a que sometían a las pacientes los estudiantes de medicina, todos los cuales realizaban sus prácticas de obstetricia en esta División. Semmelweis señala, para refutar esta opinión, que (a) las lesiones producidas naturalmente en el proceso del parto son mucho mayores que las que pudiera producir un examen poco cuidadoso; (b) las comadronas que recibían enseñanzas en la División Segunda reconocían a sus pacientes de modo muy análogo, sin por ello producir los mismos efectos; (c) cuando, respondiendo al informe de la comisión, se redujo a la mitad el número de estudiantes y se restringió al mínimo el reconocimiento de las mujeres por parte de ellos, la mortalidad, después de un breve descenso, alcanzó sus cotas más altas.

Se acudió a varias explicaciones psicológicas. Una de ellas hacía notar que la División Primera estaba organizada de tal modo que un sacerdote que portaba los últimos auxilios a una moribunda tenía que pasar por cinco salas antes de llegar a la enfermería: se sostenía que la aparición del sacerdote, precedido por un acólito que hacía sonar una campanilla, producía un efecto terrorífico y debilitante en las pacientes de las salas y las hacía así más propicias a contraer la fiebre puerperal. En la División Segunda no se daba este factor adverso, porque el sacerdote tenía acceso directo a la enfermería. Semmelweis decidió someter a prueba esta suposición. Conventó al sacerdote de que debía dar un rodeo y suprimir el toque de campanilla para conseguir que llegara a la habitación de la enferma en silencio y sin ser observado. Pero la mortalidad no decreció en la División Primera.

A Semmelweis se le ocurrió una nueva idea: las mujeres, en la División Primera, yacían de espaldas; en la Segunda, de lado. Aunque esta circunstancia le parecía irrelevante, decidió, aterrándose a un clavo ardiendo, probar a ver si la diferencia de posición resultaba significativa. Hizo, pues, que las mujeres internadas en la División Primera se acostaran de lado, pero, una vez más, la mortalidad continuó.

2. La investigación científica

Finalmente, en 1847, la casualidad dio a Semmelweis la clave para la solución del problema. Un colega suyo, Kollerschka, recibió una herida penetrante en un dedo, producida por el escalpelo de un estudiante con el que estaba realizando una autopsia, y murió después de una agonía durante la cual mostró los mismos síntomas que Semmelweis había observado en las víctimas de la fiebre puerperal. Aunque por esa época no se había descubierto todavía el papel de los microorganismos en ese tipo de infecciones, Semmelweis comprendió que la «materia cadavérica» que el escalpelo del estudiante había introducido en la corriente sanguínea de Kollerschka había sido la causa de la fatal enfermedad de su colega, y las semejanzas entre el curso de la dolencia de Kollerschka y el de las mujeres de su clínica llevó a Semmelweis a la conclusión de que sus pacientes habían muerto por un envenenamiento de la sangre del mismo tipo; él, sus colegas y los estudiantes de medicina habían sido los portadores de la materia infecciosa, porque él y su equipo solían llegar a las salas inmediatamente después de realizar disecciones en la sala de autopsias, y reconocían a las parturientas después de haberse lavado las manos sólo de un modo superficial, de modo que éstas conservaban a menudo un característico olor a suciedad.

Una vez más, Semmelweis puso a prueba esta posibilidad. Argumentaba él que si la suposición fuera correcta, entonces se podría prevenir la fiebre puerperal destruyendo químicamente el material infeccioso adherido a las manos. Dictó, por tanto, una orden por la que se exigía a todos los estudiantes de medicina que se lavaran las manos con una solución de cal clorurada antes de reconocer a ninguna enferma. La mortalidad puerperal comenzó a decrecer, y en el año 1848 descendió hasta el 1,27% en la División Primera, frente al 1,33 de la Segunda.

En apoyo de su idea, o, como también diremos, de su hipótesis, Semmelweis hace notar además que con ella se explica el hecho de que la mortalidad en la División Segunda fuera mucho más baja: en ésta las pacientes estaban atendidas por comadronas, en cuya preparación no estaban incluidas las prácticas de anatomía mediante la disección de cadáveres.

La hipótesis explicaba también el hecho de que la mortalidad fuera menor entre los casos de «parto callejero»: a las mujeres que llegaban con el niño en brazos casi nunca se las sometía a recono-

cimiento después de su ingreso, y de este modo tenían mayores posibilidades de escapar a la infección.

Asimismo, la hipótesis daba cuenta del hecho de que todos los recién nacidos que habían contraído la fiebre puerperal fueran hijos de madres que habían contraído la enfermedad durante el parto; porque en ese caso la infección se le podía transmitir al niño antes de su nacimiento, a través de la corriente sanguínea común de madre e hijo, lo cual, en cambio, resultaba imposible cuando la madre estaba sana.

Posteriores experiencias clínicas llevaron pronto a Semmelweis a ampliar su hipótesis. En una ocasión, por ejemplo, él y sus colaboradores, después de haberse desinfectado cuidadosamente las manos, examinaron primero a una parturienta aquejada de cáncer cervical ulcerado; procedieron luego a examinar a otras doce mujeres de la misma sala, después de un lavado ruinarlo, sin desinfectarse de nuevo. Once de las doce pacientes murieron de fiebre puerperal. Semmelweis llegó a la conclusión de que la fiebre puerperal podía ser producida no sólo por materia cadavérica, sino también por «materia pútrida procedente de organismos vivos».

2. Etapas fundamentales en la contrastación de una hipótesis

Hemos visto cómo, en su intento de encontrar la causa de la fiebre puerperal, Semmelweis sometió a examen varias hipótesis que le habían sido sugeridas como respuestas posibles. Cómo se llega a un principio a esas hipótesis es una cuestión compleja que estudiaremos más adelante. Antes de eso, sin embargo, veamos cómo, una vez propuesta, se contrasta una hipótesis.

Hay ocasiones en que el procedimiento es simplemente directo. Pensemos en las suposiciones según las cuales las diferencias en el número de enfermos, o en la dieta, o en los cuidados generales, explicaban las diferencias en la mortalidad entre las dos divisiones. Como señala Semmelweis, esas hipótesis están en conflicto con hechos fácilmente observables. No existen esas diferencias entre las dos divisiones; las hipótesis, por tanto, han de ser rechazadas como falsas.

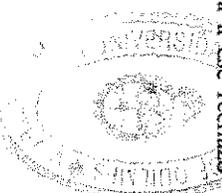
2. La investigación científica

Pero lo normal es que la contrastación sea menos simple y directa. Tomemos la hipótesis que atribuye el alto índice de mortalidad en la División Primera al terror producido por la aparición del sacerdote con su acólito. La intensidad de ese terror, y especialmente sus efectos sobre la fiebre puerperal, no son tan directamente identificables como las diferencias en el número de enfermos o en la dieta, y Semmelweis utiliza un método indirecto de contrastación. Se pregunta a sí mismo: ¿Qué efectos observables —si los hay— se producirían en el caso de que la hipótesis fuera verdadera? Y argumenta: si la hipótesis fuese verdadera, entonces un cambio apropiado en los procedimientos del sacerdote iría seguido de un descenso en la mortalidad. Comprueba mediante un experimento muy simple si se da esta implicación; se encuentra con que es falsa, y, en consecuencia, rechaza la hipótesis.

De modo similar, para contrastar la conjetura relativa a la posición de las mujeres durante el parto, razona del siguiente modo: si la conjetura fuese verdadera, entonces la adopción, en la División Primera, de la posición lateral reduciría la mortalidad. Una vez más, la experimentación muestra que la implicación es falsa, y se descarta la conjetura.

En los dos últimos casos, la contrastación está basada en un razonamiento que consiste en decir que si la hipótesis considerada, llamémosle *H*, es verdadera, entonces se producirán, en circunstancias especificadas (por ejemplo, si el sacerdote deja de atravesar las salas, o si las mujeres adoptan la posición de lado), ciertos sucesos observables (por ejemplo, un descenso en la mortalidad); en pocas palabras, si *H* es verdadera, entonces también lo es *I*, donde *I* es un enunciado que describe los hechos observables que se espera se produzcan. Convergamos en decir que *I* se infiere de, o está implicado por, *H*; y llamemos a *I* una *implicación contrastadora de la hipótesis H*. (Más adelante daremos una descripción más cuidadosa de la relación entre *I* y *H*.)

En nuestros dos últimos ejemplos, los experimentos mostraban que la implicación contrastadora era falsa, y, de acuerdo con ello, se rechazaba la hipótesis. El razonamiento que llevaba a ese rechazo podría esquematizarse del siguiente modo:



COLECCIÓN DIAGONAL

Texto 2:

Bauman, Z. y May, T. (2007): introducción a Pensando sociológicamente, Buenos Aires, Nueva Visión.

Zygmunt Bauman
y Tim May

PENSANDO SOCIOLÓGICAMENTE

NUEVA EDICIÓN
REVISADA Y AMPLIADA

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

Introducción LA DISCIPLINA DE LA SOCIOLOGÍA

En este capítulo querríamos examinar la idea de pensar sociológicamente y su importancia para comprendernos a nosotros mismos, uno al otro y las circunstancias sociales en que vivimos. Con ese propósito vamos a considerar la idea de la sociología como una práctica sistemática, con su propia serie de preguntas para aproximarse al estudio de la sociedad y las relaciones sociales.

EN BUSCA DE LA DISTINCIÓN

La sociología no sólo agrupa una serie sistemática de prácticas, sino que también representa un cuerpo de conocimiento considerable que se ha ido acumulando en el curso de su historia. Una ojeada a la sección de las bibliotecas rotulada “Sociología” conduce a una colección de libros que representan la sociología como una tradición unificadora. Estos libros proporcionan mucha información para los recién llegados al campo, tanto si desean convertirse en sociólogos prácticos como si simplemente quieren ampliar su comprensión del mundo en que viven. Aquí hay lugares en los que los lectores pueden beneficiarse de lo que la sociología puede ofrecer, y entonces consumir, digerir, apropiarse y sacar provecho de este cuerpo de conocimiento. De esa manera la sociología se convierte en un sitio de flujo constante, con recién llegados que agregan nuevas ideas y estudios de la vida social a esos mismos estantes. La sociología, en este sentido, es un sitio en constante actividad que coteja los saberes recibidos con las nuevas experiencias y, de esa manera, en el proceso, suma al conocimiento y cambia la forma y el contenido de la disciplina.

Lo que se acaba de decir parece tener sentido. Después de todo, cuando nos preguntamos “¿Qué es la sociología?” podemos muy bien estar refiriéndonos a una colección de libros en una biblioteca como

indicio del producto de la disciplina. Esos modos de pensar acerca de la sociología parecen obvios. Después de todo, si la pregunta es "¿Qué es un león?", uno puede recurrir a un libro sobre animales y señalar determinada representación. De esa manera señalamos los vínculos entre determinadas palabras con determinadas cosas. Las palabras, pues, remiten a objetos. Tales objetos se convierten en referentes de las palabras y entonces armamos vínculos entre una palabra y un objeto en condiciones particulares. Sin este proceso de comprensión común, la comunicación cotidiana, que damos por descontada, sería inconcebible. Esta actitud, sin embargo, no alcanza para una comprensión más completa, más sociológica de esta conexión.

Lo dicho no alcanza para informarnos acerca del objeto en sí. Ahora tenemos que hacer preguntas suplementarias: por ejemplo, ¿de qué modo es peculiar este objeto?, ¿en qué difiere de otros objetos, de manera que se justifique referirse a él con una palabra particular? Si llamar a este animal "león" es correcto, pero no lo es llamarlo "tigre", entonces debe de haber algo que tienen los leones que no tienen los tigres. Debe de haber algunas diferencias distintivas entre ellos. Sólo descubriendo esta diferencia podemos saber qué caracteriza a un león, algo distinto a saber cuál es el referente de la palabra "león". Lo mismo sucede cuando tratamos de caracterizar el modo de pensar que llamamos sociológico.

La idea de que la palabra "sociología" está en representación de cierto cuerpo de conocimiento y de ciertas prácticas que emplean este saber acumulado resulta satisfactoria. Sin embargo, ¿qué es lo que hace del saber y de las prácticas algo distintivamente "sociológico"? ¿Qué los hace diferentes de otros cuerpos de conocimiento y otras disciplinas que tienen sus propias prácticas? Volviendo a nuestro ejemplo del león para responder a esta pregunta, podríamos buscar el modo de distinguir la sociología de otras disciplinas. En la mayor parte de las bibliotecas descubriríamos que los estantes más próximos al rotulado "Sociología" son los que llevan los rótulos "Historia", "Antropología", "Ciencias Políticas", "Leyes", "Política Social", "Contabilidad", "Psicología", "Estudios de administración", "Economía", "Criminología", "Filosofía", "Lingüística", "Literatura" y "Geografía Humana". Los bibliotecarios que organizan las estanterías pueden haber supuesto que los lectores que ojean la sección Sociología podrían en ocasiones estar buscando un libro sobre alguna de esas materias. En otras palabras, se ha pensado que el tema Sociología puede hallarse más cerca de esos cuerpos de conocimiento que de otros. ¿Será entonces que las diferencias entre los libros de Sociología y los que están colocados cerca de ellos son menos pronunciadas que las que hay, digamos, entre sociología y química orgánica?

Un bibliotecario que catalogue de este modo parece sensato. Los cuerpos de conocimiento vecinos tienen mucho en común. Todos se refieren al mundo hecho por el hombre: aquello que no existiría de no ser

por las acciones de los humanos. Estas materias de estudio, de modos diversos, se interesan por las acciones de los hombres y sus consecuencias. Sin embargo, si exploran el mismo territorio, ¿qué las diferencia? ¿Qué las hace tan diferentes unas de otras como para justificar diferentes nombres?

Estamos listos para dar una respuesta simple a estas preguntas: las divisiones entre los cuerpos de conocimiento deben reflejar divisiones en el universo que investigan. Son las acciones humanas (o los aspectos de las acciones humanas) las que difieren unas de otras, y las divisiones entre cuerpos de conocimiento simplemente tienen en cuenta este hecho. De ese modo, la historia se refiere a las acciones que tuvieron lugar en el pasado, en tanto la sociología se concentra en las acciones actuales. Del mismo modo, la antropología nos habla de sociedades humanas que se presume atravesaran un estadio de desarrollo diferente del nuestro (se defina como se defina). En el caso de algunos otros parientes cercanos de la sociología, será que la ciencia política, la economía a tratar con acciones referidas al poder y el gobierno; la economía a tratar con acciones relativas al uso de los recursos en términos de rédito máximo para individuos que se consideraran "racionales" en un determinado sentido de la palabra, así como con la producción y distribución de bienes; el derecho y la criminología a interesarse por interpretar y aplicar la ley y las normas que regulan el comportamiento humano y por el modo en que esas normas se articulan, se hacen obligatorias, compulsivas, y con qué consecuencias? No obstante, en cuanto comenzamos a justificar los límites entre disciplinas de esta manera el resultado se vuelve problemático, ya que aceptamos que el mundo de lo humano refleja tales divisiones netas que luego se convierten en ramas de la investigación. Aquí nos encontramos frente a un problema importante: como la mayor parte de las creencias que parecen evidentes por sí mismas, resultan obvias sólo mientras evitemos examinar las hipótesis en las que se sostienen.

De modo que, en primer lugar, ¿de dónde sacamos la idea de que las acciones humanas pueden dividirse en ciertas categorías? ¿Del hecho de que se las ha clasificado de esa manera y que a cada registro en esa clasificación se le ha dado un nombre particular? ¿Del hecho de que hay grupos de expertos creíbles, considerados gente bien informada y confiable, que reclaman derechos exclusivos para estudiar aspectos de la sociedad y nos proporcionan luego opiniones autorizadas? Sin embargo, ¿nos parece sensato, desde el punto de vista de nuestra experiencia, que la sociedad se divida en economía, política o política social? ¿Nosotros no vivimos un rato en el reino de la ciencia política, otro rato en el de la economía, ni nos movemos de la sociología a la antropología cuando viajamos de Inglaterra a, digamos, América del Sur, o de la historia a la sociología cuando cumplimos un año más!

Si somos capaces de separar estos dominios de actividad en nuestras experiencias y de ese modo categorizar nuestras acciones en términos de política en un momento y economía en el siguiente, ¿no será porque, antes, nos enseñaron a hacer tales distinciones? Por lo tanto, lo que conocemos no es el mundo en sí, sino lo que hacemos en el mundo en términos de cómo nuestras prácticas se ven moldeadas por una imagen de ese mundo. Es un modelo que se arma a partir de ladrillos derivados de las relaciones entre *lengua* y *experiencia*. De modo que no hay una división natural del mundo humano que se refleje en diferentes disciplinas académicas. Lo que hay, por el contrario, es una división del trabajo entre los estudiosos que examinan las acciones humanas, que se ve reforzada por la separación mutua entre los respectivos expertos, junto con los derechos exclusivos de que goza cada grupo para decidir qué forma parte y qué no forma parte de sus áreas de *expertise*.

En nuestra indagación por la "diferencia que hace la diferencia", ¿en qué difieren las prácticas de estas distintas ramas de estudio unas de las otras? Hay una similitud de actitudes hacia lo que sea que hayan seleccionado como su objeto de estudio. Finalmente, todos reclaman obediencia a las mismas reglas de conducta cuando tratan con sus respectivos objetos. Todos buscan reunir hechos relevantes y asegurarse de que son válidos y luego controlan una y otra vez esos hechos para que la información acerca de ellos sea confiable. A eso se suma que todos tratan de presentar las propuestas que hacen sobre los hechos de modo tal que puedan ser comprendidas claramente y sin ambigüedades y cotejadas con la evidencia. Al hacer eso buscan descartar de antemano o eliminar contradicciones entre proposiciones de manera que dos proposiciones diferentes no puedan ser verdaderas al mismo tiempo. En pocas palabras, todos tratan de mantenerse fieles a la idea de una disciplina sistemática y presentar sus hallazgos de una manera responsable.

Podemos decir ahora que no hay diferencia en cómo se comprende y practica la tarea por el experto ni en su sello –responsabilidad académica–. Las personas que dicen ser académicamente expertas parecen desplegar estrategias similares para recolectar y procesar sus hechos; observan aspectos de las acciones humanas o emplean evidencia histórica y tratan de interpretarla en el marco de modos de análisis que dan sentido a esas acciones. Parece, por lo tanto, que nuestra última esperanza de encontrar la diferencia radica en el tipo de preguntas que motivan cada disciplina: es decir, las preguntas que determinan los puntos de vista (perspectivas cognitivas) a partir de los cuales investigadores pertenecientes a estas diferentes disciplinas observan, exploran, describen y explican las acciones humanas.

Pensemos en la clase de preguntas que motivan a los economistas. En este caso lo que entraría en consideración sería la relación entre costo

14

y beneficio de las acciones humanas. Se puede considerar la acción humana desde el punto de vista de la administración de recursos escasos y cómo éstos pueden usarse para su mejor provecho. Las relaciones entre actores también podrían examinarse como aspectos de la producción y el intercambio de bienes y servicios, todo lo cual se acepta que está regulado por relaciones de mercado de oferta y demanda, y por el deseo de los actores de perseguir sus preferencias de acuerdo con un modelo de acción racional. Los hallazgos podrían estar entonces articulados en un modelo del proceso a través del cual se crean, obtienen y asignan recursos entre varias demandas. La ciencia política, por su parte, estaría más interesada en aquellos aspectos de las acciones humanas que cambian, o son cambiadas por, la conducta efectiva o anticipada de otros actores en términos de poder e influencia. En este sentido las acciones pueden verse en términos de asimetría entre poder e influencia, de modo que algunos actores salen de la interacción con su conducta modificada más o menos significativamente que la de otros participantes de la interacción. Puede también organizar sus hallazgos alrededor de conceptos tales como poder, dominación, el Estado, autoridad, etcétera.

Las preocupaciones de la economía y la ciencia política de ningún modo son ajenas a la sociología. Eso es fácilmente visible en los trabajos escritos por historiadores, científicos políticos, antropólogos y geógrafos en el marco de la sociología. Sin embargo, la sociología, como otras ramas del estudio social, tiene sus propias perspectivas cognitivas que inspiran series de preguntas para interrogar las acciones humanas, como así también sus propios principios de interpretación. Desde este punto de vista podemos decir que la sociología se distingue por visulizar las acciones humanas como componentes de configuraciones más amplias: es decir, de conjuntos no azarosos de actores entrecruzados en una red de dependencia mutua (siendo la dependencia un estado en el que tanto la probabilidad de que la acción tenga lugar efectivamente como la posibilidad de su éxito cambian en relación con quienes son los otros actores, qué hacen o pueden hacer). Los sociólogos preguntan qué consecuencia tiene esto para los actores humanos, las relaciones en las que entramos y las sociedades de las que formamos parte. A su vez, esto modela el objeto de la investigación sociológica, de modo que las configuraciones, las redes de dependencia mutua, el condicionamiento recíproco de la acción y la expansión o confinamiento de la libertad de los actores se cuentan entre las preocupaciones más destacadas de la sociología.

Los actores individuales se vuelven visibles para un estudio sociológico en tanto son miembros o partícipes de una red de interdependencia. Dado el hecho de que, independientemente de lo que hagamos, dependemos uno de otro, podríamos decir que las preguntas centrales de la sociología son: ¿de qué manera los tipos de relaciones sociales y de

15

sociedades que habitamos se relacionan unos con los otros, nos vemos a nosotros mismos y vemos nuestro conocimiento, nuestras acciones y sus consecuencias? Es esta clase de preguntas –parte de las realidades prácticas de cada día– la que constituye el área particular de discusión sociológica y define a la sociología como una rama relativamente autónoma de las ciencias humanas y sociales. Por lo tanto, podemos concluir que pensar sociológicamente es una manera de entender el mundo humano que también abre la posibilidad de pensar acerca de ese mundo de diferentes maneras.

SOCIOLOGÍA Y SENTIDO COMÚN

Pensar sociológicamente también se distingue por su vínculo con el llamado “sentido común”. Tal vez más que otras ramas del saber, la sociología ve moldeado su vínculo con el sentido común a partir de resultados que son importantes para su situación y su práctica. Las ciencias físicas y biológicas no parecen estar interesadas en analizar su vínculo con el sentido común. La mayor parte de las ciencias, para definirse, se afirma en los límites que las separan de otras disciplinas. No sienten que compartan suficiente terreno como para interesarse en dibujar límites o puentes con ese rico aunque desorganizado, no sistemático, a menudo inarticulado e inefable saber que llamamos sentido común.

Tal indiferencia puede tener alguna justificación. El sentido común, a fin de cuentas, no parece tener nada que decir acerca de los temas que preocupan a físicos, químicos o astrónomos. Los asuntos con los que ellos tratan no parecen caer dentro de las experiencias y las imágenes cotidianas de mujeres y hombres comunes. Es así que los no expertos normalmente no se considerarían capaces de formarse una opinión acerca de esos asuntos si no es con ayuda de los científicos. Después de todo, los objetos explorados por las ciencias físicas se manifiestan sólo en circunstancias muy especiales, por ejemplo, a través de las lentes de gigantes telescopios. Sólo los científicos pueden ver y experimentar con ellos bajo esas condiciones, y reclamar para sí mismos, por lo tanto, el monopolio de una determinada rama de la ciencia. Al ser propietarios únicos de la experiencia que proporciona la materia prima para su estudio, el proceso, análisis e interpretación de los materiales están bajo su control. Los productos de tales procesamientos deberán soportar luego el escrutinio crítico de otros científicos. No van a tener que competir con el sentido común por la simple razón de que no hay un punto de vista de sentido común para abordar los asuntos sobre los que se pronuncian.

Tomemos que hacemos ahora algunas preguntas sociológicas más. Después de todo, ¿es la caracterización tan simple como implica lo dicho

anteriormente? La producción de conocimiento científico contiene factores sociales que moldean y configuran su práctica, en tanto los hallazgos científicos pueden tener implicancias sociales, políticas y económicas sobre las cuales, en cualquier sociedad democrática, no corresponde que los científicos tengan la última palabra. Dicho de otro modo: no podemos separar tan fácilmente los medios de investigación científica de los fines a los que esos medios pueden destinarse, ni la razón práctica de la ciencia misma. Después de todo, cómo y quiénes financian la investigación puede, en algunas instancias, tener influencia sobre los resultados de la investigación. Preocupaciones públicas re-cientes referidas a la calidad de la comida que ingerimos o al medio ambiente en que vivimos, al papel de la ingeniería genética y el patentamiento de información genética de poblaciones por grandes corporaciones, son sólo algunos de los asuntos sobre los que la ciencia por sí misma no puede decidir, ya que se trata no sólo de la justificación del saber sino de su aplicación y sus implicancias para la vida que vivimos. Estos asuntos se vinculan con nuestra experiencia y su vínculo con nuestro quehacer cotidiano, con el control que tenemos sobre nuestras vidas y la dirección en que se están desarrollando nuestras sociedades.

Estos problemas proporcionan la materia prima para investigaciones sociológicas. Todos nosotros vivimos en compañía de otras personas e interactuamos unos con otros. En ese proceso, desplegamos una extraordinaria cantidad de *conocimiento tácito* que nos permite enfrentar los asuntos de la vida cotidiana. Cada uno de nosotros es un actor-experto. Sin embargo, lo que logramos y lo que somos depende de lo que otras personas hacen. Finalmente casi todos nosotros hemos vivido la experiencia angustiosa del fracaso de la comunicación con amigos y con extraños. Desde este punto de vista, el tema de la sociología está ya incorporado a nuestras vidas, y sin esto seríamos incapaces de llevar adelante nuestras vidas con los otros.

Aunque estamos profundamente inmersos en nuestras rutinas diarias, inspirados por un saber práctico orientado a los escenarios sociales en los que interactuamos, a menudo no nos detenemos a pensar sobre el significado de lo que hemos atravesado y, con menos frecuencia aun, nos detenemos a comparar nuestras experiencias privadas con el destino de otros, salvo, tal vez, para tener respuestas privadas a problemas sociales exhibidos para el consumo en los *chat-shows* televisivos. Aquí, sin embargo, la privatización de cuestiones sociales se ve reforzada, liberándonos de la carga de ver la dinámica de las relaciones sociales dentro de lo que se visualiza, en cambio, como reacciones individuales.

Esto es exactamente lo que el pensamiento sociológico puede hacer por nosotros. Como un modo de pensamiento se formularán preguntas como ésta: “¿cómo se entrelazan nuestras biografías individuales con la

historia que compartimos con otros seres humanos?" Al mismo tiempo, los sociólogos son parte de esa experiencia y, por lo tanto, por mucho que quieran apartarse de los objetos de su estudio—las experiencias de vida como objetos “que están ahí”—, no pueden romper por completo con el saber que tratan de comprender. No obstante, esto puede ser una ventaja en tanto posean una visión a la vez desde adentro y desde afuera de las experiencias que buscan comprender.

Hay algo más que decir de la relación especial entre sociología y sentido común. Los objetos de la astronomía esperan ser nombrados, colocados en un todo ordenado y comparados con otros fenómenos similares. Hay pocos equivalentes sociológicos de fenómenos limpios, sin uso, que no hayan sido dotados ya de significado cuando aparecen los sociólogos con sus cuestionarios, llenando sus libretas de notas o examinando documentos relevantes. Aquellas acciones e interacciones humanas que exploran los sociólogos ya han sido nombradas y han recibido la consideración de los propios actores y son, por lo tanto, objetos del saber del sentido común. Familias, organizaciones, redes solidarias, barrios, ciudades y pueblos, naciones e iglesias y cualquier otro grupo cohesionado por la interacción humana regular ya han recibido significado e importancia por parte de los actores. Cada término sociológico ya está cargado de los significados que le da el saber del sentido común.

Por estas razones la sociología está íntimamente relacionada con el sentido común. Con límites fluidos entre pensamiento sociológico y sentido común, no se puede garantizar de antemano su solidez. Tal como sucede con la aplicación de los hallazgos de los genetistas y sus implicancias para la vida diaria, la soberanía de la sociología sobre el saber social puede verse cuestionada. Es por eso que resulta tan importante trazar un límite entre conocimiento sociológico propiamente dicho y sentido común para la identidad de la sociología como un cuerpo cohesionado de conocimiento. No sorprende pues que los sociólogos presten mucha atención a este factor, y podamos pensar cuatro modos en que se consideraron estas diferencias.

En primer lugar la sociología, a diferencia del sentido común, hace un esfuerzo por subordinarse a las reglas rigurosas del discurso responsable. Este es un atributo de la ciencia que se distingue de otras formas de conocimiento, consideradas más flojas y menos estrictamente vigiladas y autocontroladas. Se espera que los sociólogos en su práctica tomen muchas precauciones para distinguir—de modo claro y visible—entre los enunciados corroborados por evidencia disponible y las proposiciones que sólo pueden aspirar a la categoría de ideas provisionarias, no probadas. Las reglas del discurso responsable exigen que toda la “cocina”—el procedimiento completo que nos llevó a las conclusiones finales y que, no obstante, es garantía de su credibilidad—quede abierta al escrutinio.

El discurso responsable debe relacionarse también con otros enunciados hechos sobre el mismo tópico, de modo que no puede descartar o silenciar otros puntos de vista que se hayan manifestado, por inconvenientes que resulten para la propia argumentación. De este modo la honestidad, confiabilidad y, eventualmente, también la utilidad práctica de las posiciones resultantes se verán acrecentadas. Después de todo, nuestra fe en la credibilidad de la ciencia está cimentada en la esperanza de que los científicos hayan seguido las reglas del discurso responsable. En cuanto a los científicos mismos, ellos apuntan a la virtud del discurso responsable como un argumento a favor de la validez y confiabilidad del conocimiento que producen.

En segundo lugar, se halla el tamaño del campo del que se extrae el material para el pensamiento sociológico. Para la mayor parte de nosotros en nuestra rutina diaria este campo está confinado a nuestro propio universo de vida, es decir a las cosas que hacemos, la gente con que nos encontramos, los propósitos que nos planteamos en nuestras búsquedas y los que suponemos que otros plantean para las suyas, así como el tiempo y el espacio en los que interactuamos corrientemente. Rara vez encontramos necesario elevarnos por encima del nivel de nuestras preocupaciones diarias para ampliar el horizonte de nuestras experiencias, ya que para eso necesitaríamos tiempo y recursos de los que no disponemos, o en los que no estamos dispuestos a invertir. Sin embargo, vista la tremenda variedad de condiciones de vida y de experiencias que hay en el mundo, cada experiencia es necesariamente parcial y probablemente incluso unilateral. Estos resultados pueden examinarse sólo si agrupamos y comparamos experiencias desprendidas de una multitud de universos de vida. Sólo entonces se revelarán las realidades limitadas de las experiencias individuales, así como el complejo entramado de dependencias e interconexiones en el que se encuentran enredadas, un entramado que llega mucho más allá del reino accesible desde el punto de vista de una biografía particular. El resultado general de esta ampliación de horizontes será el descubrimiento del vínculo íntimo entre la biografía individual y el más amplio proceso social. Es por esto que la búsqueda de esta perspectiva más amplia en la que se embarcan los sociólogos produce una gran diferencia, no sólo cuantitativamente sino también en calidad y usos del conocimiento. Para personas como nosotros, el conocimiento sociológico tiene algo para ofrecer que el sentido común, con toda su riqueza, no puede, por sí mismo, proporcionar.

En tercer lugar, sociología y sentido común difieren en el modo en que cada uno da sentido a la realidad humana en términos de cómo comprenden y explican acontecimientos y circunstancias. Sabemos por nuestras experiencias que somos “el autor” de nuestras acciones; sabemos que lo que hacemos es un efecto de nuestras intenciones aun

cuando los resultados puedan no ser los que buscábamos. Por lo general actuamos para alcanzar un estado de cosas, ya sea para apoderarnos de algo, recibir elogios, prevenir algo que no deseamos, o ayudar a un amigo. De manera bastante natural, el modo en que pensamos nuestras acciones sirve como modelo para interpretar otras acciones. Hasta ese punto sólo podemos interpretar el mundo humano que se halla a nuestro alrededor diseñando nuestras propias herramientas de explicación exclusivamente a partir de nuestros respectivos universos de vida. Tendemos a percibir todo lo que sucede en el mundo en general como producto de la acción intencional de alguien. Buscamos a las personas responsables por lo que ocurrió y, cuando las encontramos, creemos que hemos completado nuestra investigación. Aceptamos que hay buena voluntad detrás de los acontecimientos para los que estamos bien predispuestos y malas intenciones detrás de aquellos que nos desagradan. En general la gente encuentra difícil aceptar que una situación no es efecto de acciones intencionales de determinada persona.

Los que hablan en el nombre de la realidad en el ámbito de lo público —políticos, periodistas, investigadores de mercado, publicistas— sintetizan con las tendencias dominantes y hablan de “necesidades del Estado” o de “demandas de la economía”. Esto se dice como si el Estado o la economía estuviesen hechos a la medida de personas individuales, como nosotros, con necesidades y deseos específicos. Del mismo modo, leemos y oímos sobre los complejos problemas de las naciones, los Estados y los sistemas económicos como si fuesen efecto de los pensamientos y hechos de un selecto grupo de personas que pueden ser nombradas, fotografiadas y entrevistadas. Lo mismo pasa con los gobiernos, que a menudo se quitan de encima el peso de la responsabilidad remitiéndose a cosas que están fuera de su control, o hablando de lo que “el pueblo exige” a través del uso de grupos focales o encuestas de opinión.

La sociología se alza en oposición a la singularidad de las visiones del mundo que pretenden, de manera no problemática, hablar en nombre de un estado de cosas general. Tampoco da por sentadas formas de comprensión como si éstas constituyeran un modo natural de explicar acontecimientos que podrían desgajarse sencillamente del cambio histórico o de la ubicación social en la que tuvieron lugar. Dado que comienza su examen a partir de configuraciones (redes de dependencia) más que a partir de actores individuales o acciones unitarias, demuestra que la metáfora vulgar del individuo motivado como clave para comprender el mundo humano —incluidos nuestros propios, profundamente personales y privados, pensamientos y hechos— no es un modo apropiado de comprendernos a nosotros mismos y a los demás. Pensar sociológicamente es dar sentido a la condición humana a través de un análisis de las múltiples redes de interdependencia humana, esa dura

realidad a la que nos remitimos para explicar nuestros motivos y los efectos de su activación.

Por último, el poder del sentido común depende de su carácter autoevidente: es decir, el de no cuestionar sus preceptos y ser autoconformante en su práctica. Por su parte, esto descansa en la rutina, el carácter habitual de nuestra vida diaria, que modela nuestro sentido común a la vez que es simultáneamente modelada por él. Necesitamos esto para seguir adelante con nuestras vidas. Cuando se repiten lo suficiente, las cosas tienden a volverse familiares y lo familiar es visto como autoexplicativo; no presenta problemas y puede no despertar curiosidad alguna. No se hacen preguntas si la gente está satisfecha de que “las cosas sean como son” por razones que no están abiertas al escrutinio. El fatalismo también puede desempeñar su papel vía la creencia de que uno puede hacer poco por cambiar las condiciones en que actúa.

Desde este punto de vista podríamos decir que lo familiar puede entrar en tensión con la curiosidad y esto también puede inspirar el ímpetu de innovación y transformación. En un encuentro con ese mundo familiar regido por rutinas que tienen el poder de confirmar las creencias, la sociología puede aparecer como un extranjero entrometido e irritante. Al examinar aquello que se da por sentado, tiene el potencial de perturbar las cómodas certidumbres de la vida planteando preguntas que nadie recuerda haber planteado, y aquellos con intereses creados incluso toman a mal que se las planteen. Estas preguntas convierten lo evidente en un rompecabezas y pueden volver extraño lo familiar. Junto con las costumbres diarias y las condiciones sociales que tienen lugar bajo escrutinio, emergen como una de las posibles maneras —no la única manera— de seguir adelante con nuestras vidas y organizar las relaciones entre nosotros.

Por supuesto, esto puede no ser del gusto de todos, especialmente de aquellos para quienes el estado de cosas ofrece grandes ventajas. De todos modos, las rutinas pueden tener su lugar, y aquí podríamos recordar la historia del clemplés de Kipling que caminaba sin esfuerzo sobre sus cien patas hasta que un servil adulador comenzó a alabar su extraordinaria memoria. Era esta memoria la que le permitía no bajar su pata quincuagésimoctava antes de la trigésimoséptima o la quincuagésimasegunda antes de la décimovena. Obligado a la autoconciencia, el pobre clemplés ya no pudo volver a caminar. Otros pueden sentirse humillados e incluso resentidos de que lo que en un tiempo sabían y los hacía enorgullecerse quede devaluado en virtud de este cuestionamiento. Sin embargo, y por comprensible que sea el resentimiento que genere, la *desfamiliarización* puede tener beneficios claros. Lo que es más importante, puede abrir nuevas y antes insospechadas posibilidades de vivir la propia vida con otros con más

autoconciencia, más comprensión de lo que nos rodea en términos de un mayor conocimiento de uno mismo y de los demás y tal vez también con más libertad y control.

Para todos los que piensan que vivir la vida de una manera más consciente vale el esfuerzo, la sociología es una guía bienvenida. Aunque manteniéndose en una constante e íntima conversación con el sentido común, aspira a sobrepasar sus limitaciones abriendo posibilidades que pueden clausurarse con demasiada facilidad. Cuando convoca y desafía nuestro saber compartido, la sociología nos impulsa a reexaminar nuestra experiencia, para descubrir nuevas posibilidades y terminar siendo más abiertos y menos propensos a la idea de que el conocimiento sobre nosotros y los demás tiene un punto final, y no que es un proceso excitante y dinámico que aspira a una mayor comprensión.

Pensar sociológicamente nos puede hacer más sensibles y tolerantes a la diversidad. Puede aguzar nuestros sentidos y abrir nuestros ojos a nuevos horizontes más allá de nuestras experiencias inmediatas para que exploremos condiciones que, hasta ahora, habían permanecido relativamente invisibles. Una vez que comprendemos mejor cómo los aspectos aparentemente naturales, inevitables, inmutables y eternos de nuestras vidas han llegado a instalarse a través del ejercicio del poder humano y los recursos humanos, vamos a encontrar más difícil aceptar que son inmutables e impenetrables a futuras acciones, incluidas las propias. Pensar sociológicamente, como un poder antifijación, es por lo tanto un poder en pleno derecho. Hace flexible lo que pudo haber sido opresivo y rígido de las relaciones sociales y, al hacerlo, abre un mundo de posibilidades. El arte del pensamiento sociológico consiste en ampliar la eficacia práctica de la libertad. Cuando se ha aprendido más acerca de ella, el individuo puede estar un poco menos sujeto a la manipulación y más fuerte frente a la opresión y el control. Probablemente también esos individuos se volverán más eficaces como actores sociales, ya que pueden ver las conexiones entre sus acciones y las condiciones sociales y cómo esas cosas que, por su rígida fijación, se muestran irresistibles al cambio están abiertas a la transformación.

Está también aquello que se halla más allá de nosotros como individuos. Hemos dicho que la sociología piensa de manera relacional para situarnos dentro de redes de relaciones sociales. De ese modo la sociología se alza en defensa del individuo, pero no del individualismo. O sea que pensar sociológicamente significa pensar un poco más plenamente en la gente que nos rodea en términos de sus esperanzas y deseos, sus preocupaciones e intereses. Así, podremos apreciar mejor al individuo humano que hay en ellos y tal vez aprender a respetar lo que cualquier sociedad civilizada que se precie debería garantizar a esas personas para mantenerse: el derecho a hacer lo que nosotros hacemos, de modo que puedan elegir y practicar sus modos de vida de acuerdo con

nuestras preferencias. Esto significa que pueden seleccionar sus proyectos de vida, definiéndose y defendiendo su dignidad como nosotros podríamos defender la nuestra frente a obstáculos con los que todos, en mayor o menor grado, nos topamos. Pensar sociológicamente, pues, tiene el potencial de promover la solidaridad entre nosotros: es decir, una solidaridad basada en la comprensión y el respeto mutuos, en una pertenencia mancomunada al sufrimiento y una condena compartida a las crueldades que son las causas de ese sufrimiento. Finalmente, si esto se logra, la causa de la libertad se acrecentará mucho al ser elevada al rango de una causa común.

Volviendo a lo que decíamos acerca de la fluidez de lo que parece inflexible, una mirada sociológica a la lógica interna y al significado de formas de vida diferentes de las propias puede bien llevarnos a volver a pensar los vínculos que se han trazado entre nosotros y los otros. Una nueva comprensión generada de esta manera podría facilitar nuestra comunicación con "los otros" y conducirnos posiblemente a un entendimiento mutuo. El miedo y el antagonismo pueden ser reemplazados por la tolerancia. No hay mayor garantía para la libertad individual que la libertad de todos nosotros.

Señalar la conexión entre la libertad individual y la libertad colectiva necesariamente tiene un efecto desestabilizador en las relaciones de poder ya existentes o lo que suele llamarse "órdenes sociales". Es por esta razón que gobiernos y otros dueños del poder que controlan el orden social suelen presentar cargos de "deslealtad política" en contra de la sociología. Esto es muy evidente entre aquellos gobiernos que intentan inventar la realidad en su nombre, afirmando sin problemas el estado de cosas vigente como si fuera natural, o entre los que arremeten contra las condiciones de vida contemporáneas por medio de nostálgicas evocaciones de una edad mítica permitida en la que todos conocían cuál era su lugar en la sociedad. Cuando somos testigos de una nueva campaña en contra del "impacto subversivo" de la sociología, podemos asumir sin riesgo que los que pretenden gobernar por el *fiat* están preparando un nuevo asalto a la capacidad de los sujetos a resistir la regulación coercitiva de sus vidas. Dichas campañas muchas veces coinciden con severas medidas contra las formas ya existentes de autorregulación y defensa de los derechos colectivos; medidas que apuntan, en otras palabras, a los fundamentos colectivos de la libertad individual.

A veces se dice que la sociología es el poder de los que no tienen poder. No siempre es así, especialmente en los lugares donde se la práctica presionada para conformar las expectativas de los gobernantes. No hay ninguna garantía de que, habiendo adquirido una comprensión sociológica, uno pueda disolver y desmontar el poder de las "duras realidades" de la vida. Simplemente, el poder de la comprensión no

alcanza para rivalizar con el de las presiones de la coerción aliadas con el resignado y sometido sentido común en el marco de las condiciones políticas y económicas prevalecientes. Sin embargo, de no ser por esa comprensión, la probabilidad de manejar con algún éxito la propia vida y la administración colectiva de la vida en común sería aun menor. Es un modo de pensar cuyo valor es apreciado sólo por los que no pueden darlo por sentado, y que cuando les llega a aquellos que sí pueden, suele ser menospreciado.

EL CONTENIDO DE
PENSANDO SOCIOLOGICAMENTE

Este libro fue escrito con el propósito de ayudar a la gente a comprender sus experiencias con los otros. Al hacerlo, muestra cómo aspectos de la vida aparentemente familiares pueden ser interpretados de modos novedosos y diferentes. Cada capítulo aborda asuntos que son parte de nuestra vida diaria, aun cuando no estén en la primera fila de nuestras interpretaciones diarias. Se refieren a modos de ver y a los dilemas y elecciones con que nos topamos regularmente, pero sobre los que rara vez tenemos tiempo y oportunidad de reflexionar. Nuestro propósito es el de alentar el pensamiento en estos términos y no el de "corregir" el conocimiento. Deseamos expandir los horizontes de comprensión, pero no para reemplazar una noción de error con la idea de una verdad incuestionable. En el proceso esperamos estimular una actitud cuestionadora, en la que entender a los otros nos permita entendernos mejor a nosotros mismos *con* los otros.

Este libro difiere de muchos otros porque está organizado de acuerdo con los asuntos que rigen nuestra vida diaria. Hay tópicos que ocupan a los sociólogos profesionales en el curso de su práctica que son mencionados sólo brevemente u omitidos sin más, por ejemplo, los métodos de investigación para el estudio de la vida social. Este libro es una observación sociológica acerca de asuntos que modelan directamente nuestra experiencia cotidiana y se divide en partes y capítulos que tienen eso en cuenta. En esta guía, nuestra narrativa sociológica no se desarrollará de manera lineal porque hay tópicos a los que regresaremos a lo largo de todo el libro. Por ejemplo, asuntos referidos a la identidad social aparecerán planteados de muy diversas formas en los próximos capítulos, porque así es como funciona el esfuerzo de la comprensión en la práctica. Después de todo, a medida que examinamos nuevos tópicos, éstos no se habrían nuevas preguntas y así echarán luz sobre asuntos que todavía no se habían considerado. Como señalamos antes, esto es parte de un proceso en el que ganamos una mejor comprensión: una tarea sin fin.

Texto 3: “No es natural” (Josep-Vincent Marqués)

En Marqués, J. (1983), *No es natural (para una sociología de la vida cotidiana)*, Barcelona, Anagrama.

No es natural

Algunas formas de vida distintas de las vigentes tienen gracia, indudablemente. Para mejor y para peor, las cosas podrían ser de otra manera, y la vida cotidiana de cada uno y de cada una, así como la de los “cadaunitos” sería bastante diferente. La persona lectora no obtendrá de este libro recetas para cambiar la vida ni -sin que vayamos a hilar demasiado fino sobre la cuestión- grandes incitaciones a cambiarla, pero sí algunas consideraciones sobre el hecho de que las cosas no son necesariamente, naturalmente, como son ahora y aquí. Saberlo le resultará útil para contestar a algunos entusiastas del orden y del desorden establecidos, que a menudo dicen que “es bueno y natural esto y aquello”, y poder decirles educadamente “veamos si es bueno o no, porque natural no es”.

Consideremos un día en la vida del señor Timoneda. Don Josep Timoneda i Martínez se ha levantado temprano, ha tomado su utilitario para ir a trabajar a la fábrica, oficina o tienda, ha vuelto a casa a comer un arroz cocinado por su señora, y más tarde ha vuelto de nuevo a casa, después de un pequeño altercado con otro conductor a consecuencia de haberse distraído pensando en si le ascienden o no de sueldo y categoría. Ya en casa, ha preguntado a los críos, bostezando, por la escuela, ha visto un telefilme sobre la delincuencia juvenil en California, se ha ido a dormir y, con ciertas expectativas de actividad sexual, ha esperado a que su mujer terminara de tender la ropa. Finalmente, se ha dormido pensando que el domingo irá con toda la familia al apartamento. Lo último que recuerda es a su mujer diciéndole que habrá que hablar seriamente con el hijo mayor porque ha hecho no se sabe qué cosa.

Este es el inventario banal de un día normal de un personaje normal. La vida, dicen. Pero ¡atención! Si este es un día normal, es porque estamos en una sociedad capitalista con predominio masculino, urbana, en una etapa que llaman sociedad de consumo y, dependiente culturalmente de unos medios de comunicación de masas subordinados al imperialismo. El personaje normal si la sociedad fuera otra, no tendría que ser necesariamente un varón, cabeza de familia, asalariado, con una mujer que cocina y cuida de la ropa, y con un televisor que pasa telefilmes norteamericanos.

Hablando de José Timoneda Martínez, consideremos ahora cómo incluso su nombre está condicionado por una red de relaciones sociales. Oficialmente no se llama Josep Timoneda i Martínez sino José Timoneda y Martínez, vuelve la cabeza cuando lo llaman Pepe, se cabrea en silencio cuando es el jefe de personal quien le llama Timoneda sin el señor delante, y enérgica y explícitamente cuando es un subordinado suyo quien lo hace; insiste, o no, en hacerse llamar Pepe por una mujer según el aspecto que ella tenga, y se siente bastante orgulloso de ser cabeza de familia, porque así los niños han de nombrarlo según su cargo doméstico de “papá”. Hay mucho más, sin embargo, en su nombre mismo. No diré simplemente que si hubiese nacido en África quizá se llamaría Bambayuyu, que es un nombre muy sonoro y de un exotismo justificable por la diferencia de lengua. No. Sin salirnos de nuestro ámbito, que no naturalmente habría de componerse su nombre del nombre de un santo de la Iglesia católica, de un primer apellido. Que transmitirá a sus hijos y que le vincula al padre de su padre, y un segundo que no transmitirá y que le vincula al padre de su madre. Es solamente una forma. Podría llamarse Josep hijo de Joan Timoneda o hijo de Empar Martínez, Timoneda Josep o tomar el nombre de su origen y resultar Josep Timoneda de Borriana, o haber podido elegir, al llegar a ser mayor, el nombre o cuál de los dos apellidos prefería llevar adelante.

Podría ser de otra manera, pero ésta es la que le ha correspondido, ya que vive aquí. Son costumbres. ¡Atención, sin embargo! Hay quien dice que “son costumbres” como si, reconocido el carácter no natural

de las maneras de vivir, éstas fueran resultado de un puro azar, cuando en realidad nos reenvían una y otra vez los datos fundamentales de la sociedad. El nombre del señor Timoneda nos da pistas sobre la influencia de la Iglesia católica y sobre el hecho de que los padres pintan más que los hijos, y el padre más que la madre. Eso es en el nombre solamente. Los actos cotidianos del señor Timoneda nos proporcionan muchas más pistas.

en un sexto piso y a propósito de un edificio que fue la casa de sus antepasados y sigue siendo taller. La mujer del señor Timoneda podía haber estado haciendo parte de la faena del taller y el hijo mayor también mientras aprende el oficio del padre. El más pequeño de los críos podía haber pasado el día en la calle o en casa de otros vecinos, sin noticia ni deseo de escuela alguna. El señor Timoneda podría haber pasado el día de muchas otras maneras. Nada en su biología se lo impide. Podría haber trabajado en su casa, si es que se puede hablar de casa al mismo tiempo a propósito de un espacio de 90 m

O bien, el señor Timoneda podía haber pasado el día cocinando para la comunidad, por ser el día que le tocaba el trabajo de la casa, mientras los demás trabajaban en el campo, en la granja o en los talleres, grandes o pequeños, todos proporcionalmente a sus fuerzas y habilidades; y hacia el atardecer reunirse todos para reírse ante una televisión más divertida o para discutir ante emisiones más informativas.

O el señor Timoneda podía haber trabajado aquel día doce horas -seis en las tierras del amo y seis en las que el amo le dejaba cultivar directamente-, regresado a la barraca donde vive amontonado con familiares diversos para comentar que el amo les había vendido junto con las tierras y preguntarse qué tal sería el nuevo señor. O escuchar al abuelo recitar historias, seguro de ser escuchado, seguro de ser el personaje principal de la familia.

El día del señor Timoneda podía haber sido, pues, muy distinto, y también el de las personas que le rodean. Sería un error pensar que sólo podía haber sido distinto de haber nacido en otra época. Con el nivel tecnológico actual son posibles diferentes formas de vida.

Esta pequeña introducción impresionista a una sociología de la vida cotidiana insistirá siempre sobre esa misma idea: que las cosas podrían ser -para bien y para mal- distintas. Dicho de otra manera más precisa: que no podemos entender cómo trabajamos, consumimos, amamos, nos divertimos, nos frustramos, hacemos amistades, crecemos o envejecemos, si no partimos de la base de que podríamos hacer todo eso de muchas otras formas.

A menudo, cuando se muere un pariente, te atropella un coche, le toca la lotería a un obrero en paro, se casa una hija o te hacen una mala jugada, la gente dice:

-¡Es la vida!

O bien:

-Es ley de vida.

Lo que hacemos no es, sin embargo, La Vida. Muy pocas cosas están programadas por la biología. Nos es preciso, evidentemente, comer, beber y dormir; tenemos capacidad de sentir y dar placer, necesitamos afecto, y valoración por parte de los otros, podemos trabajar, pensar y acumular conocimientos. Pero cómo se concrete, todo eso depende de las circunstancias sociales en las que somos educados, maleducados, hechos y deshechos. Qué y cuántas veces y a qué horas comeremos y beberemos, cómo buscaremos o rechazaremos el afecto de los otros, qué escalas y qué valores utilizaremos para calibrar amigos y enemigos, qué placeres nos permitiremos y a cuáles renunciaremos,

a qué dedicaremos nuestros esfuerzos físicos y mentales, son cosas que dependen de cómo la sociedad -una sociedad que no es nunca la única posible, aunque no sean posibles todas- nos las defina, limite, estimule o proponga. La sociedad nos marca no sólo un grado de concepto de satisfacción de las necesidades sino una forma de sentir esas necesidades y de canalizar nuestros deseos.

Así, pensar una bomba nueva, desear una lavadora de otro modelo, comer más a menudo platos variados aunque congelados, valorar a los demás por el número de objetos que poseen y dedicar los esfuerzos afectivos a asegurar el monopolio sentimental sobre una persona, no es más "humano", no es más "la vida", no es más "natural" que pensar nuevos trucos de magia recreativa, desear más sonrisas, hacer una fiesta el día en que sí comes pollo-pollo o valorar a una persona porque tiene más capacidad de gozar que tú y está dispuesta a enseñarte.

El amor, el odio, la envidia, la timidez, la soberbia... son sentimientos humanos. Pero, ¿en qué cantidad y a propósito de qué los gastaremos?, ¿es lo mismo odiar a los judíos que a los subcontratistas de mano de obra?, ¿es igual envidiar ahora la casa con jardín y pinada de un poderoso, cuando quedan pocos árboles, que cuando eso sólo representaba un símbolo de poder o de prestigio?, ¿es igual amar a una persona sometida que a una persona libre?, ¿se puede ser tímido del mismo modo en un mundo donde es conveniente ser presentado para hablar con otro, que en una sociedad donde todos se tutean, tratando de imponer una familiaridad que no siempre deseamos?.

"Nacer, crecer, reproducirse y morir". De acuerdo. Eso hacemos. Pero ¿acaso no importa cómo y cuándo naces, qué ganas y qué pierdes al crecer, porqué reproduces y de qué, y con qué humor te mueres?.

El señor Timoneda se levanta cuando el satélite artificial se hace visible en el cielo de su ciudad. Antes de salir de su cápsula matrimonial mira a su compañero, dormido todavía, y se coloca la escafandra individual. Despierta a patadas a la mutante que le sirve de criada y le da órdenes en inglés. Hoy es un día especial: la lotería estatal sortea simultáneamente los quince que serán autorizados para procrear, los 1031 que se someterán a las pruebas de la guerra bacteriológica y 62 viajes a los carnavales de Río para dos personas y una mutante. Sale a la calle ya dentro de su heteromóvil y choca enseguida con otro. Se matan los dos conductores y el viudo del señor Timoneda es obligado a seguir la costumbre de suicidarse en la pira funeraria. ¿Es natural eso?

Esa sociedad imaginaria resulta ser capitalista, post-nuclear, despótica, de atmósfera precaria y homosexual, neomachista. Es una sociedad posible. Podría ser anticipada proyectando y acentuando los rasgos de la sociedad capitalista actual y suponiendo que hubiese tenido lugar tras una rebelión feminista aplastada, una eclosión de la homosexualidad reprimida acompañada de un explícito culto al macho.

La persona lectora tiene ante sí ahora otra sociedad. ¿Es la única posible? Tal vez diga que no, porque personalmente apuesta por el socialismo. ¿Pero qué socialismo? ¿Un socialismo donde sólo cambie la forma de gestión del capitalismo? ¿Una sociedad igual a esta, excepto en el precio más barato de los electrodomésticos?

¡Ah! Un poco de distancia respecto de su entorno no le vendría nada mal al lector o a la lectora.

Texto 4: “La falta de educación y el aumento de la delincuencia” (2014, 10 de septiembre). *La Gaceta*. Recuperado de <http://www.lagaceta.com.ar/nota/607277/opinion/falta-educacion-aumento-delincuencia.html>.

Opinión

>> EDITORIAL

La falta de educación y el aumento de la delincuencia

Miércoles 10 de Septiembre 2014



El consumo de alcohol y de droga suele estar estrechamente relacionado con el incremento de la delincuencia. Pero también el analfabetismo o la escasa educación son, sin duda, una de las principales causas de este estado de inseguridad que vive una buena parte de la sociedad. El lunes se dio a conocer un trabajo del Centro de Estudios Latinoamericanos sobre Inseguridad y Violencia (Celiv), de la Universidad Nacional de Tres de Febrero, que indica que el 50% de la población de los presos tiene menos de 32 años, y la mitad de los internos no asistió a la escuela o sólo llegaron a cursar el nivel primario.

Según consigna un despacho de la agencia Télam, el informe “Delito, marginalidad y desempeño institucional en Argentina”, se apoya en un relevamiento efectuado en 1.033 presos condenados en nuestro país y 6.000 de Brasil, Chile, El Salvador, México y Perú, y aborda el perfil sociodemográfico de los internos. Se indica que el 31% consumió alcohol o drogas seis horas antes de cometer el delito y que “el consumo de alcohol y droga son importantes predictores de los delitos más predatorios y violentos”.

El trabajo, difundido por el director del Celiv, señala que la Argentina es muy fácil acceder a las armas de fuego: el 62% de los presos consultados afirmó que utilizaron armas para cometer delitos. Se informa que la reincidencia en el país es elevada y depende del entorno delictivo; la mayoría de los reclusos pasó por institutos de menores y provienen de familias con entorno violento y con consumo de drogas. Sólo el 48% de los presos está condenado.

A comienzos de abril pasado, se divulgó un informe del Sistema Nacional de Estadísticas sobre la Ejecución de la Pena (Sneep), del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación, que indicaba que entre 2007 y 2012, la población carcelaria en nuestro país pasó de 52.457 a 62.263 personas privadas de su libertad, un incremento mayor a 10.000 personas. Se consignó entonces que más de 38.000 reclusos tenían entre 18 y 30 años, y representaban el 64% de la población carcelaria. Se afirmaba que “al momento de ingresar, la mayoría de ellos tenía apenas el primario completo y ningún otro estudio. A los más vulnerables, que son los que se mantienen en las cárceles, les cuesta salir: no tienen abogados que puedan mover sus expedientes. Es por eso que la mitad de los presos -incluyendo otros rangos etarios- no tienen condena”.

Respecto de Tucumán, el Sneep consignó que en 2012, el 25% de los presos en el sistema carcelario tenía entre 18 y 24 años, un 35%, entre 25 y 34, y sólo un 5% de los convictos es mayor de 65 años.

Esta realidad está mostrando gruesas fallas en materia de inclusión educativa o, por lo menos, que algo o mucho no se está haciendo bien o directamente no se está haciendo. Se debería debatir seriamente acerca de cómo llevar la educación a los sectores marginales de nuestra sociedad, acosados por las adicciones, que atacan principalmente a los adolescentes y jóvenes. Si el 50% de los detenidos tiene menos de 32 años y carecen de educación o esta es mínima, significa que hay que analizar las causas y luego diseñar estrategias educativas eficaces para generar un cambio.

La delincuencia no se combate solamente con policías en la calle. La herramienta más eficaz para combatirla es la educación, que es el punto de partida del progreso, y de la transformación de la sociedad.

Texto 5: Bunge, M. (2006), “Objetividad” en 100 ideas. El libro para pensar y discutir en el café, Buenos Aires,. Sudamericana.

Objetividad

En 2004 los sociólogos conmemoraron la publicación del famoso artículo de Max Weber (1864-1920) sobre objetividad en estudios sociales y políticos. La conmemoración fue oportuna porque la objetividad está de capa caída pese a que sin ella no hay ciencia, técnica ni gobierno competente. Está de capa caída debido al auge del posmodernismo, el que niega la posibilidad de alcanzar la verdad y valora más la emoción que la razón y el yo que el mundo. Y el posmodernismo campea en las facultades de humanidades, donde suele citarse con mayor frecuencia a Nietzsche, Dilthey, Husserl, Heidegger, Foucault, Derrida o Geertz que a Tocqueville, Mill, Marx, Durkheim, Weber, Braudel, Coleman o Merton.

Weber quería proteger a la investigación social de la contaminación ideológica, en particular la marxista. Esta finalidad es loable, porque el objetivo de las ciencias sociales, tales como la demografía, la sociología, la economía política, la politología y la historia, es estudiar la sociedad antes que modificarla. Las disciplinas que se ocupan de controlar o rediseñar la sociedad son técnicas sociales, tales como la macroeconomía normativa, el management, el derecho y la criminología. Pero ninguna de estas técnicas puede ser eficaz si no se funda sobre estudios objetivos de la realidad correspondiente.

Sin embargo, Weber no logró defender eficazmente el ideal de la objetividad, y ello por las razones siguientes. En primer lugar, confundió tres categorías diferentes: la objetividad o el respeto por los hechos, con la neutralidad en cuestiones de valores y la imparcialidad. La primera es una categoría metodológica: “Buscarás la verdad”. Esta consigna es correcta y viable.

En cambio, la neutralidad axiológica, o sea, el abstenerse de hacer juicios de valor, no es deseable, ni siquiera posible, ya que hay valores objetivos dignos de ser protegidos, tales como la verdad, la justicia y la paz. Más aún, el científico social puede argüir que la guerra, la explotación y la opresión no son solamente inmorales, sino también nocivas a la sociedad, porque aumentan las divisiones y los conflictos.

En cuanto a la parcialidad, contrariamente a lo que pensaba Weber, ella no está reñida con la objetividad. Por ejemplo, la lucha eficaz por la justicia presupone un estudio previo, lo más objetivo posible, de las situaciones que se consideran injustas y de los remedios consiguientes.

El segundo motivo por el cual Weber no siempre alcanzó la objetividad que procuraba es que confirió mucha mayor importancia a los factores subjetivos que a los objetivos. Por ejemplo, al estudiar la situación de los obreros agrícolas en Prusia Oriental, descuidó sus salarios, condiciones de trabajo, alojamiento, salud, etcétera. Sostuvo que lo que más importa es saber cómo juzgaban ellos mismos su situación: si estaban o no satisfechos con su existencia. Pero esto es ocultar la mitad de la realidad, y con ello renunciar a la objetividad total.

Más aún, es bien sabido que las autoevaluaciones no suelen ser objetivas. Por ejemplo, el devoto hindú no se queja de sus privaciones porque está acostumbrado y resignado a ellas, al compararse con los parias. El caso de los obreros agrícolas que estudió Weber es parecido: eran casi todos inmigrantes polacos, felices de escapar a la miseria aún mayor en la que los tenían sumidos los terratenientes en su país de origen. (Como lo señaló Merton, cada cual aprecia su propia situación comparándola con su “grupo de referencia”.)

¿Por qué se limitó Weber a averiguar cómo juzgaban su situación los obreros agrícolas, sin preguntarse si eran objeto de explotación? Supongo que tuvo dos motivos, uno filosófico y otro ideológico. El primero es que Weber era miembro de la escuela “interpretativista” o hermenéutica, según la cual el estudioso de lo social debe partir de las intenciones de los sujetos, ya que ellas lo impulsan a actuar. Este precepto lleva irremediablemente a ignorar todo lo supraindividual: terremoto, sequía, peste, explosión demográfica, desocupación, inflación, guerra, etcétera.

El motivo ideológico fue que Weber, al igual que casi todos sus colegas universitarios, estaba asustado por el avance de los sindicatos y del Partido Socialista, que se había proclamado marxista. Éste parece ser uno de los motivos por los cuales, en el artículo de marras, Weber arremete contra el marxismo. Pero le hace poca mella a éste, porque no critica sus fallas básicas, a saber, su confusa metafísica dialéctica, su crudo economismo y su prédica de la violencia.

Lo más curioso es que Weber pareció convertirse al materialismo histórico a medida que lo fue combatiendo. No me refiero a la lucha de clases, sino a la fuente de todo lo social, que para el materialismo histórico no es el individuo sino la sociedad. O sea, mientras para el joven Weber la vida social se origina exclusivamente en la acción individual, para el Weber maduro la sociedad condiciona la conducta individual. Veamos algunos ejemplos.

Weber sostuvo que la esclavitud era “la infraestructura necesaria de la cultura antigua”. Que es exactamente lo que habían afirmado los materialistas históricos contra los idealistas históricos, para quienes lo espiritual siempre precede y domina a lo material. (Lo irónico del caso es que la esclavitud no es característica de las civilizaciones tempranas, sino que viene más tarde, con las conquistas militares.)

Otro ejemplo: Weber explicó la decadencia de la esclavitud en la Roma antigua como resultado de la “pacificación” de las fronteras: al terminar la expansión del Imperio, se secó la fuente principal del mercado de esclavos, los que eran prisioneros de guerra. Y al escasear los esclavos, los terratenientes no tuvieron más remedio que arrendar sus tierras a labradores libres.

Tercer ejemplo: Weber describe la industria moderna como una máquina que, una vez puesta en marcha, procede automáticamente con independencia de las decisiones que puedan tomar los obreros encadenados a ella. Además, según Weber, la planificación es característica de las economías “racionales”. Y el plan sujeta al individuo. ¿Dónde ha quedado el individuo libre y racional, presunta fuente de todo lo social?

Cuarto ejemplo: Weber concordaba con los demás sociólogos en que el proceso de socialización va de arriba para abajo y no al revés. El motivo es obvio: al nacer estamos a merced del medio que heredamos, y carecemos de la mente complicada que se precisa para “interpretar” (o atribuir intenciones a otros).

Pero el ejemplo más lamentable de la presión del ambiente sobre el individuo lo dio el propio Weber durante la masacre de 1914 a 1918. En efecto, en 1916 declaró, contra el intento pacifista de un puñado de profesores berlineses, que la guerra “es necesaria para nuestra existencia”.

¡Qué difícil es mantener la independencia, la imparcialidad y la objetividad en medio de conflictos! Una vez más se hace evidente la sabiduría del sacerdote que recomendaba: “¡Haz lo que yo digo, no lo que yo hago!”.

Lo que antecede no desmerece los méritos de Max Weber, autor de estudios importantes y padre de la socioeconopolitología, síntesis necesaria y sin embargo aún embrionaria. Tampoco pone en duda la importancia de la objetividad, sin la cual no hay ciencia ni técnica, los dos motores intelectuales de la sociedad moderna.